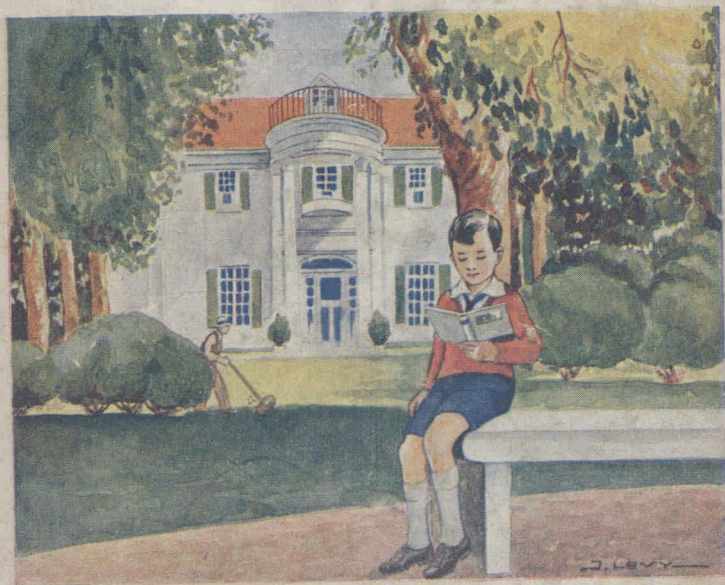


JUAN MANUEL COTTA

EL COMPAÑERO ESPIRITUAL

LIBRO DE LECTURA ≡≡≡ SEXTO GRADO



F. CRESPILO, EDITOR
BOLIVAR 369 - BUENOS AIRES

Precio \$ 2.-

EL COMPAÑERO ESPIRITUAL

*Queda hecho el depósito
que marca la Ley.*

JUAN MANUEL COTTA

30.617

O. R.
C. N. de E.

EL
COMPAÑERO
ESPIRITUAL

LIBRO DE LECTURA PARA SEXTO GRADO
(Aprobado por el H. Consejo Nacional de Educación)



336 x 492

F. CRESPILO, Editor
BOLIVAR 359 - BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

DEDICATORIA

Aprovechando los instantes libres de mis ocupaciones escolares, evocando mi niñez y pensando en la grandeza de la patria, escribí este libro en el ambiente sano del hogar. En consecuencia, la dedicatoria que se desprende de mi alma es esta: "A mi esposa, a mis hijos, a la sagrada memoria de mis padres y a todos los niños, promesas del porvenir".

ADVERTENCIA

Este es un libro hijo de la experiencia didáctica, escrito con el corazón.

Cumple discretamente las exigencias de la antología, no tanto por el préstamo del acervo ajeno, como por la variedad de temas que he escogido dentro de mi propia obra, — generalmente inédita, — que significa veinte años de labor constante. El contenido, así, varía como ha variado la vida del hombre, de modo que los moldes de las lucubraciones pueden hasta resultar estilos o al menos formas diversificadas de elocución.

Por rara fatalidad del oficio o porque el destino lo dispuso así, he debido ejercitarme en todos los géneros y especies poéticas, atento a la observación, al consejo y al estímulo de la crítica nacional y extranjera. ¿Qué más puedo decir a mis talentosos colegas? Creo que nada. Me he formado el más alto concepto acerca del maestro argentino. Sé que cualquier educador de mi patria es capaz de compenetrarse del propósito moral y artístico de "El compañero espiritual", agregándole con fe, reflexión y entusiasmo lo que su autor ha evitado para aligerarlo y dejar campo de acción a los que se sirvan de tal instrumento, no para enseñar historia, geografía o geología, sino para hacer amar las cosas nobles y bellas, crear la afición a la lectura por el deleite que ella causa y llenar de sugerencias el cerebro. Esto es como quien dice: poner alas al corazón. Lo demás sería atestar la memoria de lo que mañana será viejo o estorbará al libre raciocinio.

Al pie de cada lectura anoto ciertas consideraciones útiles para el alumno. Las cuatro tricromías: "Las dos majestades", "Sol de otoño", "Ranchos abandonados" y "El alma de la tierra" son cuatro centros importantes de interés que vinculan todo el texto de algún modo. El maestro sabrá sacarles el mayor provecho.

He querido, por sobre todo, escribir un libro bien argentino pero que no ofenda a los extranjeros; muy patriota, pero con vistas serenas hacia la paz universal. Es un libro de amor que podría llevar por lema esta leyenda: "Vida, trabajo, progreso, tolerancia, honradez, ciencia, arte, gloria y esperanza".

JUAN MANUEL COTTA.

Quilmes, 25 de mayo de 1933.



LA ESCUELA

Es posible que los niños de las grandes ciudades no sepan apreciar tanto el valor de la escuela como los de la campaña.

Las poblaciones urbanas tienen siempre numerosos medios de distracción y aún de aprendizaje como los museos, academias, exposiciones, conservatorios, ateneos y universidades. Sus teatros, salas de conferencias, periódicos, fábricas, etc., contribuyen directa o indirectamente a ilustrar, de algún modo, a las personas.

La escuela es allí el centro especializado de educación; pero no es todo como en plena Pampa o en medio de la Cordillera.

Ibamos cierta ocasión hacia Chile por asuntos comerciales. En el deseo de acortar la distancia nos habíamos apartado de los caminos conocidos del sur, y vagábamos a muchas leguas de Neuquén, sin rumbo y, lo peor de todo, sin provisiones.

Un desaliento muy grande comenzaba a agobiar nuestros cuerpos. El recuerdo de las últimas fechorías de algunos foragidos o cuatreros, nos hacía asimismo pensar en el precio de nuestra vida más que en el dinero que llevábamos.

Consulté a mi compañero después de haber galopado algunas horas en silencio. La respuesta fué un gesto de indecisión, que lo mismo podría significar "paciencia", que "sigamos nuestro destino".

Entonces insistí:

—¿Será posible hallar por estos lugares alguna población donde guarecernos?

—Por aquí no anidan ni los caranchos, — fué la respuesta desconcertante de mi camarada.

Me dió pena. Aquello era un retazo de nuestro país. La inmensidad y la desolación del contorno, eran más que un desafío al hombre fuerte, un reproche a los argentinos que matan el ocio en las urbes por creer que les falta espacio para iniciar una empresa.

Volvimos a enmudecer, pero apretamos la marcha. Nuestros caballos iban jadeantes. El sol había desaparecido detrás de un cerro nevado. La luminosidad del cielo era extraordinaria aún, pero nos prevenía las intenciones de la noche, tendida a lo largo de un celaje que ya no bronceaba el astro.

De repente llegamos al borde de una quebrada. Algo como el ala de un ave divisamos muy al fondo. Yo presentí todo, antes de ver con precisión. Mi compañero aguzó la mirada. Nos contemplamos luego como interrogándonos simultáneamente. Ambos también dijimos emocionados:

—¡Una escuela!

Efectivamente. Era una escuelita nacional, el rancho humilde que estaba a nuestro frente, y lo que aleteaba en la brisa era la bandera de la patria.

Tuvimos esa noche alojamiento, sana alimentación, noticias exactas a propósito del camino que buscábamos, y la consideración más generosa de un hogar docente.

Supimos después cuál era el significado cultural de aquel foquito de civilización, perdido en la inmensidad de los campos argentinos. Oímos vibrar al día siguiente la campanita escolar y nuestros ojos se nublaron no sé por qué, cuando los enjambres de chiquillos de delantales

blancos aparecieron en todos los puntos cardinales, unos enancados, hasta de a tres en un jamelgo; otros, acaso los más pudientes, en su cochecito, con sus padres, y los más modestos, de a pie.

La escuela es el complemento de la riqueza nacional.

Con razón dijo Sarmiento que gobernar era educar, ⁽¹⁾ señalando con esa afirmación genial la necesidad de sembrar de escuelas el país.



(1) Recuérdese el principio o tesis de Alberdi: "Gobernar es poblar".

ARANDO

Iba lento la yunta. La brillante reja se hundía acometiendo recio, y encima de las brozas se extendía el primer surco igual que un hilo negro.

Las gaviotas, los teros, los chingolos, y otras aves, llegaban. El boyero y yo, a veces, con hondas o con trampas cazábamos a gusto, de traviesos.

—¿No sabes que son útiles al hombre?,— una vez en la escuela me dijeron. Algo entendí, y entonces mis instintos se inclinaron un ápice a lo bueno.

¡Qué amable era la tierra! Desgarrada, bajo la lluvia o bajo el sol de fuego, nos devolvía una eclosión de flores, rubias parvas de mieses, pan, dinero.

¡Arador, arador! Alegre, arando, frente a las chozas blancas de mis predios, observé que el rastrojo parecía la plana inmensa de un poema excelso.

Y entonces, iletrado, sin más libro que la naturaleza, ya mi pecho sintió extraña ansiedad, y en mi cabeza revolotearon prematuros versos.

· POR JUAN LEÓN GEROME



LAS DOS MAJESTADES

El feroz rey de la selva, subyugado ante el espectáculo que se ofrece a su vista, rinde el culto instintivo de su admiración al luminoso rey del universo.

El feroz rey de las selvas, subyugado ante el espectáculo que se ofrece a su vista, rinde el culto instintivo de su admiración al luminoso rey del universo.

“Las dos majestades” (Oleo por JUAN LEÓN GEROME).

a) Sugestión geográfica.

Región de la costa africana. Faja inmensa de arena que el mar con su eterno vaivén, sacó de su fondo. Donde está la fiera, vense las últimas rocas de la montaña que el azote y el empuje de las altas mareas desplomaron. En nuestra costa patagónica, o desde cabo Corrientes puede ver el hombre o la bestia de nuestra rica fauna, (aun nuestro puma o león americano) un motivo semejante a éste.

b) Sugestión cosmográfica.

El Sol en su aparente movimiento, causa el efecto de irse en un viaje largo, después de brindar a su hija, la Tierra, el amoroso calor de sus rayos. Pero en realidad, la Tierra, hija obediente, sin abandonar el camino que le trazara al declararla mayor de edad, le ofrece a cada instante los encantos de sus variadas latitudes. El Sol, sigue el sendero de la eclíptica, y, desde Mercurio que se quema en su círculo de fuego, hasta Neptuno que se pierde en las más remotas regiones del infinito, todos los planetas lo acompañan fielmente. No son los planetas ni los satélites, sangre de su sangre, como nosotros con respecto a nuestros padres, pero sí materia de su núcleo, último foco ardiente de la nebulosa originaria.

c) Sugestión zoológica.

Las garras del felino son como la partida de nacimiento que certifica las señas de su especie. Su melena es un lujo. Un viejo artista de otra época se la envidiaría. Pero sus agudos colmillos no cincelarían el disco del sol, llameante ojo de cervatillo asustado que viene triscando desde los azulados campos del cielo. ¿Sospechará el león que el mar guarda tan sabrosos manjares? En la selva tendría un buen maestro en el coati, que atrae con la punta de su cola a las tortugas, las echa fuera del agua y las devora. (1)

(1) “La casa en el desierto”, por Mayne Reid, edición “Biblioteca de La Nación”, pág. 240.

d) **Sugestión ar-
tística.**

Juan León Gerome (1824-1904) fué un gran pintor francés. En las sencillas líneas de este cuadro palpita lo sublime. Estos tres motivos, (el sol, el mar y el león) le dan una fuerte sensación de serenidad, grandeza y silencio. La indiscifrable reflexión del animal nos desazona. El desasosiego del mar nos conturba. El sol nos alienta con sus múltiples rayos que ya analiza el espectroscopio y utiliza la medicina. ¿Cuál no habrá sido entonces la inspiración del artista frente a tales demostraciones de la naturaleza? Acaso sus pinceles no pudieron trazar todo lo que concibió su genio.



LA MUJER

¿Imaginas el comienzo de tu vida, lector? ¡Ah! qué noches crudas de invierno o ardientes de estío no habrá pasado esa santa que te dió el ser, velando tu sueño, midiendo tu fiebre, soñando tu porvenir, acallando con sus besos tu incomprensible pena o bañando con sus lágrimas tus heridas rebeldes.

El maestro, el obrero o el soldado te dirían las veces que fueron alentados en las mayores dificultades de su obligación, por la voz dulce de esos labios que aunque manden parece que ruegan.

La hermana cariñosa es una flor que suaviza las asperezas juveniles. La abuela, que se dobla al peso de los años como un roble bajo la furia del vendaval, es una página de tradición y el mejor devocionario de los cuentos que nos hicieron dormir y soñar las cosas más lindas que jamás veremos en la tierra.

La historia del mundo tiene también sus mujeres ilustres. Juana de Arco es un símbolo para Francia. La poetisa Corina venció en un certamen, cierta ocasión, a Píndaro, gran poeta de Grecia. La genial reina de la España del siglo XV, Isabel la Católica, impulsó con su corazón las naves del navegante genovés. Las damas mendocinas se despojaron de sus joyas en holocausto de la patria. La ilustre sabia Curie, comparte con su esposo la gloria de haber descubierto el radio.

La mujer, relegada en los primeros tiempos de la civilización a un plano secundario, ocupa hoy puestos

distinguidos en las artes, las ciencias, el trabajo, la industria y lo que sea digno de ella. (1)

Obrera de la paz, por el sin igual amor a sus hijos, enseñará definitivamente a los hombres que, antes de encenderse la guerra que arma las manos fratricidas, se atizará el afecto que suaviza los enconos y estrecha los brazos.

Niñas: Mantened, mediante el cultivo de vuestras inteligencias y el asiduo resguardo de vuestras virtudes, el alto concepto que los hombres honrados tienen de vuestro sexo.

Niños: Si queréis ser merecedores de la mayor consideración social, respetad siempre a la mujer, teniendo presente que solamente los cobardes son capaces de injuriarla, olvidándose del nombre que está en boca de todos: "madre".



(1) Léase la ley complementaria de los derechos civiles de la mujer.



POR QUE PIABAN LOS PICHONES

Eramos todos muy pequeños. Yo tenía mis aficiones predilectas: las flores y los pájaros.

Por un error infantil rendía culto a las plantas cortando los gajos que ostentaban las mejores corolas o bajaba los nidos más bien contruídos y hacía variadas sargas de huevos.

La lección edificante la recibí un día de mi buena madre. Bastóme con esta observación: "Si no hubieras cortado esa rama de naranjo tendríamos una docena más de fruta. Si no hubieras perforado esas cáscaras oíríamos mejores cantos durante esta primavera".

Mi respeto hacia la naturaleza llegó a extremarse. Yo no permitía que las rosas de mi jardín salieran a nin-

gún precio o ruego. "Egoísta", — me gritó una vez mi hermana. Averigüé el significado del término y modifiqué un poco mi criterio. Llegué a brindar una que otra dalia a quien me la solicitó.

En cuanto a los pájaros, amparé hasta a los voraces gorriones. Mi pan se hacía todo migas para ellos. Hacía barro para que los horneritos no fueran a buscarlo tan lejos. Cortaba telas para que las golondrinas prepararan mejor sus nidos.

Cómo contemplaba a un casal de estas avecitas viajeras, pensando en los aires que habían cortado sus alas o en los lugares que habían visto sus ojos.

Fiadas de mi espíritu amistoso, anidaron debajo del alero, junto a la ventana donde yo tenía mi mesita de estudio.

Yo podría escribir la vida de esas golondrinas. Si hubiera tenido suficiente inspiración las hubiera cantado con el amor que lo hizo el célebre poeta español Gustavo Adolfo Bécquer. (1)

No sé el tiempo que habría transcurrido. Pero una vez que la curiosidad me empujó hasta el nido, descubrí dos pichoncitos implumes.

Más generoso que nunca arrojé migas y deshilaché servilletas.

Andando los días, los polluelos comenzaron a echar canutos. Aún se asomaban como midiendo el coraje para sus futuros vuelos.

Una noche de tormenta piaron tanto que me alarmé. Quise salir al corredor y me lo impidió mi madre. No concilié el sueño. Pensé en cosas muy tristes. Deseé que todo eso fuera engaño de mi imaginación.

El amanecer evidenció la cruel realidad. Los padres

(1) Su mejor libro se titula "Rimas".

no habían vuelto esa noche al nido. Los pichones estaban muertos.

Mi madre comprendió mi pena. Acariciándome, habló así:

—La maldad de los hombres o la voracidad de algún halcón ha privado de la felicidad y de la vida a cuatro inofensivos animalitos. Es un hogar destruído, también. Esto, hijo, nos induce a pensar que no sobra la bondad en el mundo y nos obliga a perfeccionarnos para contrarrestar las acciones perversas.

Luego se refirió de este modo a nuestra vida íntima:

—Tú también eres como una de esas avecitas. Ya el infortunio se llevó a tu padre; la suerte acabó con nuestros bienes materiales, pero aun estoy yo para guiar tus pasos.

Recuerdo que no sé movido por qué impulso grité echándome a su cuello:

—¡Madre!

Ella me comprendió. Estuve largo rato en sus faldas. Y me sentí desde esa vez más bueno que nunca.

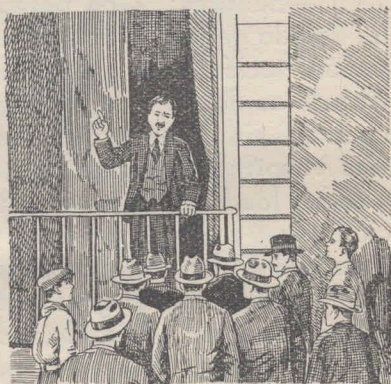
Cuando los años le marcaron el término de su existencia, allá en su larga ancianidad, ella se durmió para siempre en mis brazos, como yo lo hiciera durante tantas noches en los suyos.



MORAL CIUDADANA

Se realizaba en un pueblo de esta provincia una de las elecciones más reñidas. El candidato que saliese elegido intendente llegaría en otra oportunidad, por ciertas combinaciones ya previstas, a ser diputado nacional.

Varios meses antes los partidos de uno y otro bando habían repartido carteles de propaganda. Se habían hecho asambleas en varios teatros donde se pronunciaron brillantes discursos de elogio y exposición de programas.



Llegado el día, corrieron por la campaña y por la ciudad los automóviles que transportaban a los votantes.

Hacía muchos años que no acontecía tal despertar cívico.

Terminada la elección comenzó el escrutinio conforme al sistema entonces en vigencia.

Durante largas horas la alternativa fué constante. Cuando uno de los candidatos tenía un voto más, el otro lo aventajaba pronto en cinco, para volver otra vez a la situación anterior.

La ansiedad de los afiliados se desenfrenaba constantemente en aplausos que reprimían las autoridades.

Al cabo, ya casi al amanecer, se proclamó al vencedor. Era éste don Daniel Miranda. Se había impuesto por diez votos.

Pronto atronaron el aire las bombas. La banda salió del comité hacia el domicilio del intendente electo. (1)

La muchedumbre se apiñó en las aceras. Se iniciaban los acordes del Himno, cuando apareció Miranda en el balcón y pidió con voz rotunda que cesara la música.

Tras el silencio y la rara expectativa, se oyó esto:

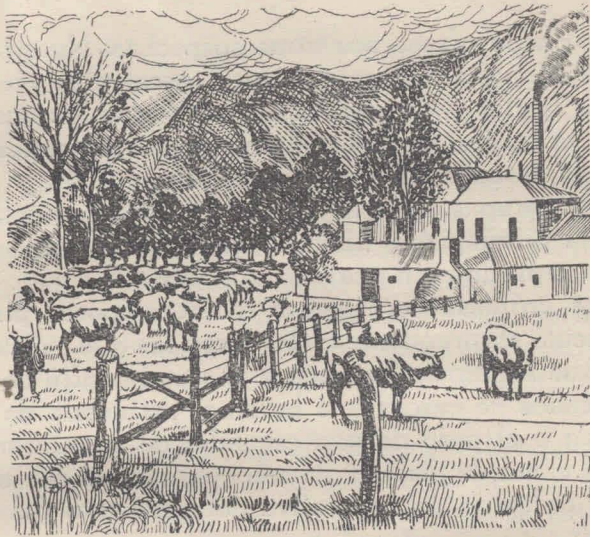
—Señores: Una persona que desde este momento ha dejado de ser mi amigo, ha pretendido halagar mi ambición haciéndome saber que los diez votos de mi falso triunfo se deben a su astucia y deshonestidad. En consecuencia, sintiendo la vergüenza e indignación que sentiréis vosotros al informaros, renuncio indeclinablemente a todos los homenajes y reclamo en la fecha la intervención legal que corresponde para que se anule este acto impropio de los tiempos presentes.

Cuando mis conciudadanos sean capaces de elegirme sin recurrir al fraude, no admitiré el excesivo homenaje del Himno Nacional, pero cantaré, para redimir mi conciencia, sus estrofas inmortales.

Resuelto el asunto, el Sr. Daniel Miranda fué elegido en otro acto cívico por un abrumador número de votos. La misma prensa opositora lo elogió, y su carrera política fué de constantes triunfos. Sus obras excelentes, no sólo sirvieron para el goce de sus partidarios, sino para el de todos los vecinos.

Lector: Tú ejercitarás mañana tus derechos cívicos. Tus maestros confían en que recogerás el ejemplo de esta anédocta. Tus compañeros de hoy serán tus jueces de mañana. Tu gloria, el bienestar de tu país y la felicidad de tí mismo, dependerán de la honradez con que procedas.

(1) Véase la ley electoral y recuérdese cómo se elige actualmente a éste funcionario.



UNA GRAN INDUSTRIA ARGENTINA

La ganadería sigue siendo una de las industrias básicas de la economía nacional.

Aunque a primera vista parezca una comparación impropia, no resultará nunca deshonroso decir que al través del desarrollo de ésta, como de otras actividades del trabajo, es posible descubrir la marcha del progreso en nuestro suelo. La historia no es sólo la anotación de fechas, el cambio de gobiernos o la realización de una batalla.

El origen de una de las especies de esta industria hay que ir a buscarlo, sin duda, en los pequeños planteles que trajo el adelantado don Pedro de Mendoza, primer fundador de Buenos Aires. Sin embargo, la paleontolo-

gía (1) puede ofrecernos otras sospechas. Nuestros museos de ciencias naturales tienen excelentes piezas de equinos fósiles, lo que hace suponer que los cuadrúpedos a los cuales pertenecen vivieron muchísimos siglos antes del descubrimiento de América.

Las pampas de ricos pastos y buenas aguadas, con un clima privilegiado, hicieron que los equinos de Mendoza se reprodujeran portentosamente.

Las crónicas de aquellas remotas épocas pintan el espectáculo sorprendente de las manadas que cubrían centenares de hectáreas llenando a veces el confín de rumores alocados de cascos que huían al estruendo de un arcabuzazo o al paso de una escuadra de aventureros.

La venta de pieles y de sebo constituyó por muchos años la industria más lucrativa del virreinato del Río de la Plata.

El nombre de uno de nuestros más ilustres próceres, Mariano Moreno, se vincula a esta actividad. Su "Representación de los hacendados" es un famoso alegato que se estudia entre los antecedentes económicos de la Revolución de Mayo.

El abatimiento del monopolio, como consecuencia de la independencia, estimuló a los criadores de todas las especies ganaderas. Pero ya no se conformó nadie con el sacrificio de los animales "criollos" para la exclusiva venta del cuero, la cerda y el sebo. Un afán más atizó a los hombres activos e inteligentes: la perfección de las razas. Unos se propusieron, mediante la importación de reproductores y la selección local, obtener mejores rendimientos en el peso, otros en la calidad de la carne o de la piel. Las industrias derivadas, desde la curtiduría hasta la de tejidos o la más moderna del envío de carnes enfriadas a Europa, fueron apareciendo paulatinamente en

(1) Ciencia que se aplica al estudio de los fósiles.

el suelo patrio. La competencia argentina tuvo resonancia universal. Nuestras carnes, grasas y demás productos afines, se cotizan a precios excepcionales en los mejores mercados extranjeros. Un reciente suceso (el convenio con Inglaterra, realizado en 1933) hace comprender fácilmente cuál es el mérito de nuestra gran industria. No obstante sus obligaciones con el Canadá y Australia, — sus más importantes estados de ultramar, — la gran nación ha accedido al propósito argentino de importación ganadera, con algunas obligaciones de nuestra parte, siendo una de las principales la rebaja de aranceles para sus efectos elaborados.

Las modernas estancias, el transporte de haciendas, el faenamiento de reses, la conservación de los variados productos y el trabajo de los hombres en la actualidad, no pueden compararse con el pasado, cuando el lazo en lugar del brete, la tropa en vez del ferrocarril, la carnicería de campaña antes que el matadero modelo, llenaban rudimentariamente las funciones que hoy reemplazan con ventaja tan diversos mecanismos.

Los jóvenes argentinos que saben todo esto, y que aun pueden aquilatarlo con números en sus clases de geografía, no trepidarán en dejar de lado el pobre afán de querer ser empleados de una oficina si se les presenta la ocasión de llevar sus energías al campo donde está el porvenir de los hombres de inteligencia y recia voluntad.





LA ALDEA (1)

Esta voz, muy castiza, no es común en nuestro ambiente, salvo cuando se trata de referencias alusivas a las poblaciones europeas de esa categoría. Para nosotros, la agrupación pequeña de casas es simplemente un “pueblecito”.

Buenos Aires, como todas las ciudades de nuestro país y las del mundo entero, ha comenzado por ser una aldea. Sólo en los tiempos actuales es fácil ver levantarse de un momento a otro una ciudad donde no falta ninguno de los adelantos y comodidades modernas.

La aldea o pueblecito es como la cuna de una raza o una civilización. El sentimiento de patria nace naturalmente allí. Cualquiera de nosotros no olvida el barrio donde vió la luz, donde hizo sus primeros juegos, apren-

(1) El gran general romano Julio César dijo alguna vez: “Preferiría ser el primero en una aldea que el segundo en Roma”.

dió el abecedario y acaso sufrió el primer dolor de su vida.

Cuando los conocimientos progresan con el estudio y la edad; cuando las necesidades o los deseos de ver otros lugares nos empujan, nuestro horizonte se ensancha, amamos o respetamos las cosas del nuevo destino, pero hay algo que nos impulsa a volver o pensar en el lugarcito inolvidable. Ese algo es el sentimiento de la nostalgia. En los extranjeros es un llamado poderoso al corazón. Por eso, ya cuando los años se acumulan, son muchos los hombres que recogen sus ahorros y un buen día se van a vivir sus últimos instantes allá lejos, tras el mar o la cordillera.

La aldea, por humilde que resulte, es como el recinto sagrado de los afectos. No se necesita tener otro don, para amarla, que el del afecto honrado a los objetos y a los recuerdos familiares.

La mayor parte de los que vinieron a hacer su fortuna en nuestro país, proceden de pequeñísimas aldeas. A su vez los honrados obreros de nuestro progreso, levantaron los adobes de sus casuchas donde hoy se afirman los cimientos de los "rascacielos". (1)

Si queremos ser buenos ciudadanos de la paz, amemos sin odios el pueblecito natal o el barrio de la urbe donde crecimos y cooperemos luego a su adelanto.

(1) Ver la lectura.





CANTO DE LABRIEGOS

La tierra es gran madre fecunda. La tierra
dió vida a la forma primera en su seno.
La tierra nos nutre. La tierra nos guarda.
Amémosla siempre que es nuestra, labriegos.

Cantemos al surco que en ella se llena
de ricas semillas repletas de anhelos;
semillas que al beso del sol se convierten
en áureas espigas que ondulan al viento.

Cantemos la gloria del ínclito arado
que dieron los dioses a Rómulo y Remo; ⁽¹⁾
cantemos la gloria del **pióneer** anónimo
que al suelo argentino dió el tajo primero. ⁽²⁾

Cantemos al buey que labró las campiñas,
al ave que en la era fué tras del insecto,
a Ceres ⁽³⁾ que puso verbena en las lindes
y al riel que pujante nos trajo el progreso.

(1) Fundadores de Roma. Recuérdese la leyenda que es símbolo de la raza latina.

(2) ¿No sería hermoso instituir alguna vez el "día del labrador desconocido"?

(3) El nombre griego de esta diosa de la agricultura es Deméter. De Ceres, (del latín) se deriva cereal.

Cantemos al alto ideal de la patria,
sin odios, que nuestros queridos abuelos
trajeron de todos los puntos del orbe
afán en las venas, vigor en los pechos.

Cantemos al oro que marca el quilate
de perseverancia, de honradez y esfuerzo;
cantemos al oro que no es fin mezquino ⁽¹⁾
sino, en manos hábiles, poderoso medio.

Cantemos al padre blanquísimo: el pan ⁽²⁾
que alegra a los niños, que alienta a los viejos;
que ruega el mendigo, que busca el humilde,
que roban los malos, que ganan los buenos.

Cantemos la dicha más grande del mundo:
el amor sin menguas, el amor supremo,
que vibra en la sangre, que nace en la gleba,
que, flor o plegaria, se eleva a los cielos.

Cantemos, hermanos, a la madre santa
que nada nos niega si con arduo empeño
un árbol plantamos, una acequia abrimos,
un trigal cuidamos o un cerco tendemos.

Tierra, cuna y tumba donde el hombre encuentra
su largo pasado que acomodó el tiempo: ⁽³⁾
polvo de tu polvo, vida de tu vida,
de tu entraña vine y a tu entraña vuelvo.

Tierra: que este canto generoso sea
la expansión más pura de todo labriego
que ama a su trabajo como ama a su esposa,
que siembra semillas y recoge ensueños.

(1) El dinero es fin de aspiraciones sólo para el avaro. Los demás hombres lo utilizan como medio o instrumento de empresas nobles.

(2) También es el nombre de una divinidad griega.

(3) La geología y la paleontología son dos ciencias que se vinculan admirablemente, no estando ajenas a ellas la cosmografía y la arqueología.

UNA ZONA TRIGUERA

Discutía cierta ocasión un marino extranjero para sostener esta afirmación suya: "No hay nada más hermoso que el mar".

—Verdad, — le dijo un amigo, — que el mar es hermoso. Yo también lo he contemplado en más de un viaje que he realizado a Europa. Aunque no desearía renovar la prueba, recuerdo el espectáculo sublime de una tempestad que nos azotó frente a Río de Janeiro, y que dió tema a uno de los mejores pintores de esos días. He visto salir o ponerse el sol mientras se doran las crestas de las olas o se enrojecen las nubes. Bajo un cielo azul he admirado la grandiosa distribución de las constelaciones que parecen caer al abismo a medida que transcurren las horas y se acerca el amanecer. Sé lo qué significan su riqueza y la navegación para el progreso y las relaciones entre los países. Pero creo que Vd. exagera.

El marino, echándose hacia atrás y levantando los brazos para marcar mejor su sorpresa, gritó:

—¡Eh! ¡Amigo! ¿No acaba de diseñar Vd. mismo parte de esas bellezas y demás valores?

Efectivamente. Pero ¿eso excluye otras cosas igualmente bellas y benéficas?

Vaciló un instante el marino. El amigo no quiso acosarlo. Pero lo invitó subir en su auto. Corrieron velozmente muchas leguas, y cuando se hallaban en plena región triguera le dijo:

—Contemple este otro mar.

Caía la tarde. Por los caminos iban y venían los más diversos vehículos de los pobladores de la zona. Los hilos del telégrafo zumbaban ahí cerca. El tren cruzaba jadeante hacia Rosario. El sol ya tocaba el ocaso. Y, apenas punteado el contorno por las poblaciones, los trigales ondulantes y ya maduros se extendían hasta el confín.

El marino, tan tenaz en la discusión como dócil ante la evidencia, habló así:

—Tiene razón. En lo sucesivo he de decir: “Nada hay tan hermoso como el mar y como esta zona triguera de la provincia de Santa Fe”. (1)



(1) Nos faltaría después oír al montañés o al habitante de las selvas.

RIVADAVIA

Rivadavia es una de las figuras más brillantes de nuestra historia. El doctor Osvaldo Magnasco ha reseñado en un discurso admirable la vida y la obra del patricio. He aquí un párrafo de esa arenga que merece grabarse en bronce: “Rivadavia está en la ciudad y en los campos, en los ríos y en las montañas, en los colores simbólicos del cielo y en el verde de nuestras praderas opulentas; está en las bendiciones del hogar, en los afanes redentores de la escuela, en las trascendentales disciplinas del colegio, en las luces superiores de la universidad; está en el temple del ejército victorioso, en la complexión heroica de nuestra marina de guerra, en las libres quillas mercantes, en la afanosa caravana inmigratoria, en el atareado enjambre colonizador, en las proficuas labores de la tierra y en los implementos del labrador, en la cría pastoril y en los desvelos triunfadores por el refinamiento; está en nuestra endósmosis más civilizadora, porque está en la materia prima, en la manufactura, en el carbón, en la hulla, en el hierro, en las telas y en las máquinas; está en el ave de nuestros aires, en la riqueza de nuestras florestas y en las minas de nuestros montes; está en el puerto, en el canal, en la irrigación, en la acequia, en la fresca excavación semi-surgente o artesiana; está en el honor financiero de la nación, porque está en el crédito, en el banco, en la moneda, en la renta y en la tierra pública porfiadamente defendida; está en el aire y en la luz de nuestras calles

espaciosas, en la ochava, en la plaza, en el sitio de recreo, en el monumento decorativo, en el arte, en la ciencia, en la prensa sin reato; está en las tribunas, en las seguridades de la justicia, en las extensiones ciudadanas de la carta de la naturaleza, en las sólidas satisfacciones del extranjero, en la paz ya sin angustias del hombre de color, en los consuelos del asilado, en las disciplinas del recluído, en los alivios del hospicio, en las tibiezas de la cuna melancólica, en la piadosa neutralidad de los sepulcros, y, resplandeciente como ninguno, en las virtudes activas de nuestra mujer, de nuestra excepcional matrona insuperable”.

Rivadavia fué un patriota que vió todo lo que era progreso y porvenir y estuvo en todo, siempre desinteresado y dispuesto al sacrificio. Como todos los grandes, muere en la pobreza, pero la gratitud nacional y la justicia póstuma levantan en su hora un hermoso monumento que perpetúa su memoria. (1)

Un brillante pensador argentino, el señor E. G. Weigel Muñoz, ha dicho que Rivadavia “fué el genio civil de nuestra nacionalidad”. (2) También ha anotado esto don Joaquín de Vedia: “Todos los decretos de aquel período (3) llevan su sello y cada uno de esos decretos fué punto final de una rutina, principio de un adelanto, semilla de alguna gran obra futura”. Para no hacer interminable las citas donde figurarían los nombres más calificados de nuestra intelectualidad, cerramos tan breve semblanza con el siguiente broche de oro que pertenece a don José Manuel Estrada: “Ninguna épo-

(1) Obra de Rogelio Irurtia, en la plaza Once de Septiembre. Se inauguró en 1932.

(2) De “Vida Parlamentaria”.

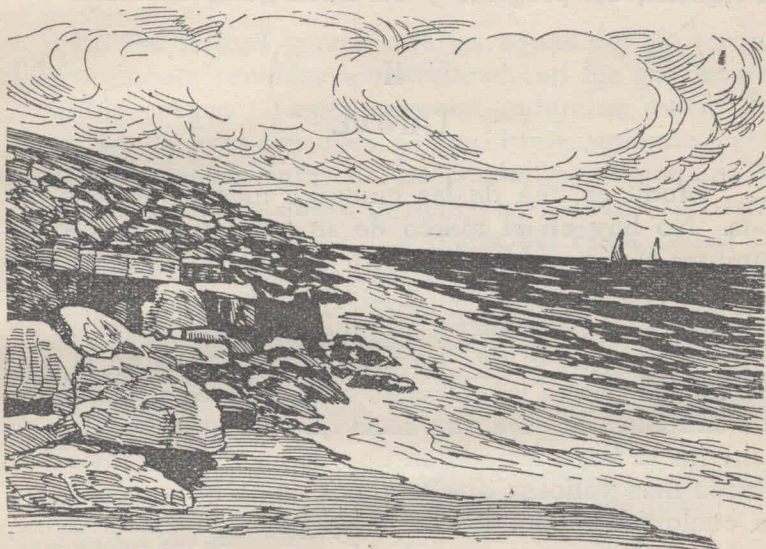
(3) Se refiere a la época de su ministerio durante el gobierno del general Martín Rodríguez.

ca (1) brilló más por su autoridad en todos los trabajos destinados a la mejora moral y material del pueblo. El poderoso impulso dado a la instrucción primaria y superior, a las letras y a las artes en todas sus formas, a la industria y al comercio, procurando implantar elementos de propiedad para la primera y concediendo latas franquicias para ensanchar el segundo; todos los trabajos de su período, al que corresponden muchas de sus mejores instituciones, son incuestionablemente una gloria para Rivadavia y para los muchos hombres de diversos partidos, pero igualmente afectos al orden y al progreso, que compartían sus ideas”.



(1) Gobierno del General Martín Rodríguez.

LUGARES DE ESPARCIMIENTO



I

MAR DEL PLATA

El balneario de Mar del Plata es un orgullo argentino. Hay otros en América, pero no obstante su importancia, jamás llegarán a ser sus rivales serios.

En cada onda o en cada chasquido, el agua trae vibraciones del recóndito seno oceánico. La brisa es pura y confortante. Bajo un sol espléndido, se goza siempre de una temperatura deliciosa. Las playas, con excelente suelo, son siempre limpias. La costa carece de montañas soberbias, pero tiene sus rocas pintorescas ⁽¹⁾. Y, lo

(1) Cabo Corrientes.

que forma su marco incomparable es la cintura de preciosos edificios, evidente demostración, no hay duda, de la riqueza, del progreso y del buen gusto nacional.

II TANDIL

Tandil es una de las ciudades más agraciadas del país. No hay en el marco de su panorama exceso de cumbres como en Mendoza, por ejemplo, pero tiene más junto a ella la montaña; y todo, — la vegetación y el colorido —, se fusionan y armonizan mejor. Su cerro no es más alto que el de "La Gloria", (1) pero no le desmerece. No podrá igualarse su bronce heroico (1) al que allá simboliza la obra más recia que del gran Capitán de América se haya forjado en uno de los monumentos históricos más valiosos que tenemos en la República, pero de cualquier modo, evoca la epopeya de las cruzadas contra el indígena y es, además, una ofrenda justiciera de los hijos del lugar.

Tampoco tiene Tandil la remota tradición de Córdoba, a la que ha sido comparada por sus discutibles similitudes panorámicas.

La belleza y el progreso edilicio de esta joya bonaerense llaman la atención y atraen al turista.

¿Qué no llegará a ser cuando alcancen a las accesibles cimas de sus montañas las hileras de robustos álamos, sauces y pinos (2) que semejan ir en marcha triunfal hacia allá?

(1) Monumento al general Martín Rodríguez, que fundó el fuerte Independencia (1823) donde hoy se asienta Tandil.

(2) Hace muchos años que los alumnos de la escuela normal y los de los demás establecimientos plantan árboles cada vez que se celebra la fiesta tradicional de las plantas.

III

QUILMES (1)

En esa latitud parece que las aguas del río corren dolorosamente rendidas a mezclarse con las del incomprendible océano. Tienen una mansedumbre dulce. La playa, sin declives sensibles, es aquí inmensamente abierta. Determinadas rutas de las corrientes marcan en la arena los arroyitos que a la mañana siguiente se borrarán o harán más hondos. La ribera del Plata carece en estos lugares de bordes o barrancos. Pero una esmeralda de césped pone al cuadro larga y alegre pincelada. Los altos álamos, los coposos sauces y las múltiples frondas, vigorizan el marco y aplacan los rayos solares haciendo perezosamente agradables las siestas de los excursionistas.

El balneario de Quilmes tiene excelentes comodidades y atractivos. Es un lugar donde se puede pasar muchas horas de placidez.

Ninguna novedad grandiosa se divisa en el horizonte. De cuando en cuando, una estela de humo apenas perceptible nos sugiere la idea del comfortable vapor que viaja hacia Montevideo o Europa y, entonces, entornando los ojos, es fácil llenar la mente de ensueños con nostalgias posibles y aspiraciones humanas. ¿Cuándo podré viajar? — se pregunta el que no viajó nunca. ¿Cuándo volveré allá? — clama el que chapoteó en Pocitos y se pavoneó en Biarritz... Sin imaginación, sin cultura, y sin amor a lo bello, no es posible deleitarse en ninguna parte ni vale la pena ser turista.

Hay algo más acá del horizonte que el hombre observador ve con cierta melancolía. Me refiero a los bu-

(1) Nombre de los belicosos indígenas traídos de Catamarca en la época colonial. El lugar se llamaba entonces "La Reducción".

ques de pesca, grandes, serenos, dormidos. Han salido sin duda al amanecer y siguen viéndose allí inmóviles, misteriosos. Llegan las sombras y se los tragan. Al día siguiente los vemos otra vez. Si no supiéramos que viajan de noche a Buenos Aires con su rico botín y vuelven de madrugada, bordaríamos alguna leyenda ingenua para colmar nuestra avidez imaginativa.

Un lindo recreo es el de galopar por la playa haciendo volar las inmensas bandadas de gaviotas, cuervos y flamencos. Con mi Laura Beatriz, cuando ella apenas contaba un año de edad, me interné sobre el aguerrido lomo de un jamelgo blanco. Las ondas llegaban mansas y humildes a lamer la barriga del buen animal. Laurita alzaba en alto los bracitos tostados por el sol y yo soñaba no sé qué quimérica esperanza.

¡Salve, oh, Plata benefactor!

Aunque juegue en mis labios una sonrisa, no se la llame burla sino dulce y modesto solaz nacido en donde el lujo no asoma ni nos preocupa, y donde sólo es saludable correr, mojarse o airearse para volver al yugo del trabajo o al descanso en el seno canicular, pero generoso, de Buenos Aires.



LEY DE LA SALUD (1)

La salud del cuerpo es causa del equilibrio espiritual y de la hermosura de las obras.

No hay tallo, hoja, flor, perfume ni fruto, si la semilla es vana o imperfecta. No hay inteligencia eficaz ni intención que pueda realizar buenas obras, si la salud falla. El niño, en consecuencia, ceñida su conducta a los preceptos de la higiene y de la moral, deberá velar por su salud solícitamente.

SINTESIS (2) . . .

- a) Observar los preceptos de la moral.
- b) Practicar los consejos de la higiene.
- c) Alimentarse con sobriedad.
- d) Dormir el tiempo necesario.
- e) Hacer el ejercicio conveniente.
- f) Cultivar la alegría sana y los pensamientos nobles.

(1) Esta y las otras "leyes" que se encuentran en este libro, pertenecen al folleto titulado "Evangelio Escolar". Su contenido, más que para ejercitar en la lectura, se presta para que los niños buenos lo mediten un instante y se esfuercen luego por practicar lo que allí se aconseja.

(2) Cada inciso ofrece infinidad de temas al comentario oral o a la composición escrita.

a) Sugestión pictórica:

Este artista argentino, hijo de la llanura de Buenos Aires, ha contemplado junto al árbol amigo y desde una planicie o meseta, el inmenso valle que con sus paredones limita los cerros nevados. Las primeras rachas heladas deben haberse llevado hasta la última hoja y con ella los nidos y los cantos de los pájaros. La naturaleza está a la expectativa del adusto invierno. Se diría que las tortuosas ramas del primer plano son las muletas del fantástico personaje de las barbas de escarcha. Es posible que el pintor haya tenido en su imaginación todas estas ficciones. Pero, para expresar su emoción, los pinceles han preferido aprisionar la naturaleza en el instante de su aletargamiento.

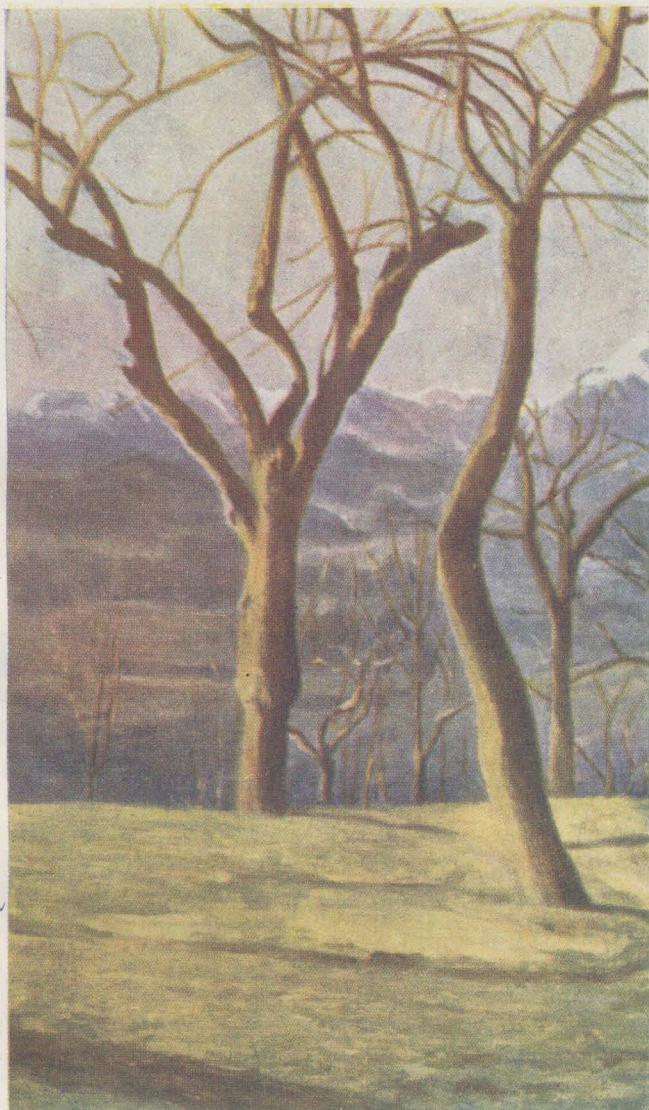
b) Sugestión de la montaña:

¡Estupendo esfuerzo de las energías naturales! ¿Cuánto se alzó esa mole del vientre de la tierra? Los geólogos suelen hacer cálculos acertados. Este globo es un libro admirable. Cada capa o estrato tiene su historia. El abecedario lo forman allí las milenarias rocas, los yacimientos carboníferos que nos muestran la flora de otras eras, los cementerios de fósiles que nos diseñan las formas de otras vidas, los cantos rodados que nos muestran los antiguos dominios del mar... Los rumores de las montañas eran en los tiempos mitológicos indicios de la existencia de los gnomos que extraían oro, plata o diamantes. Al petróleo lo hubieran llamado chorro de sangre de una arteria de Hércules. El agua de los deshielos fué para los egipcios el incontenible llanto de Isis (la luna), esposa de Osiris (el sol).

c) Sugestión industrial:

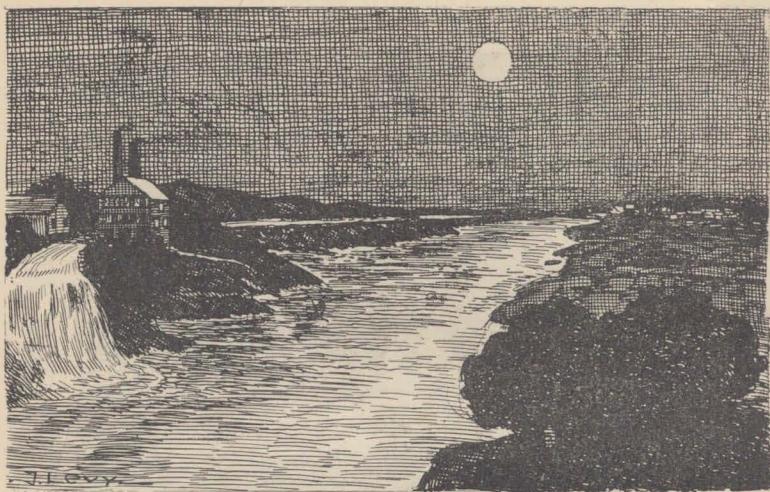
Ese árbol puede transformarse en cuna, embarcación, bastón de mendigo, ataúd o poste de telégrafo. Un hacha y dos brazos fuertes pueden derribarlo ganando el sustento de algún hogar. Una aguerrida yunta de bueyes o un vagón de ferrocarril puede transportarlo. La corriente que baja de la montaña moverá los engranajes y poleas de la fábrica. Se cargará de electricidad la dínamo. Habrá luz. Las sierras sin fin cortarán despiadadas el tallo. Las brozas darán lumbre a los humildes. Habrá muchos obreros. Se acercarán muchos negociantes. Se levantarán muchas chozas. Después, muchos palacios. Hará falta el orden y se organizará el gobierno del pueblo. Disminuirá el bosque natural. Se plantarán nuevas varas. Otros echarán trigo. Se inventarán nuevas máquinas y se sacará el hierro de las minas. El yunque se convertirá en campana del alba. Y vendrá la escuela. Y levantará el creyente su templo...

POR FAUSTINO BRUGHETTI



“SOL DE OTOÑO”

Oro sobre las cosas, como los consejos de la ancianidad debilitada frente a la juventud, son los rayos del sol que durante esta estación se aleja de nuestro hemisferio.



UN RIO ...

Cualquiera ha visto un río, grande o pequeño. Al estudiar geografía sin la reflexión que corresponde, cualquiera, también, ha señalado con el puntero una línea azul que corre en ésta, en la otra o en cien direcciones más, y ha dicho, por ejemplo: "El río... tiene... kilómetros, limita a las provincias... y se echa en el mar". La lección, si fué tal, ha terminado. El río, para ese niño, sólo era una línea sinuosa o un nombre. Por ello ningún interés le ha despertado. Nada del pasado ha visto junto a él. Ningún movimiento del progreso ha sospechado junto a sus márgenes.

Un río, para el observador y el estudioso, es otra cosa de más trascendencia.

Tomemos uno: el Paraná. Hagamos unas cuantas preguntas como estas: ¿dónde nace? ¿qué países vincula o limita? ¿qué hechos históricos acaecieron a sus

márgenes o en sus aguas? ¿es navegable? ¿qué productos se llevan o traen por él y en qué medios de navegación? ¿dónde se utiliza su corriente para producir fuerza motriz o su caudal para riego o su fauna para tal o cual industria? ¿cuál es su ciudad más próspera, su puerto más activo? ¿qué otros aprovechamientos se obtienen o podrían obtenerse de él? ¿qué interés tienen sus riberas para la paleontología, la geología y otras ciencias? ¿qué poetas han cantado sus bellezas o qué pintores las llevaron a la tela? . . .

Sobre cada una de las preguntas formuladas y sobre las que aun es posible hacer, se pueden vincular todas las actividades del presente y buena parte de la historia. Un río resulta un brillante “centro de interés” (1). Al referirnos a la navegación, solamente, podemos aludir a la hazaña de Caboto que viaja en esas embarcaciones insignificantes, como al más moderno transatlántico que parte de Rosario con sus bodegas repletas de trigo. Si se trata de episodios, no olvidaremos la fundación del Fuerte de **Sancti Spíritus**, ni las aventuras de Garay que planta a Santa Fe y luego a Buenos Aires como dos jalones de la civilización, ni a Belgrano que hace jurar los colores de la nación que recién se levantaba a la faz de la tierra, cubierta ya de gloria, (2) como dice enfáticamente nuestro hermoso Himno.

Un río, pues, es más que una línea azul y un nombre. El Nilo, en Egipto, fué todo. Se decía, por eso, que el país era un don del río. Allí, como en otros lugares de la tierra, en esas épocas remotas, un río era sagrado y se lo consideraba como a un dios. Las mismas garzas, los cocodrilos y los escarabajos que en el río o junto a

(1) Sistema de educación que enseña vinculando las cosas, la vida, la historia, etc., a un suceso, objeto, accidente, etc. que sirva de núcleo o eje de la cuestión.

(2) “Se levanta a la faz de la tierra, una nueva y gloriosa nación”.

él vivían, participaban de las consideraciones de las divinidades. Es que los pueblos primitivos, aunque ignoraran los orígenes científicos de muchos fenómenos geográficos, sabían apreciar el valor y beneficio de esas admirables corrientes de agua que inundaban sus campos y hacían brotar prodigiosamente las semillas de donde saldría el pan y el vestido de cada hogar.

En los tiempos modernos nadie dirá que un río es un dios. Pero no habrá hombre culto que no sepa bendecir los beneficios que ese o cualquier río rinde a una región o a todo un país.

Las canciones de nuestros poetas, especialmente los poemas de Rafael Obligado, son verdaderos himnos de admiración a ese accidente geográfico. En muchas ocasiones personifica nuestro bardo (1) al Paraná, tal como los egipcios lo hacían con el Nilo al cual llamaban Ptha o padre bienhechor.

Un río es un surco de la civilización o el camino de la historia. Nuestro Paraná ofrece un ejemplo suficientemente ilustrativo.



(1) Figura literaria que consiste en dirigirse a las cosas, plantas o animales como si se tratara de personas. Ej.: "¡Oh, río amado de mi tierra... etc."

LA FABRICA

Un buen reloj donde cada pieza se mueve en su orden y donde todo ese complicado mecanismo concurre a dar la mayor precisión a cada segundo, a cada minuto y a cada hora que pasa, nos puede dar una idea clara de lo que es una fábrica bien organizada.

El cuerpo humano donde cada órgano tiene su función, podría ser otro brillante ejemplo. Y el mejor, el incomparable, sería el del propio universo donde el sistema solar y cada astro tienen su rumbo matemáticamente determinado.

Pero bajemos a la observación de las cosas más humildes.

Las abejas (1) nos ofrecerán siempre el mejor modelo de una empresa industrial. Las dañinas hormigas (2) no dejan de ser tampoco una comunidad menos hábil.

¿Habrán tenido en cuenta lo que ocurría a su alrededor los primeros hombres que idearon la armonización de las fuerzas?

Posiblemente.

Una fábrica es una colmena humana. La máquina, fruto de la inteligencia, es una proyección de los brazos y una multiplicación de la energía animal.

El ingenio del inventor creó un instrumento mecá-

(1) Leer la conocida obra de Maeterlinck: "La vida de las abejas".

(2) Hay un brillante estudio del doctor Angel Gallardo acerca de las hormigas. Fué publicado en los Anales de la Universidad de Córdoba.

nico; el obrero se convirtió luego en servidor de ese monstruo que devora tiras de papel, trozos de suelas, lingotes de hierro, kilogramos de harina, capullos de seda o troncos de árboles.

Yo he visto muchas fábricas. Pero quiero recordar una, especialmente.

Era una fábrica de calzado. Mi padre le había vendido al dueño una buena partida de cueros que yo había visto sacar a las reses en la estancia. En una curtiduría anexa, que era del mismo propietario, se realizaba el trabajo preliminar. Las suelas y pieles de todas clases pasaban luego a los talleres. Aquí recién puede decirse que comenzaba el encanto de la industria. En un extremo zumbaba el motor con el llameante hogar y las hirvientes calderas. Los rechinantes engranajes y los émbolos y bielas sudorosos de aceite accionaban en sus agitados movimientos. Las correas, como larguísimos nervios, obedecían a las vertiginosas revoluciones de los volantes, y, allá, no sé con cuántas palancas, pedales, y cien detalles más, trabajaban las cuchillas, las agujas, los martillos y todo lo que se necesita para construir en escaso tiempo un lindo par de hermosos zapatos. Desde el maquinista que aceleraba o disminuía la marcha, hasta el obrero que colocaba los ojales, tenían su tarea asignada. Ninguno de aquellos factores mecánicos o humanos tropezaba o se retardaba. Comenzaban como un solo ser al alba y cesaban de igual a la hora del almuerzo. Luego de un escaso intervalo reanudaban su labor casi hasta el anochecer.

Las fábricas actuales han perfeccionado sus instrumentos. El petróleo y la electricidad han contribuído en gran parte a ello.

El obrero ya no trabaja tampoco de sol a sol. Leyes humanitarias han puesto precio y límite a sus energías.

Las fábricas, no obstante, siguen siendo bellos ejemplos de armonía y trabajo.

Ya no es sólo el hombre el que se gana el sustento al pie de uno de esos admirables mecanismos. Las mujeres han resultado excelentes obreras en muchas industrias.

Precioso espectáculo de los afanes de la civilización es el que sugieren esos centenares de personas que se desbandan cuando el silbato marca el final de la jornada.

Las altas chimeneas, banderas de humo que se azulan y blanquean por los efectos atmosféricos, parece que hablaran de paz y de gloria, y fueran, a la vez, símbolos inconfundibles de sanos ideales.



JUAN FERNANDO SANTELICES

Te quedaste al comienzo del sendero...
¡Fatal mandato del destino duro!
Eras, bella ilusión frente al futuro,
¡flor que tronchó una racha del pampero!

Ave que al alba te dormiste; niño
digno de larga vida y mucha suerte:
con saña cruel te arrebató la muerte
a nuestro sano y paternal cariño.

Ibas, recién, Fernando, a abrir el vuelo
para alcanzar la dicha que soñaste.
Tus alas se plegaron y rodaste
con la preciosa carga de tu anhelo.

No habló la vanidad por esos labios
porque sobró en tu frente inteligencia.
Eras un hombrecito. La experiencia
te mostraría el rumbo de los sabios.

Yo me adentré en tu espíritu, buscando
tu vocación y descubrí tu intento.
¡Eras, más que un afán, todo un talento
y un gran valor que se iba perfilando!

Fuí tu maestro y supe el alto ensueño
de tu cerebro, inquieta mariposa
que al acercarse a la primera rosa
cobró tan mal el precio de su empeño.

Me dijiste que amabas la poesía
y aticé con amor tu sacro esfuerzo.
Por eso, también hoy, vibra mi verso
con la doliente voz de la elegía.

Por eso te he llorado. Lloré tanto,
que más que tu maestro me he sentido
tu compañero de aula. Hoy he sufrido
y como al bronce que se hiere, canto.

Te extrañará tu escuela. La campana
ha de sonar muy triste muchos días.
Se han de trincar las dulces melodías
de la escolar y alegre caravana.

¡Fernando! ¡Adiós, Fernando! ¡Pobre niño!
Ya su eco no responde. ¡Triste suerte!
Pero juremos desafiar la muerte
con la inviolable fe de un gran cariño.



CUADROS DE LA MONTAÑA

(EL "PUCARA")

POR JOAQUIN V. GONZALEZ

Marchamos largas horas por aquella quebrada estrecha, de vueltas interminables, en medio de las emociones más variadas, desde el temor supersticioso hasta la suave sensación de un sueño paradisíaco; y de súbito vimos abrirse ante nuestros ojos un ancho valle, casi circular, adonde tienen acceso todas las vertientes de las cercanías que lo circundan. El cielo se muestra en toda su plenitud y esplendor, y como salimos de una galería subterránea, aspiramos con avidez el aire pleno, paseamos con loca libertad la mirada y nos lanzamos al galope, como escapados de una cárcel. Es el valle donde los calchaquíes tuvieron su fuerte avanzado sobre la llanura, el "Pucará", que corona un piso casi aislado en el medio de la planicie, y situado de manera tan estratégica como pudiera imaginarla el más experto de los guerreros. Sobre aquella atalaya que domina los cuatro vientos, divisando a distancias inmensurables, he meditado tristemente sobre los destinos de las razas, sobre la evolución del espíritu humano tras de su porvenir desconocido, y he visto desplegarse, a través de sombras dolorosas, la bandera de mi patria.

(De "Mis Montañas").

UNA BIBLIOTECA EN LA PAMPA

Victorica, primer pueblo fundado en la gobernación de La Pampa hace cincuenta años, es un centro de cultura que llama vivamente la atención. Está a más de seiscientos kilómetros de la Capital Federal, sobre la línea que termina en la estación siguiente, Telén.

Para ir desde Santa Rosa hasta allá, es necesario recorrer en automóvil más de treinta leguas, por caminos bordeados de trigales, unas veces atravesando bosques de caldenes, otras valles profundos o sorteando altísimos médanos de arena.

Los habitantes de aquel simpático pueblecito están orgullosos de su biblioteca, obra inicial de un viejo maestro: don Félix Romero. Por eso, cuando se estima que el viajero tal tiene admiración o apego a los libros, se le invita a decir algo. Otras veces se lleva a excelentes conferenciantes de Buenos Aires.

El autor de este librito se honró cierta ocasión ocupando la tribuna de la biblioteca de Victorica. Algunos párrafos de su discurso fueron estos:

“Pensad, señores, cuál no será mi respeto hacia vosotros que habéis hecho y mantenido esta obra espléndida que os permite reunir en medio de esta Pampa aun áspera e indomable por muchos aspectos, un verdadero cenáculo que os acompaña virtualmente y que se pone en contacto espiritual con vosotros toda vez que vuestra sana curiosidad y vuestro anhelo voluntarioso lo quieren.

“Esta biblioteca vale tanto como las parvas de oro que levanta el bravo agricultor.

“Verdad es que en los campos está la estructura económica del territorio. Pero verdad no menos recia es que aquí está el cerebro mismo de este pedazo de tierra argentina.

“Vosotros y los que tal vez ya se hayan ido por las sendas del mundo o de la eternidad; todos los que hicisteis esta hazaña, seréis un día justamente evocados y aun tendréis vuestro bronce, porque el concepto moderno de prócer ha evolucionado conforme a las leyes de la civilización.

“Aparte de todo, yo os digo que no he venido a otra cosa que a honrarme junto a vosotros que realizáis obra tan bella y tan útil”.



LEY DEL TRABAJO

La energía aplicada amorosamente al brazo, al corazón o al cerebro, ha forjado y forja la civilización del mundo en todas sus fases.

La máquina abandonada se oxida. “Órgano que no funciona se atrofia o muere”, dice un postulado de la fisiología. El niño es una máquina más perfecta y complicada que todas las que ha inventado la mecánica. Sus piezas son los múltiples y variados órganos del cuerpo. ¿Necesitamos aconsejar el trabajo, como actividad creadora de aptitudes mediante el estudio; como actividad creadora de hábitos sanos mediante las prácticas de la perseverancia; como actividad creadora de valores económicos mediante el esfuerzo físico y mental?

Trabajo, solaz sin ocio; trabajo y alegría; trabajo y amor; trabajo y paz; trabajo y caridad; trabajo y belleza espiritual. . . No imitar, por supuesto, a la hormiga dañina, ni a la araña traicionera, ni al águila cruel ⁽¹⁾. Hacer sin destruir; y, cuando haya fatalmente que destruir, que sea para substituirlo con algo mejor, más útil, más exacto o más bello, como aconsejaba Ameghino.

SINTESIS

- a) Hacer siempre algo útil.
- b) El trabajo metódico nos libra del ocio y del vicio.
- c) La cultura, el ahorro y la felicidad son frutos del trabajo.
- d) Sin trabajo no hay obras ni se puede hacer caridad.
- e) La labor de la hormiga es un mal ejemplo.
- f) Substituir lo destruído por algo mejor.

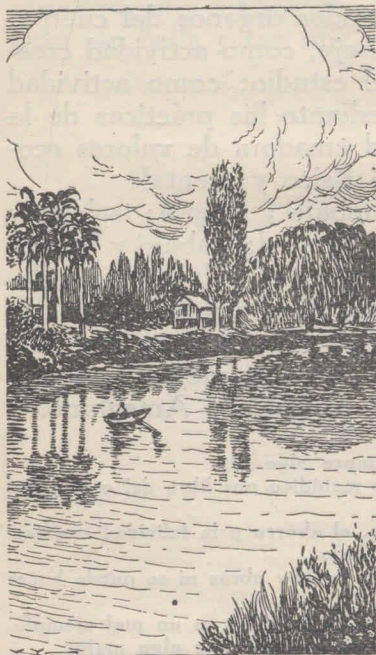
(1) Ver la lección de la pág. 73.

POR EL DELTA

Acabo de regresar de un hermoso paseo por el Delta del Paraná (1). Es la segunda excursión que realizo a la región tan hábilmente descrita por Marcos Sastre en su admirable "Tempe Argentino".

El paseo de hoy lo hemos realizado un núcleo de educadores, siendo el más joven y humilde de todos yo, por supuesto. El paraje elegido fué la isla donde habitó Sarmiento.

Después de un viaje espléndido, que comenzó en el canal de San Fernando, llegamos a nuestro destino. Creo que la mayor suerte me cupo a mí, desde que pude disfrutar de la amistad y enseñanzas que se obtienen alternando con hombres que como Zubiaur, Barroetaveña, Vidal, Sussini, Elizondo y Melgar han conquistado laureles durante treinta y aun cuarenta años fecundos de brega educacional.



(1) Febrero de 1917.

Nuestro Delta no ha de tener muchos similares. Hijo del Paraná, que lo ha formado grano tras grano de arena, con la contribución de media América del Sud, tiene en su limo y en su gleba la riqueza que no hallaron los románticos conquistadores ibéricos: la del surco que es pródigo cuando hay músculos que lo abren y sudores que lo empapan. Por la abundancia de la fruta, será nuestra California; por su topografía, nuestra Venecia; por su porvenir, cuanto soñó Sarmiento.

Los múltiples canales hacen encantador aquel laberinto de aguas frescas que corren y corren sin cesar hacia el océano. La naturaleza viva, exuberante y pródiga, se agolpa, entremezcla y matiza el panorama en gamas infinitas. A ambos lados, y durante todo el trayecto, los sauces llorones sueltan hasta la linfa sus flexibles cabelleras; más allá se yerguen los álamos o ensanchan su follaje los pinos; y aquí o allí, cerca de los durazneros cubiertos de frutos o de las huertas o de los jardines de este o aquel **chalet** que pone una nota de buen gusto estético y asienta su cimiento que es como un tacón del progreso, están las palmeras, y en mayor abundancia, dando al conjunto el brochazo más característico y poético, los ceibos, rojos como si fueran cimas coralinas que han emergido; rojos como la sangre; rojos como el hierro de las fraguas...

*

* *

En este Delta que tal como nosotros, después de Sastre y de Sarmiento, tendrán que descubrir los argentinos, y en un punto de la isla Carapachay, está la casita de madera que habitó el Gran Viejo; casita pobre, carcomida ya, inclinada hacia el norte como si la atrajera el

sol o como si ella quisiera recostarse en una de las robustas palmeras que también plantara aquel genio precursor. (1)

Por iniciativa del Dr. José B. Zubiaur se ha adquirido la hectárea de terreno sobre la cual está la reliquia y se ha proyectado la compra de tres más. El Dr. Zubiaur ha dicho, con la firmeza de un luchador y el entusiasmo de un idealista, que la isla de Sarmiento será el recreo feliz de los maestros, para quienes se construirán mansiones, jardines, huertas, plazas de deportes, etc. El propósito no puede ser más noble y generoso. Como toda idea grande, tropezará con dificultades, pero no dudamos que tal visión ha de ser un día hermosa realidad.



(1) En la actualidad se halla restaurada la casilla, habiéndosela convertido en museo. Una escuela, creada por iniciativa del doctor Zubiaur, presta, desde hace algunos años, valiosos servicios a los hogares isleños.

PARA DEFENDERSE DE LA MISERIA

Cierta ocasión andaba un charlatán por ahí vendiendo a los tontos sortilegios para hallar la felicidad y hacerse rico.

Equivocado de puerta, llamó un día a la de un vecino que había vivido una niñez pobrísima, una juventud de lucha y luego una existencia de prosperidad y dicha.

El encuentro fué sorprendente y el diálogo preciso:

—¿Qué buscas, peregrino?

—Yo no busco nada. En vez, doy mucho.

—¿Eres filántropo?

—Sí, pero no doy pan ni oro.

—¿Entonces . . . ?

—Te lo diré.

No se rió el buen hombre cuando se enteró de las pretensiones del vendedor de sortilegios. Pero sintió una pena profunda. Ese desdichado era un ser humano, también. La ignorancia y la perversidad lo habían sin duda alejado de las labores honradas. El vicio le había pintado un falso porvenir. Por eso, sereno como un sabio, bueno como una madre y generoso como un hermano, le dijo:

—Yo te voy a dar una receta única: aséate el cuerpo y el alma. Luego, trabaja. Cuando tengas algunos centavos, ahorra, disfruta honestamente la vida y haz caridad; contribuye con tu esfuerzo al bienestar de los otros; y en cualquier ocasión, une tus cobres a los de tus semejantes y verás qué maravillas superiores a tus sortilegios

hacen la cooperación y la mutualidad. ¿Quieres comenzar ya? Allí hay muchas varas libres de terreno; en mi huerta sobran semillas; no te negará nadie los instrumentos de labranza; el agua te la ofrecerán las nubes o esa acequia; el sol madurará los frutos; las aves cantarán al triunfo de tu brazo y las flores llenarán de perfume tu alma... (1)

Dos lágrimas corrieron por las mejillas del infeliz peregrino de la ignorancia y el vicio. Las manos dejaron caer las cartas de sus engaños. Al cabo dijo:

—¡Perdón!... ¡Recién encuentro el buen camino!
¡Gracias! ¡Gracias!



(1) Léase la composición titulada "Caridad".

CARTA A MI MADRE

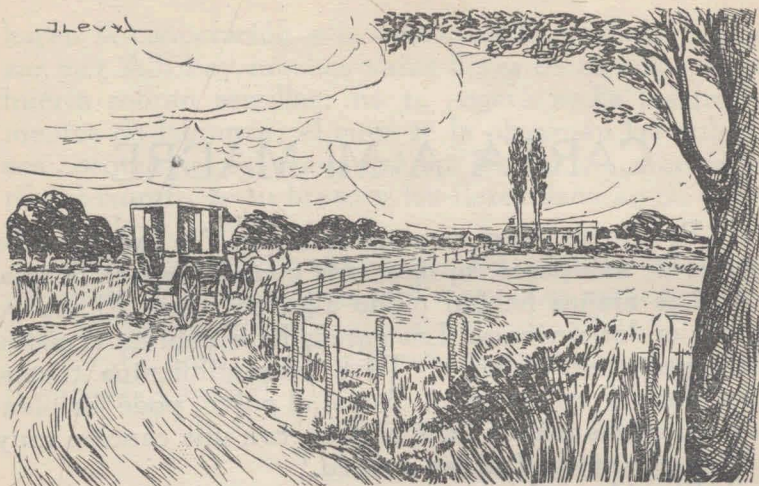
Por fin ya estoy en esta casa sola. No hay más eco que el de mis pasos, ni más vida consciente que la mía.

Las arañas habían tejido algunas telas. El musgo crecía en los rincones. Las enredaderas cubrían el patio. El aspecto era ruinoso. Tuve presentimientos tristes. Casi lloré. Pero no decaí. Saqué el polvo, podé las plantas, rompí las telas y llené el patio con una canción muy alegre que aprendí no sé cuándo.

La vida se ha impuesto otra vez. Lo lúgubre ha huído ante la hidalguía de mi juventud que ansía luchar. Sin embargo, la soledad me rodea. Yo la imagino como a un fantasma mudo e invisible que está en todos los muros, sobre las cornisas, junto a las ventanas...

Yo no temo a la soledad. Cuando me lleno de tedio enciendo mi memoria y estoy próximo a los seres más queridos. Estás tú siempre más cerca mío. Creo que a veces me despiertas. Ayer me parecía oír tu voz. Casi dije "¡madre!". Después me sonreí. No quise ponerme triste. Considero que la tristeza constante es derrota. Y yo he venido a luchar. Y he de vencer. Esperemos que corran mejores tiempos. No desmayemos por nada. El éxito está en persistir por el buen camino. Hay que tener la constancia de la gravitación y la nobleza del oro...

¡Si vieras cómo cambia el aspecto de esta casa lo que hablo así contigo! ¡Pero lo que cierre esta carta!... ¡Ah! Voy a hacer otra. Esta quedará conmigo. Quiero tener armas leales contra la soledad. Hasta pronto. Abrazos y besos. ¡Adiós!



LOS EUCALIPTOS

Desde muy lejos se veían
como dos brazos gigantescos
que se elevaban implorando
la eterna gloria de los cielos.

¡Qué inmensa dicha nos movía
cuando de vuelta ya del pueblo
sus copas altas divisábamos
siempre encaradas al pampero!

La yunta, entonces, azuzábamos
por el camino polvoriento;
el sol caía; la distancia
cedía al trote tesonero.

El horizonte se esfumaba,
todo en redor se hacía negro,
no parpadeaba ni una estrella
y resonaba largo el trueno.

Cuando el relámpago rayaba
la espesa sombra con su fuego,
como dos índices las cúspides
de los gigantes, allá lejos,
nos daban rumbo y nos aullaban
con sus follajes. ¡Oh, aún siento
aquella rara sinfonía
que hacía entonces darme miedo!
Ha muchos años que mi madre
los puso allí. Ya están muy viejos.
Despedazados por los rayos,
ya no se ven como en mi tiempo.
¡Oh, familiares eucaliptos
que el infortunio dió a otro dueño!
Ya pronto el hacha codiciosa
ha de tumbaros...

¡Padre nuestro
que estás en la otra vida; padre,
protégelos, que así tendremos,
si no un bordón para el camino,
un buen puntal para el recuerdo!



LA VENGANZA DE LAS ABEJAS

POR HORACIO QUIROGA

A las doce en punto, poco después de almorzar, sobrevino la catástrofe. Las abejas, exasperadas por aquella chapa agujereada que impedía salir a la reina, la habían matado. Kean la había visto muerta en la piquera, traspasada a aguijonazos. Aunque hubiera deseado quedarse, Kean tuvo que salir un momento a pie, y ató su caballo a un poste del tejido de alambre, sin tiempo para observar lo que pasaba en las colmenas.

Hasta ese instante no se había notado el menor indicio de ataque. Por esto, cuando la mujer de Kean vió entre las palmeras, al lado del corredor, algunas abejas que zumbaban con aguda cólera, no se preocupó mayormente, contentándose con llamar a su hijo mayor, que dialogaba con las semillas de los eucaliptos, y con entrar bajo el corredor el cochecito en que dormía su pequeña

De repente el chico lanzó un grito:

—¡Ay, mamá!

La mujer de Kean corrió, y antes de darse cuenta de lo que pasaba oyó otro alarido de su hijo, a tiempo que se sentía terriblemente picada. El aire estaba ensombrecido de abejas furiosas. Con las manos en la cara, acribillada a saetazos, corrió hacia su hijo, que llegaba ya hasta ella gritando de terror.

La mujer de Kean lo hundió desesperadamente entre sus faldas, y sintió entonces un brusco vagido.

—¡Ay, la nena! ¡Dios mío! ¡Corre al comedor, mi hijo!

Y empujando violentamente al chico, se lanzó a la cuna.

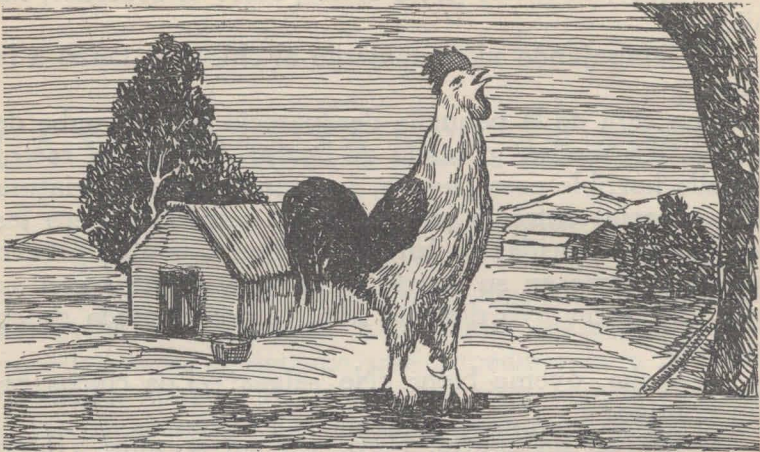
La cara de la pequeña desaparecía bajo la nube de abejas. La madre, gritando de horror, limpió del rostro aquella horrible cosa pegada, y arrancando a la criatura del cochecito entró, a su vez, en el comedor. Pero las abejas, enloquecidas de furia, entraban tras ella, y tuvo que encerrarse en su cuarto, clamando a gritos con su hijo. Entonces oyó distante aún, la voz alterada de su marido:

—Julia, óyeme bien: ¡No salgas! ¿Los chicos están contigo?

—Sí, en mi cuarto. Pero, ven en seguida. ¡Julita se muere, Kean!

(De "El Salvaje").





EL RELOJ DEL ALBA

Yo he sido un niño campesino. Mi mejor maestro fué el corazón de mi madre. Mi escuela, toda la naturaleza.

Cuando escuché de boca de un excelente educador una preciosa lección acerca del amor materno, la entendí íntegra, no tanto siguiendo el relato como evocando muchas escenas vividas junto a la autora de mis días.

La botánica y la zoología me resultaron facilísimas. Sólo tenía que recordar los nombres de lo que yo había visto tantas veces. Así, a las hojas que yo llamaba serruchitos le apliqué el letrero "serradas", a las de forma de lanza, "lanceoladas", a las de forma de pera, "corazonadas". Los bueyecitos de mis juegos resultaron "coleópteros". Los martillos, la corona de espinas y el resto de la "flor de la pasión" fueron rebautizados con los

nombres de “estambres”, “pistilos”, “pétalos”, “cálices” y todo lo demás.

En casa no había reloj. Cuando era necesario fijar la partida de algún viaje, se iba al almacén donde estaba la posta de don Claro, el dueño de la diligencia, que a la vez hacía de correo.

Si el caso no debía supeditarse a las matemáticas, bastaba con mirar la posición del sol, de día, y de la luna o la Cruz del Sur, de noche. Si estaba nublado... ¡Aquí se complicaban las cosas! Pero no había peligro que el sol nos encontrara en la cama. Teníamos un reloj que no fallaba: el canto de los gallos.

Yo tenía mi gallinero. Tampoco sabía los nombres de las razas, salvo el de las catalanas, bramas y de riña. Pero conocía todos los colores y los tipos. Sabía cómo anidaban, cuántos huevos ponía cada gallina, cuántos pollitos podía criar, cómo se los defendía de los “bichos colorados”, de los zorros y comadrejas.

Una vez llegó un mercachifle que traía muchas naranjas, tortas con azúcar negra y caramelos largos envueltos en papel. A mí se me fueron los ojos sobre todo eso. Pero no tenía ni un cobre. Los últimos pesos los había empleado mi madre en la adquisición de no sé qué remedios para un niño vecino que estaba gravísimo.

Mi madre me preguntó si deseaba comer algo de eso. Yo no me atreví a contestar porque sabía nuestra situación. Pero recuerdo que se me llenó la boca de saliva. Al trasegarla, me parecía que gustaba los ricos caramelos. A ella se le anegaron de lágrimas los ojos. Sin hablar se fué hacia adentro y trajo un cesto como con cien huevos. Luego me envió a encerrar las aves.

Debió en ese intervalo conversar con el mercachifle. El precio estaría hecho. Porque el hombre eligió las mejores yuntas y luego, ¡oh, asombro mío! comenzó a

llenar una gran fuente con naranjas, chocolate y todo lo que yo había ya visto. Todavía, dando vuelta el tirador, extrajo algunos pesos y varias monedas que pasaron a mis manos.

Mientras saboreaba los manjares pensaba para mí en lo que representaba todo eso que yo cuidé y miré como cosa sin valor o sin nombre, igual que a los "bueyecitos" y a las abejas.

Mi afición a las tortas y a la crianza de aves se hizo mayor desde entonces.

Cuando aprendí a leer perfeccioné los bebederos los nidos, los métodos de alimentación, las razas y todo aquello que contribuye al mayor rendimiento de la avicultura.

El gallo que dormía junto a mi ventana continuó anunciándome la hora del alba, pero el adminículo niquelado que yo había adquirido para mi mesa de luz, resultó más preciso, pues hasta nos marcó la hora cuando el cielo estaba nublado.

Las exposiciones de aves me atraieron siempre. Y, mis continuas lecturas me hicieron comprender el valor de esta riqueza que puede mover un niño o una familia en el más humilde hogar.



DON BERNARDO

Había nacido en Granada. Es ésta una de las más bonitas y prósperas ciudades de España. (Cuando tengas, lector, la oportunidad de estudiar literatura o los orígenes del descubrimiento de América, sabrás hasta dónde llega su alto valor histórico).

Contaba don Bernardo que todos sus antepasados fueron labradores y soldados. De las artes de la paz, solía decir, pasaban, como para distraerse, a las de la guerra. El no sabía siempre precisar tal o cual suceso, pero narraba alrededor del mismo y de su época, hermosas páginas coloreadas con el matiz sencillo de la tradición.

Su padre murió heroicamente luchando en Africa. Su santa madre acabó sus días casi sola, aguardando su regreso. Don Bernardo había partido de España a los veinte años de edad, mezclado en un enjambre de mozos decididos que se lanzaban a buscar fortuna allende los mares.

¡América! ¡Nombre de muchas ilusiones! ¡Tierra nueva! ¡Costumbres sencillas, vida democrática!

Todo eso veían y aun ven los que de allá vienen a cooperar en nuestras tareas de hacer grande a la patria. (1)

—Todavía me parece que veo moverse como una alita blanca, — se complacía en repetir don Bernardo, llenos los ojos de lágrimas, — el pañuelo de mi madre,

(1) Recuérdense lo que dice el Preámbulo de la Constitución Nacional: "... para todos los hombres del mundo, etc."

alto el brazo cuando ya la distancia nos separaba con el velo azulado que se interpuso hasta la eternidad.

Como buen hijo, sostuvo siempre su vejez con sus ahorros. Más de una ocasión se quitó una hora de holgorio para trocarla en el giro de pesetas que llevaría la dicha a la autora de sus días. Ella le escribió muy seguido. En las tortuosas líneas de sus pocas letras, nunca faltaban estas preguntas: "¿Cuándo vienes?" En la carta del hijo no faltaba nunca, tampoco, esta promesa: "Pronto. Cuando reúna todo lo que deseo para hacerte un palacio".

Ya don Bernardo tenía su fortuna. Había organizado su hogar y sentía que la nostalgia y el amor de madre lo tiraban hacia el solar nativo. Con un montón de canas en la sien, había resuelto volver, porque el pañuelo blanco parecía, en su imaginación, moverse desesperado. Armó, entonces, sus maletas. Se proveyó del dinero necesario para el viaje y del que reservaba para cumplir lo prometido. Se embarcó después de estrechar en un sólo abrazo a su esposa y a sus hijos. ¡Cuántos afectos lo ceñían a los que se quedaban! ¡Cuántas ansiedades tirábanlo hacia donde estaba la buena madre! Hubiera querido que volara el transatlántico. Cuando el mar golpeó enfurecido los flancos de la nave, en más de una ocasión don Bernardo echó a volar el recuerdo hacia América y el anhelo hacia España. No era el temor lo que así lo movía, sino el intenso cariño de su corazón sano que no apartaba de sí el amor de los suyos.

En los veinte días que duró el viaje se llenó tan presto de alborozo como de tristeza. Era porque constantemente se preguntaba por los de su hogar. ¿Qué harán? ¿Estarán bien? ¿Se realizaría aquel negocio?

Al fin, una madrugada se avistó la costa de la Península. Llegaron. El día era espléndido. Hecho el trasbordo, tomó la línea correspondiente. Cuando descendió,

un viejo tío al cual no conocía, lo abrazó diciéndole después de asegurarse de las señas:

—¿Eres tú?...

Ceñidos aún en un fuerte abrazo, el anciano pudo apenas agregar:

—...Pues, ayer... ayer... la sepultamos...

Don Bernardo sintió en esas circunstancias que el corazón se le destrozaba de dolor. Y lloró como un niño. Evocó el pañuelo que durante un sueño casi reciente había visto agitarse hasta hacerse jirones.

—¡Pobre madre! — dijo, para resignarse. Contó con desprecio el dinero acumulado, y resolvió dar, de algún modo, cumplimiento a su promesa para volverse enseguida a América. Hizo todos los trámites necesarios para que se le permitiera construir una escuela que llevaría el nombre de su madre. En el lugar principal de la entrada se levantaría un busto de bronce. No descuidó tampoco la tumba de la extinta.

—Ahora sí, — se dijo reservando a su conciencia las más sanas reflexiones, y se puso en viaje de regreso.

El hogar lo aguardaba con las brasas del cariño encendidas.



JUAN ANGEL

¡Es ya un hombre! ¡Tres meses! ¡Tres hojitas
del árbol del destino! ¡Suerte, suerte!...
Que sea un vencedor con el arado,
y con la idea... ¡Bah! con lo que fuere.

Ya dice "Ajó". Ya dice muchas cosas
que la ignorancia nuestra no comprende;
y al agitar sus brazos en el aire
pinta su porvenir como un vidente.

Laura Beatriz lo mira y lo acaricia.
—¡Ya somos dos! — exclama, y el pebete,
filósofo, poeta o mercachifle,
mirando cualquier cosa se entretiene.

Dos zapatitos más... dobles cuidados...
mal jornal... y los años se nos vienen...
¿Es más dolor? ¡Jamás! Esto es gran dicha
que los que no son padres no apetecen.

—¡Venga el hombre a mis brazos! Algún día
yo bajaré los tuyos en la muerte.
Tu madre quiere para ti la gloria.
Yo... ¡la gloria, también, si la mereces!

LA CRUELDAD DEL AGUILA

TRANSCRIPCION DE J. H. FABRE.

Cuando veas a dos árboles cuyas copas salgan sobre los demás y se levante el uno frente al otro, en las márgenes del río, sabe que allí está el águila, posada. Los ojos chispean en sus órbitas y parecen quemar como las llamas; contempla atentamente toda la extensión de las aguas. A veces detiene la mirada en el suelo. Observa, espera. Escucha todos los ruidos, los recoge, los distingue.

En el árbol opuesto está el águila hembra, de centinela; de cuando en cuando su grito parece exhortar al macho a que tenga paciencia. Este responde batiendo las alas, inclinando todo el cuerpo y lanzando un graznido cuya discordancia y cuyo ruido parece la risa de un maniático; después vuelve a erguirse. En su inmovilidad y en su silencio lo creerían de mármol.

Patos de toda especie, pollas de agua y avutardas, huyen formando apretados batallones, arrastrados por el agua; caza desdeñada por el águila, y a quien este desprecio salva de la muerte. Por fin, llega al oído de los "bandidos" un ruido que el viento hace volar sobre la corriente; este ruido suena como un instrumento de cobre. Es el canto del cisne. La hembra le advierte al macho mediante un aviso compuesto de dos notas. El águila se estremece; dos o tres picotazos rápidos en el plumaje la preparan para su expedición. Va a partir.

El cisne viene como una nave flotando en el aire; su cuello de nívea blancura, extendido hacia adelante, y

el ojo relumbrante de inquietud. El movimiento precipitado de sus dos alas apenas basta para sostener la masa de su cuerpo, y sus patas, replegadas bajo la cola, desaparecen a la vista. Se acerca lentamente, víctima propiciatoria. Oyese un grito de guerra: el águila arranca con la rapidez de un bólido o de un relámpago que resplandece. El cisne ve a su verdugo, baja el cuello, describe un semicírculo y, en la agonía de su temor, maniobra para escapar a la muerte. Un solo recurso le queda, y es sumergirse en la corriente; pero el águila prevé la astucia: obliga a su víctima a permanecer en el aire, manteniéndose sin descanso por debajo de ella y amenazándola de herirla en el vientre o bajo las alas. Esta profundidad de combinación que el hombre envidiaría al ave, jamás deja de alcanzar su fin. El cisne se debilita, se cansa y pierde toda esperanza de salvación; pero entonces el enemigo teme todavía no vaya a caer en el agua del río. Le da con las zarpas hondo arañazo bajo el ala y lo precipita oblicuamente sobre la orilla.

No es posible contemplar sin espanto el triunfo del águila: baila sobre el cadáver, hunde profundamente sus aceradas garras en el corazón del cisne moribundo, bate las alas y aúlla de alegría. Las últimas convulsiones del cisne, la embriagan. Levanta su calva cabeza al cielo y sus ojos inflamados de orgullo se coloran como sangre. La hembra se junta al macho. Los dos dan vueltas al cisne, agujerean el pecho con sus picos, y se hartan de la sangre caliente que brota.



LEY DEL DOMINIO DE SI MISMO

Gobernarse a sí mismo implica encender la hoguera de la dignidad personal, volcar sobre ella los instintos de la naturaleza humana, apartar la escoria de las bajas pasiones y extraer el tesoro de las virtudes y de los pensamientos que nos reclama la sociedad para las mejores y más sólidas construcciones.

El potro es siempre útil si se lo domestica y conduce bien. Pero un potro sin freno, desbocado, no... Un barco sin timón, tampoco... Ni siquiera una cometa sin su contrapeso. ¿Cómo podrá entonces, ser útil a la sociedad un hombre que no puede hacer uso de su voluntad porque lo domina la ira, el vicio, el ocio, la incertidumbre, la indecisión o la gula?...

Las cárceles, los hospitales y los manicomios, están llenos de esos desdichados que no supieron encauzar a tiempo sus energías. La vida es como una preciosa mansión que tienta a la vagancia y a los malos instintos que la rondan. El niño y el hombre precavidos, sepultan bajo cien cerrojos a sus flaquezas, que son peores que los siervos infieles, y abren los ventanales de sus almas sin temor a la luz que los alienta en las labores honestas.

Ser dueño de sí mismo ⁽¹⁾ es como convertirse en absoluto rey de un estado donde hay algo más poderoso que un ejército: la voluntad humana; algo más fecundo que la mejor gleba: el pensamiento bien orientado; algo más generoso que el mar, que el río, que el árbol, que el cerro... el corazón del hombre de bien.

(1) Léase la poesía titulada: "Sé dueño de ti mismo".

Gobierna, niño, tu voluntad, tu espíritu y tus sentimientos, y te acercaras a Jesús o serás Homero, Dante, Galileo, San Francisco de Asís, Colón, Rivadavia, San Martín, Sarmiento . . .

Ninguno de éstos se abandonó ante la derrota ni se envaneció con el triunfo. ¿Ejemplos? San Martín después de Cancha Rayada. San Martín dueño del Perú.

SINTEISIS

- a) El bruto sin freno y el barco sin timón son fuerzas perdidas.
- b) Aherrójense siempre las flaquezas que nos traicionan.
- c) La voluntad es más poderosa que un ejército.
- d) El buen pensamiento produce más que un campo fértil.
- e) El corazón noble, da más que el árbol, la montaña o el mar.
- f) San Martín en la derrota o en el triunfo, ofrece brillantes ejemplos a esta ley.



LA MESA

La mesa fué parte importante de los ritos cuando los pueblos necesitaron realizar juntos sus holocaustos para ampararse bajo la virtual protección de sus dioses. Donde quiera fué el baluarte moral de los hogares. Sigue aún siendo la expresión más elocuente de las virtudes domésticas. El arte del Renacimiento inmortalizó en "La Cena" (1) el amor que se sacrifica por la humanidad. Creyentes y no creyentes; sabios y rústicos, tienen su mesa. Y la "mesa" no es siempre la succulenta provisión de manjares, sino la hora feliz en que el hombre que lucha, trabaja o sufre, se acerca a los que son parte de su corazón, para confortarse, más que con la reposición física, con el aliento moral del instante.

Hombres o niños o mujeres sin mesa, son como pájaros sin nido.

Cuando el hogar se forma, se tiende una nueva mesa. El propio concepto moderno a base del cual se estudian los hechos de la historia, y las evoluciones sociales, alude al factor económico señalándolo como al determinismo (2) más poderoso que impulsa los sucesos. Y el factor económico se sintetiza en la mesa, porque para que ella se tienda provista, y para que las almitas de los vás-

(1) Magnífica obra de Leonardo de Vinci.

(2) El determinismo geográfico hizo que los fenicios fueran navegantes o que nuestro gaucho fuera jinete por excelencia. Para vivir en las pampas, recorrer sus distancias, proveerse, etc., le fué necesario a éste disponer del caballo, el lazo y las boleadoras, como a aquéllos del mar y de los cedros que les dieran madera para sus embarcaciones.

tagos florezcan en las ilusorias o reales esperanzas que sus progenitores sueñan, lucha el hombre de todas las razas y clases sociales.

La escuela moderna es también un hogar, aparte de un laboratorio de preparación intelectual, que suele tener su "mesa" en las lecciones prácticas de economía doméstica o en la institución de "la copa de leche" o "la miga de pan".



SANDALO HERIDO

POR FERMIN ESTRELLA GUTIERREZ.

El sándalo a los golpes del hacha que lo hiere
prodiga su perfume delicioso a los vientos,
y a cada nueva herida de sus carnes, prefiere
devolver en esencia todos sus sufrimientos.

Cual el sándalo herido has sido tú en la vida,
corazón que no sabes sino de una honda pena,
el destino te ha hecho reabrir siempre la herida
y aun persistes en creer que la existencia es buena.

En el bosque sombrío de todos los quebrantos,
el hacha de la insidia cuántas veces te hiere,
pero tú, como el sándalo, en vez de tristes llantos,
prodigas el perfume de un bien que nunca muere.

(De "El Cántaro de Plata").



25 DE MAYO DE 1810

Llovía. El cierzo helaba las carnes, pero el volcán interno de cada pecho alentaba el alma. En las casas se murmuraba mientras los hombres partían nerviosos. Luego se aguardaba con ansias. Y se pensaba en la patria. Y se auguraba un triunfo de muchas vidas y muchas esperanzas. ¡Cuántas alegrías que debían costar cuántas lágrimas! ¡Cuántos afanes que debían inmortalizarse en la obra común de la gloria!

La multitud se apiñaba en la gran plaza. No todos sabían por qué se congregaban. Pero sentían lo mismo. Y en sus frentes, vago o con firmeza, aleteaba el mismo ensueño.

Hubo largo intervalo. Todas las miradas se volvieron a un mismo objeto: ¡el Cabildo! Era éste más humano que una Bastilla, pero guardaba algunos resabios de la vida colonial.

El pueblo sintió una emoción común. Sabía que en aquel recinto se debatía algo trascendental. Pero no podía concretar la magnitud de la obra. Y eso lo inquietaba. Y eso lo excitó. Y como si por eso se conmoviera el nervio común que impulsa los grandes hechos, avanzó decidido y viril hacia donde se gestaba su ideal. Y con una misma voz, con igual entusiasmo, y a un tiempo mismo, gritó magnánimo: "El pueblo quiere saber de qué se trata".

Alzando tan alto el eco, iba por primera vez a recla-

mar su libertad. Tal fué la escena más expresiva de aquel 25 de Mayo que jamás se olvidará.

Desde aquella "Gran Capital" donde habían madurado los magnos pensamientos, partieron las expediciones que batallaron hasta el día en que, serenándose los ánimos, se abrieron los surcos redentores al par que los libros de la ciencia y los de la poesía, para que naciera purificada la patria augusta, tal como dicen las fábulas mitológicas que de las espumas del mar nació Venus, la diosa de la belleza y del amor.





DOÑA JUANA

Es hermosa la vida de campo. Me acostumbré a madrugar. Solían prepararme un brioso alazán. Mi mayor placer consistía en galopar por las lomas y las cañadas próximas. Fácil era seguir mi rumbo, porque en los trebolares blanqueados por el rocío quedaba el rastro de mi pingo.

Cuando había andado suficientemente y mis pulmones estaban repletos de oxígeno, tomaba la huella casi imperceptible que orlada de cardos azules y margaritas rojas se prolongaba en derechura a un rancho donde desde muy temprano humeaban las brasas quemando algún churrasco y calentando el agua para el mate.

Ese caminito me llevaba a la casa de doña Juana, vieja criolla muy amiga mía que hacía muchísimo que vivía en el "Puesto del Sauce". Quizá me había visto nacer y por eso o por costumbre me llamaba "niñito" a pesar de que yo me ruborizaba creyéndome viejo a los veinte años. Era difícil que no la encontrara mateando. El brasero era de su fabricación. Una lata de kerosene con ocho ladrillos por dentro, colocados de canto, formaban la pa-

red. Seis alambres, en medio, servían de rejilla, y a un costado, abierta sin mucha estética, estaba la boca del cenicero.

—Este aparato lo hice yo, — decía la vieja con orgullo; — sirve para muchas cosas y de tal modo se calientan los ladrillos, que se puede còcer hasta una linda torta.

—Es Vd. muy hábil, doña Juana, — le decía halagándola.

—Ya lo creo, niñito. En esta vida, el que no tiene ni sabe, se muere de hambre. ¿Creerá que hace mucho que aprendí esto? No, niñito. Es obra de los tiempos modernos. Antes se hacía un hoyo en la tierra o se quemaba un monte para asar un cordero. Hoy las cosas han cambiado. Hasta tenemos que ahorrar calor. ⁽¹⁾

Saliéndose del tema continuaba:

—Antes un mozo se ganaba la vida sin otra habilidad que la de saber pialar o ser un buen domador. Hoy para nada sirve eso. Mire que ridículo: ¡se anda en bicicleta y se marca en bretes! Hasta el mate se va dejando. Cuando yo muera, — agregaba mirando a sus nietas, —tal vez éstas empeñen la bombilla de plata y no para galleta, sino para comprarse algún adefesio de la moda.

—¡Ah! mis tiempos, — decía suspirando profundamente.

Las muchachas escuchaban con respeto pero cuando la vieja hablaba de modas se sonreían. Eso no les desagradaba. Ya habían ido muchas veces a Rosario y estaban enteradas de todo. Sabían en qué vidriera estaba el mejor vestido y la peineta más fina, el último figurín, las medias más caladas, los zapatos más diminutos, y hasta habían meditado sobre el precio de uno u otro de esos sombrerotes antiestéticos que se llevaron en determinada época.

(1) Siempre el que envejece sin comprender el presente, ve mejor el pasado y protesta ante el progreso. No lo imitemos.

—Estos tiempos no me gustan, niñito, — protestaba doña Juana. Pero qué hay que hacer, volvía a reflexionar riendo. Tome este “verde” y crea que si yo muero, no probará otro mejor.

Era muy cierto lo que decía. Nadie la había superado como “cebadora” en todo el pago. No se hizo baile ni rezó novena sin traer antes a doña Juana. Agil como una muchacha, montaba en esos casos el overo de su Panteleón, cuya velocidad todavía se mentaba.

Yo le devolvía el mate, le agradecía sus atenciones y rematábamos la charla. Las muchachas tímidas, hurañas, no hacían más que escuchar y sonreír.

Cuando habían pasado dos horas y disponía marcharme era porque tenía más de dos docenas de “verdes” en el estómago.

Montaba en mi alazán que, fastidiado, daba vueltas alrededor del palenque. Sin mayores cumplimientos hacía en general, este único saludo, franco y campechano:

—Hasta otro momento, doña Juana; adiós, muchachas.

—Adiós, Ricardito, — decían todas.

—Dios lo guíe y la virgen lo ampare — agregaba mi buena amiga.



PEDAZO DE PAMPA

POR RICARDO GÜIRALDES.

Galopábamos por una huella que poco a poco se fué perdiendo hasta dejarnos entregados al campo raso, sin más indicio de rumbo que el instinto de mis acompañantes.

Pregunté, no sin recelo, por los cangrejales. El mocho del malacara me dijo que allí no había. En los cangrejales no podían aventurarse sino los que eran muy baqueanos y a nosotros nos habían dado un pedazo de campo limpio. Eso sí, tendríamos que cruzar los médanos y llegarnos hasta el mar, para allí, por los arenales, echar hacia el lado del campo los animales matreros que sabían esconderse.

Nuevas curiosidades para mí: los médanos, el mar. No quise pasar por chapetón y dejé mis preguntas de lado, como una vergüenza, esperando instruirme para mis cabales.

En el cielo, las primeras claridades empezaban a alejar la noche y las estrellas se caían por el lado de otros mundos. Orillamos un bajo salitroso y unas lagunas encadenadas, en que los pájaros medios dormidos, se espantaron de nuestra presencia. Clareó más y comenzaron a vivir los animales de la pampa. Pasamos cerquita de una osamenta que unos treinta caranchos aprovechaban.

Al querer despuntar el sol, divisamos a contraluz

la línea de los médanos. Era como si al campo le hubieran salido granos.

Varios vacunos trotaron por lo alto de una loma, nos miraron un rato y huyeron disparando. Mis compañeros iniciaron los clásicos gritos de arreo.

Pronto pisamos las primeras subidas y bajadas. El pasto desapareció por completo bajo las patas de nuestros pingos, pues entrábamos a la zona de los médanos de pura arena, que el viento en poco tiempo cambia de lugar arreando montículos que son a veces verdaderos cerros por la altura.

La mañanita volvió de oro el arenal. Nuestros caballos se hundían en la blandura del suelo.

(De "Don Segundo Sombra").



LEY DE LA TOLERANCIA

La tolerancia es el néctar de la más aquilatada cultura moral con el cual brindan por la paz y el amor los seres superiores, reservando en el silencio sin odio de sus conciencias, el criterio propio de su fe y de su convicción.

Tolerar es abrir los senderos de la paz y de la armonía. Tolerar no es acceder a la invitación del vicio ni admitir los caprichos del error. Se toleran los pareceres ajenos que no llevan propósitos mezquinos. Las creencias religiosas que enseñan o practican el bien, la paz, el amor, la caridad, el trabajo, la ciencia, la belleza y la moral, deben tolerarse siempre. El que en el mundo no lo hiciera, tropezaría obstaculizando su marcha y destruyendo sus propios ideales. El que en nuestro país no lo cumpliera, faltaría a los principios garantizados por la Ley Suprema de la Nación. ⁽¹⁾

Aherrojar las convicciones del que se siente feliz practicando un culto sin dañar a nadie y aun afanándose por ser noblemente mejor, es obra de perversos. Tolerar no es ni siquiera significar simpatía o adhesión. Tolerar las ideas religiosas o políticas, es respetar la conciencia ajena para que a la recíproca se respete la nuestra. La tolerancia es como un gran puente levantado por la filantropía humana sobre el raudal de la fe y de los pensamientos íntimos, la cual nos conduce por la senda del “**amor**”

(1) Léanse, entre otros, los artículos 14 y 20 de la Constitución Nacional.

al prójimo por sobre todas las desigualdades biológicas y sociales”.

SINTEISIS

- a) La paz depende de la tolerancia.
- b) Se toleran las creencias y las convicciones, no los vicios.
- c) Tolerar no implica aceptar errores ni ideales ajenos.
- d) Tolerar es respetar la conciencia de los demás.
- e) “Amar al prójimo por sobre todas las convicciones humanas”, es un gran principio.



EL CANILLITA

I

—Quiere este diario, — dijo el muchacho, un rubiecito flacucho, cara sucia, pero lindo, con uno de esos semblantes que ríen constantemente. Sus ojos azules dejaban transparentar un sufrimiento prematuro.

—No, hijito, no quiero más diarios, — contestó Ricardo. — Me place mirarte. ¿Quiéres que conversemos un minuto?

El “canillita” sonrió descreído. Debió suponer que la invitación fuera una burla tonta y cruel.

—Ven, niño, — tornó a decir Ricardo en tono afaible; — ven niño, que yo soy muy bueno con los que sufren como yo.

Allegóse el muchacho.

—¿Cómo te llaman? — dijo Ricardo mesándole la melena.

—Alberto, — contestó sintiendo acaso la felicidad inexplicable de esa caricia extraña.

—¿Tienes padres?

—No, señor, — respondió con resignada pesadumbre, pero animado.

—¿Y hermanos?

—Lo ignoro. Soy solo. Hace poco falleció una viejita que solía cuidarme. No era mi madre. Ella nunca me dijo cómo fuí a caer a su casucha. Ni su nombre sé. Pero era buena. Me quería mucho. Casi todos los domingos me daba alguna moneda de las que recolectábamos para

pan... ¡Pobre!, — agregó el muchacho mientras una lágrima se desprendía de sus hermosos ojos; — ni sé dónde la enterraron. ¡Era tan miserable! Ni una flor le puedo llevar ahora que gano.

Con un profundo suspiro interrumpió su expresiva conversación. Yo experimenté no sé qué sentimiento y simpatía por el pequeño desdichado. Ricardo, que escuchaba con vivo interés, no pudo continuar el interrogatorio. Poeta de alma, dió con lo que buscaba, hasta colmar su romántico deseo. Acababa de oír el monólogo doliente de una escena real, llena de esa ingenua poesía que arranca lágrimas.

Alguien llamó desde un tranvía. El chiquillo, casi instintivamente, partió gritando por detrás de un coche al estribo del cual luego se trepó:

—¡Diarioooo!

—Ven, niño, ven, — gritóle Ricardo.

No lo oyó. En el afán de vender, corrió y se fué. Ricardo se incorporó para seguirlo.

—Déjalo, pues, — le dije; — ya vendrá a pasar el momento que jamás pasó en su vida. Vi que el niño descendió como a tres cuerdas, para colgarse a otro tranvía que cruzaba rápidamente.

Esperamos diez, quince minutos; una hora más, pero no volvió.

Lejos de un acogida a la que no estaba acostumbrado, secaría las primeras lágrimas arrancadas por la emoción que nunca sintió y, entusiasmado en una venta halagüena, seguiría rumbo quién sabe a dónde. Quizá tan tarde como para no verlo más, se acordaría de aquel joven amable.

Ricardo se puso nervioso. Ansiaba ver nuevamente al muchacho.

Presintiendo algo, lo interrogué:

—¿Por qué te interesa tanto ese pillete?

—Tú no sabes, — me dijo con una expresión demasiado grave, — lo que padezco cuando veo a uno de esos desheredados, con tanta vida, inteligencia y disposición para luchar. Pienso que por no tener quien los ampare andan más cerca del vicio y de la muerte que de la virtud y el bienestar. Yo sufro mucho por estos parias.

—¡Ay! — contesté sonriendo, como para apartarlo de un pesar que para su alma sensible podía ser de malas consecuencias; — ¡ay! de tí si quieres dolerte de todos los parias que venden diarios. Estos diablos no sufren penas ni se encariñan con nadie. Son capaces de robarle la cartera al más advertido.

—¡No hables así! — me interrumpió bruscamente. ¿No recuerdas que el pobre rubiecito dijo que no tenía padres ni sabía cómo había caído en manos de esa humilde viejecita que lo abandonó al morir en la miseria.

—Sí; — y ¿qué hay con eso? Yo también soy huérfano.

—Pero tú sabes quiénes fueron tus padres; conoces a tus hermanos; probaste las caricias del hogar; eres hombre; tienes un título de mérito; tienes fortuna...

—Y ¿acaso sabes quién será mañana ese niño?

—Pues eso es lo que me abisma. Quién sabe quién podría ser si una mano humana lo recogiera. ¡Quién sabe! Pero no es sólo eso.

III

Era un poco antes de la media noche. Buenos Aires, incomprendible y abrumador, con sus murmullos y aglomeraciones callejeras agotaba las últimas energías de la jornada. En los cafés, y en los tranvías con su consabido "completo", la gente se enteraba de las novedades.

Ricardo y yo nos habíamos instalado en una de las confiterías de la calle Esmeralda.

De repente comenzaron a detenerse los tranvías, unos casi encima de los otros; los guardas y los pasajeros más ágiles descendían apresuradamente. Un vigilante corrió dando los toques reglamentarios. Al poco rato la aglomeración era enorme. No pudimos resistir la tentación y corrimos también. Era difícil llegar hasta el lugar del suceso. Sin embargo, la noticia fué transmitida así: "Ha sido arrollado un canillita".

Yo lamenté mucho, pero Ricardo experimentó intensa preocupación. "¡Vamos, vamos!", me dijo con insistencia, y aunque le hice ver la imposibilidad, avanzó obstinadamente llevándose torpemente por delante a los más curiosos que daban paso como podían. Por fin conseguimos nuestro objeto. El vigilante y otras personas acababan de sacar a un chico de abajo de un tranvía. Yo lo reconocí enseguida. Era aquel niño que motivó la confianza de Ricardo. Mi amigo dudó. Se acercó luego, lo miró y, mudo, volvió la vista hacia mí como para interrogarme. Entendiendo su expresión le dije, bajando la cabeza:

—Sí; efectivamente, es el niño.

No sería capaz de comprender qué dolor profundo ni qué impresión tremenda sufrió Ricardo; pero lo cierto fué que, sin decir palabra, se hincó, y miró fijamente al chiquilín. De repente le echó la mano al cuello. Sacóle algo que besó con furia y, al comprender que el desdichado languidecía, lo estrechó en un abrazo y gritó sollozando:

—Yo soy tu padre, ¡infeliz!

El niño hizo un esfuerzo supremo; una vaga sonrisa se dibujó en su rostro magullado; intentó decir "padre" y dobló como un lirio la cabecita rubia, sin fuerzas. Quedó exánime.

Ricardo se arrancó los cabellos y huyó llevando en la mano un espléndido medallón. Era el que mandara

hacer para Lucía, la humilde esposa que perdiera antes de entregarse a la vida bohemia. (1)

Todo el mundo quedó estupefacto. Sólo yo estaba en condiciones de explicar el suceso.

Cuando la policía lo detuvo ya loco, fuí a ilustrar con muchos datos la causa de tanta desgracia.

Me aproximé y lo estreché. Sonrió fríamente, tratando de esquivar mis caricias; se oprimió la frente con ambas manos y habló muchos desatinos.



(1) Recuerde el niño la vida de su hogar y la dicha de tener padres o personas generosas que lo atiendan. Piense luego en las desdichas de los que por efecto de un error o un vicio destruyen la felicidad de la familia y mida, como en este caso, las tristes consecuencias. Propóngase desde ya, ser un factor de paz, de cultura y un constante ejemplo de moralidad.

LA PORTEÑA (1)

Hierve su entraña y se expande
el vapor que ha de moverla.
La muchedumbre, azorada,
largamente la contempla.
El riel vibra, el humo imita
las franjas de una bandera.
Ya va a partir. El silbato
la admiración reconcentra.
Rechina el freno, los émbolos
empujan con raras fuerzas,
y comienzan a girar
cada vez mejor las ruedas.
Por el rumor sorprendida
la inmensa pampa despierta:
huyen los hatos; las aves,
desde la lagunas vuelan,
y el gaucho sobre su potro,
mira, se descubre y piensa...
Augurando un gran futuro
cruza veloz "La Porteña",
como el eterno fantasma
del progreso que se acerca.

(1) Nombre de la primera máquina de ferrocarril, que corrió en nuestro país. Se encuentra actualmente en el Museo Colonial de Luján.

EL ULTIMO CONSEJO

Caía la tarde. Las cornisas de los edificios más altos se doraban aún, como para informar que lejos de la ciudad, sobre los campos, todavía el sol espolvoreaba su oro. Sólo Juan Angel estaba en el patio.

—¿Tú no paseas?, — díjole el abuelo.

El niño se incorporó sorprendido. Su respuesta fué lacónica:

—No.

Como el anciano quedara con una nueva pregunta en suspenso, el niño se adelantó:

—Debería ser yo, abuelo, quien preguntara eso.

—¿.....?

—Porque tú ya has resuelto tu porvenir y yo no.

Tuvo el viejo que hacer un gran esfuerzo para reprimir un sollozo de sana emoción. Se sentó tembloroso. Sacó del bolsillo un rollo de originales y dijo:

—Toma. Esto es tuyo. Lee.

Juan Angel desenvolvió los papeles amarillentos y comenzó en voz alta:

—Vive contento. Prueba siempre tu espíritu en el esfuerzo noble, y busca la serenidad en el amor que no persigue el objeto sino la esencia. Confía. Y sea tu mayor sinceridad para tu conciencia. Frente al vulgo, vuelca tu piedad. Perdona a los malos sin fiarte demasiado de su gratitud. Anímate con el afán que debe resolverse en obras. Ponle luz a tu reflexión más que a tus ojos. Está

predipuesto siempre al buen pensamiento para no aca-
rearte amarguras sin causa. Haz que el amor sea néctar
que suavice las losas del sendero y no hálito que calcine
las ilusiones. Alas, alas del ideal sea todo; y espera.
La esperanza es también un deleite para las almas puras.
La belleza del bien moral es el mejor lenitivo del corazón.
Vive como te aconsejo. Así lo mandan los seres buenos.
Así alcanzarás tu ensueño, que no ha de ser sólo el ob-
jeto sino la esencia. No cuidarás tu jardín únicamente
por la renta que produce desde que la moneda de tus
negocios no te dará la exclusiva alegría de tu espíritu. Mu-
chas veces serás más feliz frente a la coloración o el
perfume de tu rosal; porque aunque el perfume y el co-
lor no alimenten tu cuerpo, llenarán tu frente de recuer-
dos nobles y aliviarán el latir de tu fatigado corazón. ¡Oh!
joven que paseas tu generosa mirada por esta paginita:
después de cerrar este libro, medita y agrégale todas las
líneas que le faltan. Acaso sean ellas las más hermosas
por haber brotado de un cerebro superior al mío. Enton-
ces, descubrirás mi intento. Yo sólo he querido ser brizna
que encienda un sentimiento sano o nervio que atice una
cerebración excelente. Siente hondo. Piensa alto. El hom-
bre se diferencia sólo por eso de los demás seres. Y en
esas actividades se depura y alcanza lo que antes de es-
forzarse parecía cosa imposible. El progreso avanza im-
pulsado por sus buenos factores. La sociedad se perfec-
ciona por la acción de los mismos. La patria se engran-
dece y el mundo reafirma los cimientos de la paz, mien-
tras un canto de amor es el eslabón que vincula el cerebro
y el corazón de los semejantes.

El anciano fué cerrando suavemente los ojos. Las
cornisas se habían obscurecido. El niño tomó la diestra
que había escrito esos bellos pensamientos y la besó con
delicadeza. Después, de puntillas, fuése hacia su mesa
de trabajo.

EL PETROLEO

La voluntad del hombre es poderosa cuando se acompaña de nobles ambiciones.

Ya ha sondado los infinitos con el telescopio y el microscopio; ha hecho en los aires prodigios mayores que las aves; va por el fondo del mar cuando quiere y busca en las entrañas de la tierra lo que las viejas fábulas dicen que era patrimonio exclusivo de los gnomos. Ya ha pensado ir a la Luna o agita las ondas hertzianas para comunicarse con los posibles pobladores de Marte.

Procediendo con una voracidad asombrosa ha perforado las entrañas de la madre tierra y ha extraído el divino "oro negro", — el petróleo, — que ya desazona al mundo revolucionando las industrias.

Nuestro mayor yacimiento acaba de cumplir 25 años de explotación. Su historia es sencilla.

Un equipo de perforaciones de la Dirección de Minas, Geología e Hidrología, realizaba la búsqueda de agua en la zona de Comodoro Rivadavia (Chubut). Sin sospecharlo mayormente, ni darle excesiva importancia, extrajo el primer chorro de petróleo el día 13 de diciembre de 1907.

Los hallazgos del rico aceite mineral tienen en nuestro país, sin embargo, mayor antigüedad. Ya en 1850 se habían hecho exploraciones en Jujuy y en 1887 en Mendoza. Aún se dice que en el siglo XVII un fraile franciscano descubrió abundantes manantiales en Salta.

Pero el vigor de la gran industria es de nuestros días

y se ha hecho evidente en Comodoro Rivadavia, Plaza Huincul (Neuquén), y muchos otros lugares de la República.

Este verdadero tesoro, no hallado por los conquistadores que, espada en mano, rastreaban los senderos ficticios de la "Ciudad de los Césares", depara un porvenir de incalculable bienestar a la República Argentina.

Las destilerías como la que se ha instalado en la ciudad de La Plata, multiplican el regalo de la naturaleza. Esta especie de sangre venosa que parecería revelarnos las preocupaciones del corazón de la tierra, cuando por fuerza del análisis se resuelve en kerosene, nafta, bencina, fueloil, gasoil y otros numerosos derivados y residuos explotables.

El influjo industrial de este acontecimiento es asombroso. Los buque-tanques, los vagones-depósito y los millares de surtidores son los propulsores inmediatos de las nuevas y variadas empresas.

Una reciente exposición (1933), realizada en el local de la Sociedad Rural de Buenos Aires, ha documentado con cifras e ilustrado con materiales la acción del brazo obrero y de la inteligencia argentina frente a la nueva modalidad del trabajo.

El maestro no duda que sus niños, estudiando a fondo este problema que atañe a la economía y al progreso de la Nación, se vincularán mañana de algún modo a él, haciendo que se multiplique el rendimiento para que el pueblo sea más feliz y, además, para que lo que es patrimonio de los argentinos no caiga en manos extrañas.





SUPERSTICIONES (1)

1

Los teros anuncian visitas cuando pasan por sobre las casas. Si hacen algarabía es seguro que las visitas serán alegres y agradables. Si apenas grita uno u otro, las visitas serán tontas y aburridas. Las dueñas de casas comienzan a arreglar todo. Alguien llega cualquier vez y el anuncio, por eso, resulta certero.

2

Las lechuzas que se acercan a las poblaciones para resguardarse del frío o cazar insectos, anuncian desgracia. Como alguien siempre muere, sea amigo, conocido o no, del lugar o de cualquier parte, tampoco falla el agüero. Cuando se conoce la fatal noticia, haya pasado el tiempo que fuere, el que vió la lechuza evoca el anuncio del suceso y ratifica su infalibilidad. Nadie duda.

(1) Recuérdese que para sentar un principio, regla o ley, la ciencia exige muchas experiencias y la repetición constante del hecho o fenómeno. La superstición, en vez, generaliza su augurio a base de uno u otro suceso aislado o casual.

3

Se cree que el rayo es una piedra que cae del cielo, mata a los animales y parte a los árboles. Siendo niño, he buscado muchas veces esa piedra con múltiples "virtudes", por consejo de los peones.

4

Las gentes creen que las víboras sacan las patas que se les suponen, echándolas al fuego. Pero como nadie quiere exponer su vida, por consecuencia de haber presenciado el suceso, la experiencia está siempre en veremos.

5

Un orzuelo se cura pasando por encima de él la puntita de la cola de un gato chico. (Si no se cura es muy posible que se haya agregado al ojo una grave infección).

6

El que quiera hacer desaparecer sus verrugas, debe cortarlas, atarlas en la punta de un pañuelo junto con igual número de granos de sal y abandonar todo por el camino. Las verrugas desaparecen — dicen, — y le salen al que alza el pañuelo.

El procedimiento resulta, sobre todo, muy generoso...

7

Echando sal sobre una escoba que se coloca detrás de una puerta, se va la visita molesta... alguna vez.

8

Un gallo que llora, anuncia desgracia... (A veces va a la olla).

9

Tocándole la joroba al que la tenga, se obtiene suerte... o se recibe un "bife".

10

Le salen verrugas en las manos al que toca sapos o golondrinas, — me decían cuando niño, acaso para refrenar la crueldad de mi honda.

11

Le salen a uno tantas verrugas como estrellas cuenta. En el campo nadie acomete esta hazaña. Es de suponer cómo estarán de adornados los astrónomos que las catalogan por millares en sus cartas celestes...

12

La picadura de araña se cura con "leche" de higuera mezclada con sal. He visto curar esa dolencia con excelentes resultados; pero luego he sabido que muchas de las especies de arácnidos más repugnantes, por mimetismo ⁽¹⁾, no son venenosas.

13

Una cruz de plumas de avestruz colocada detrás de la puerta, evita que la casa sea robada... Pero mejor es poner buenas cerraduras.

(1) Imitación para la defensa. Hay mariposas que imitan los ojos del buho, causando terror a los pajaritos que se las devorarían. El gato que se alarga y bufa delante del temible mastín, deteniéndolo hasta que se le presenta la ocasión de escaparse por el mejor tapial, ofrece un caso de mimetismo. En el lenguaje del vulgo se llama "parada". Aun se dice: "lo corrió con la parada".

14

Durante un reciente almuerzo alcancé sal a un distinguido profesor. Con gran sentimiento me dijo: "Disculpe, me gusta tomarla yo mismo".

Para aclarar mi situación agregé: "Con el mejor amigo que tuve, somos desde hace muchos años enemigos a muerte, a raíz de un hecho semejante que me habían prevenido, pero no observé. . ." (Lo que debe haber aquí es una asociación de ideas que vincula el suceso afectivo a la substancia, y ésta al lugar, etc. El que se quema un dedo en la infancia recuerda para el resto de su vida la escena, los objetos, las personas que lo auxiliaron, etc.).

15

Si me había caído o golpeado, mi madre o alguna de mis hermanas me decía frotándome la parte afectada o vendándome la herida:

Sana, sana,
"colita" de rana,

Que si no sanas hoy
sanarás mañana.

Todas estas "curaciones" siguen siendo muy comunes en la intimidad afectiva del hogar.

Blanca Helena, que tiene cuatro años, cura así a su hermano gemelo, Roberto Horacio, cuando éste se lleva alguna silla por delante en sus descuidadas andanzas.

16

Por "sabias" indicaciones, siendo niño, he puesto aceite en las patitas de algún gato que me regalaron, para evitar que se fuera a su antigua querencia. (Pero debo aclarar que al mismo tiempo lo rodeaba de abundante comida).

Cuando a media noche cantan los gallos (1), es porque va a haber cerrazón si los cantos son en número impar; si en vez son pares, hará un día espléndido.

Si en vez de gallo es el chingolo el que pica su cantito misterioso, habrá viento, infaliblemente. (El autor no se acuerda de la certeza de los vaticinios, pero su alma se llena de múltiples y gratísimas evocaciones que se explican a través de la belleza moral y estética de estas ingenuas observaciones folklóricas). (2)



(1) Véase la lectura "El reloj del alba".

(2) Busque otras supersticiones el alumno observador y analice la falta de verdad científica de ellas. Pero no las desprecie, ya que el arte las utiliza y aun la sabiduría para rastrear en sus huellas la vinculación de los pueblos, sus costumbres, sus creencias, etc. Cada superstición bien tratada, puede servir de argumento a un hermoso cuento o cuadro o partitura.

a) Sugerión moral:

1. ¿Por qué trabajará con tanto afán el hombre? 2. El que cultiva un campo ¿sólo se beneficia a sí mismo? 3. ¿Podríamos hacer caridad sin trabajo? 4. ¿Qué sentimientos nos despiertan esos bueyes uncidos al yugo? 5. ¿Qué expresión de la poesía “Canto de labriegos” se vincula mejor que otras a estas láminas?

b) Sugerión histórica-geográfica:

1. ¿Has pensado en lo que significa para el progreso del mundo el invento de la rueda? 2. ¿Recuerdas que la carreta trazó en el suelo las huellas por donde se tenderían luego las líneas ferroviarias? 3. ¿Has pensado acerca de la acción de los buenos caminos con respecto al progreso? 4. ¿Sabes algo de las carreteras romanas? 5. ¿Qué proyectos de caminos adquirados o de excelente calidad conoces? 6. ¿Qué caminos internacionales se vinculan a la emancipación americana? 7. ¿Cómo son los caminos de este lugar? 8. ¿Podrías enumerar los medios terrestres, aéreos, fluviales y marítimos de transporte que existen actualmente en el país?

c) Sugerión poética:

1. ¿Piensas lo que sería atravesar las pampas a paso de buey en busca de alivio para un mal grave? 2. ¿Recuerdas algún día como éste, de pleno sol, en que las nubecitas son copos fugaces de algodón, en que las sombras se dibujan fuertemente en el suelo y las hierbas se abaten ansiosas de una gota de agua? 3. ¿Has oído el rumor lejano de un galope que trae la noticia esperada, o el canto de las aves que se ocultan en los bosques vecinos? 4. ¿Has pensado en la amistad cuando observas en el confín unidos el cielo azul y el campo esmeralda? ¿No has sentido entonces deseos de pintar un cuadro como éste o escribir una página o cantar algo lindo?

OLEO POR LUIS CORDIVIOLA



“EL ALMA DE LA TIERRA”

La inteligencia del hombre encauza las energías de la naturaleza con igual provecho que las de las máquinas de su invención.



EL PAYADOR ⁽¹⁾

Muchas veces en mis clases primarias solía preguntar oportunamente a mis chicos: “¿Saben comer loco, mazamorra, maíz frito...?” Las respuestas eran: “No, señor... no, señor... no, señor...”

Las tímidas respuestas de los chicos suelen ser un fiel reflejo de las modalidades de toda una raza. Mareados por el vaivén de un cosmopolitismo absorbente, solemos despreciar lo nuestro, tan bueno, por lo exótico, tan revestido a veces de rótulos.

No me sentiría feliz si mi censura fuera maliciosamente derivada hasta zaherir al extranjero laborioso, que abre surcos civilizadores y tiende rieles que son arterias por donde corre a raudales el oro. Yo no censuro lo que suena a progreso, pero sí lo que huele a cursilería, por una parte, y por otra, a maledicencia... Verdaderamente que es pura cursilería el hecho de despreciar aquella parte de tradición que no atiza odios. La ver-

(1) Recuérdense los poemas de Ascasubi, Hidalgo, Hernández y sobre todo el “Santos Vega” de D. Rafael Obligado.

güenza, por eso, a lo nuestro que es sano y honrado, se parece a la vergüenza de los muchachos que después que se doctoran con el producto de las lágrimas y sudores paternos, no vuelven más a visitar la chacra que tiene todo un poema de evocaciones magníficas, y aún evitan en público el abrazo jornalero del pobre "viejo" (1) que ya no da más o esquivan el sacro beso de la pobre "vieja" que ya se muere. Para estos hijos que visten frac y ostentan títulos, sus ancianos padres son tradición, como el maíz frito y la mazamorra.

El payador es también tradición. Sin embargo, aunque no se lo transporte a un rango tan elevado como el que merecieran los bardos, los rapsodas y los troveros de cada tiempo y lugar, puede asegurarse que es un maestro de apego al terruño; es el eco aislado, pero conservador, del alma nacional, la voz de la pampa a veces, y siempre la clarinada popular que con diez décimas sería capaz de empujar, a semejanza de la lira de Tirteo (2), a cien escuadrones de gauchos como aquellos que con Güemes en Salta y con Dorrego en Tucumán, sostuvieron en alto el nombre y la libertad de la patria incipiente.

El payador cumple su misión y su presencia no significa retroceso ni incultura. Como un vocero del amor, va diciendo a las mentes avisadas esas cosas tiernas que tocan al corazón, y les vuelca resúmenes de sabios pensamientos propios o ajenos que siempre hacen mucho bien.

El payador es un forjador de belleza y, con su estrofa áspera, muchas veces vale más que el trivial trovero

(1) Acepción vulgar, pero efectiva, en nuestro ambiente.

(2) Respondiendo al pedido de ayuda que en un trance difícil hacían los orgullosos espartanos a sus eternos rivales, enviáronle los atenienses a Tirteo, hombre contrahecho y de aspecto desagradable. Repuestos aquellos del disgusto causado por lo que supusieron una burla, escucharon los consejos y se llenaron los pechos de entusiasmo al influjo de los admirables cantos patrióticos que recitaba el bardo. La reacción, entonces, se produjo. Renació el antiguo valor y vencieron al enemigo.

que ha hecho cobrar horror al verso entre ciertas gentes prácticas. El payador es el alma que se funde en la estrofa académica de Obligado o en la figura recia y doliente de Martín Fierro. (1)

El buen payador, el verdadero y escaso payador de la actualidad, no se ha quedado envuelto en el polvo de las cosas muertas. Sobre los rieles del progreso, corre como corrió el de antes sobre los bastos de su flete. El payador de hoy conoce el arte poético, se ha empapado en las lecturas históricas, hojea libros, revistas, periódicos, y cuando quiere, deja dormir un rato a su vihuela amada, para escribir sobre su espalda un soneto, porque suele también ser poeta, y de ley.

Los payadores son como los zorzales de los campos que mueren si se los enjaula. Por eso es que van, peregrinos, sin saber dónde han de triunfar o morir.

Y no hacen ningún mal. Muy al contrario, suavizan los ánimos, fustigan los errores y, nunca, ¡nunca hieren a la patria que aman como a la madre intangible que los sustenta y los inspira!



(1) Léanse, entre otros, los estudios de D. Leopoldo Lugones, D. Rodolfo Sanet y D. Eleuterio Tiscornia.

LABRANDO ENSUEÑOS

Quiero ser; nada más. Y para ello
unzo mi yunta de ideal y marchó,
y hundo la reja y piso las cizañas
y, con las aves de mi surco, canto.
¿Que hay quien tiene más mieses? Es mi amigo
o mi señor, si quiere. Que el avaro
oprime a solas su caudal. . . Hay muchas
rutas para seguir. ¡Ea, sigamos!
¿Tú, no trabajas? — digo al que no tiene
ni buey ni tierra ni azadón ni grano.
—Ven, — lo invito, — mi predio te precisa.
Sembraremos los dos. Si cosechamos,
tú tendrás tu gavilla y yo la mía.
No hay quien no tenga sobre el orbe espacio.
¡Sólo chocan aquellos que no siembran
y consumen su tiempo denigrando!



LA CONSTITUCION NACIONAL

Todo buen argentino debe leer y estudiar con cariño la Constitución de su patria. Este librito, materialmente pequeño, es un verdadero monumento por su contenido legal y moral. Analizado cada uno de sus artículos con el auxilio de la historia y la ciencia del derecho, la modesta síntesis que maneja y entiende un niño se agranda y puede dar origen a muchísimos comentarios. Las leyes que ya se han dado, inspiradas en la Constitución Nacional y, por supuesto, ajustadas estrictamente a su espíritu para que tengan valor, son numerosas, y han contribuído al mayor progreso del país. No es posible calcular las que aún se puedan dictar, porque, dada la liberalidad de nuestra "Carta Magna" (1) ellas pueden ser todas las que desde aquí a muchos siglos se amolden al adelanto del mundo dentro del sistema representativo, republicano y federal (2) que se ha adoptado para nuestro gobierno.

La Constitución Nacional ha costado tantos esfuerzos y sacrificios como la independencia misma del país. Los afanes que se concretan en la primera junta de gobierno del 25 de Mayo de 1810, es el comienzo efectivo de la organización territorial e institucional que hoy se llama República Argentina. El Triunvirato, la Asamblea del año XIII, el Directorio, los ensayos de reglamentos y constituciones de los años 15, 17, 19, el Congreso de

(1) Nombre del famoso documento inglés, cuyos principios han sido recogidos por los países más democráticos del mundo. (Léase la obra de Agustín Alvarez titulada "Historia de las Instituciones Libres").

(2) Léase el artículo 1º de la Constitución,

Tucumán del 16, la presidencia de Rivadavia de 1826, los tratados del Pilar (1820), del Cuadrilátero (1822), Pacto Federal (1831) y tantos otros que ha habido hasta la reunión de los gobernadores en San Nicolás (1852), son los jalones de una aspiración común que recién encontrará su norma definitiva en el Congreso de Santa Fe (1853). Pero aún después de incorporarse la provincia de Buenos Aires, es preciso realizar nuevas convenciones, hasta que bajo la presidencia de D. Bartolomé Mitre desaparecen para siempre los inconvenientes que obstaculizaban la unión nacional.

La verdad es que cuando se observa con cariño e inteligencia este largo proceso y se estudia el contenido de nuestra Ley Suprema, late de emoción y gratitud nuestro corazón; y, al sentir un hondo respeto por los próceres civiles y militares que se vincularon a esa obra magnífica, nos proponemos ser dignos de la herencia moral que nos legaron, sintiéndonos capaces de agregarle aquello que, conforme al adelanto del universo, la perfeccione.

La Constitución Nacional no es una creación absolutamente argentina. Inglaterra, Estados Unidos y Francia, sobre todo, le han brindado los principios fundamentales por los que ha venido luchando la humanidad hasta alcanzar el equilibrio de la justicia para todos los habitantes de un territorio que se organiza en nación. Sin embargo, es valiosa la contribución que de su propia experiencia ha allegado el pueblo argentino. Y, lo más importante de todo no es que esto sea nuestro y aquéllo de allá, ya que toda idea o ley científica es patrimonio del mundo, sino que nuestros constituyentes hayan sabido escoger lo mejor entre lo mejor. (1)

Cuando aún había países europeos que mantenían la diferencia de clases sociales, entre nosotros se estable-

(1) Consúltese el libro "Bases" por Juan B. Alberdi.

ció la igualdad absoluta ante la ley; se suprimió la esclavitud hasta el punto que bastaba pisar el suelo argentino para ser libre; se llamó a todos los hombres del mundo para compartir nuestra felicidad; se respetó las ideas religiosas; se elevó el concepto de justicia a su más alto grado; se señaló como una condición esencial al mantenimiento de las autonomías provinciales, el fomento de la instrucción primaria y el estímulo a tantas otras brillantes concepciones ya enunciadas en el Preámbulo o detalladas en cada artículo (1).

La Constitución Nacional promulgada el 1º de mayo de 1853 en Santa Fe, es el fruto más preciado del patriotismo argentino. No hay prócer que de algún modo no se vincule a tan grande esfuerzo. No hay suceso que señale un adelanto nacional, — escuelas, ferrocarriles, industrias, ciencias, artes, etc., etc., — que no se haya movido y cimentado bajo el influjo de alguna ley prevista por los constituyentes.

No olvide, pues, ningún niño argentino, el valor de la Constitución Nacional. Compulse luego las páginas de la historia y vea cuántos fueron los que bregaron directa o indirectamente por ella. Y una vez lleno de admiración su espíritu, rinda el homenaje de su gratitud al pasado y propóngase ser buen ciudadano y buen patriota. De otro modo no merecerá consideración ni será digno de vivir al reparo de nuestra grande, linda y progresista patria.

(1) El alumno estudioso podrá fácilmente decir a qué artículos de la Constitución pertenecen las alusiones de este párrafo.

LEY DEL ACERCAMIENTO MORAL, MENTAL Y MATERIAL

La proporción en que se fusionan los sentimientos, las reflexiones y las necesidades de los núcleos sociales, dan a la obra del bienestar, la cohesión y duración que por la afinidad y la naturaleza de los protones y electrones tienen las diversas formas de la materia.

Esta ley es una consecuencia de las demás. Hace muchos siglos que la civilización trata de borrar los prejuicios, aplacar los rencores, elevar el pensamiento y repartir todo equitativamente.

Así como en las épocas de la barbarie fué el hombre hacia el hombre para esclavizarlo, debemos ir también hacia él, pero con otro propósito: el de amoldarlo a los sentimientos universales de amor y reflexión para tener un factor más en las filas de la cordura y de la filantropía humanas.

La educación que enseña trabajo, tolerancia y amor, demuestra que la felicidad común no se halla apartándose el individuo del concierto social sino, en vez, sumándose a él y allegando proporcionalmente los centavos de su ahorro a las organizaciones cooperativas y a las del amparo mutual contra el infortunio, y volcando su estímulo y las luces de su arte, de su ciencia o de su religión en las asociaciones culturales, o anotándose como simple adherente generoso en los registros respectivos.

Hasta el objetivo de la historia ha cambiado hoy: ya no se acepta la opinión de que los príncipes hicieron

y movieron todo en las edades pretéritas. Al contrario: ellos fueron simples resultados del ambiente. La sociedad en sus múltiples formas y actividades, es todo. Una razón más es esta para que el niño se afane en cooperar al mejor cumplimiento de esta ley. Si los dos mil millones de pares de brazos del mundo se aplicaran a una colosal palanca, acaso se podría desviar alguna de las moles más grandes que dificultan el acercamiento material de los pueblos. Suponed ahora, lo que el acercamiento espiritual de la humanidad obtendría si se aplicaran todas estas voluntades al trabajo, al estudio, a la filantropía, a la paz...

SINTESIS

- a) La tolerancia y el reconocimiento social nos acercan al cumplimiento de esta ley.
- b) La corrección de las costumbres y la elevación mental, favorecen estos propósitos.
- c) Aunque "no solo de pan vive el hombre", — grande y hermosa verdad, — la mutualidad y la cooperación son necesarias y favorecen el perfeccionamiento espiritual.
- d) No hay obstáculo terrenal que no pueda ser salvado por el esfuerzo aunado y armónico del mayor número. "La unión hace la fuerza".



TUCUMAN

Este nombre suena a la gloria. Nadie podrá, por consiguiente, arrebatarse a la hermosa ciudad capital de la rica provincia argentina, el privilegio de haber sido la cuna de uno de los actos más heroicos y menos cruento: la proclamación de la Independencia.

Se necesitaba más valor que para dar una batalla en aquel instante. Las fuerzas físicas se habían merma-
do. Los recursos eran escasísimos. La amenaza estaba en todas las fronteras. Pero el miedo no había llegado aún a los corazones.

¡Oh! Cuánto bien hizo entonces aquel benemérito congreso que presidiera don Narciso Laprida, con la sola manifestación de que las Provincias Unidas del Río de la Plata no pertenecían ya a ninguna nación de la tierra.

El pueblo debió sentir renacer sus energías. El enemigo debió vacilar ante tal decisión.

La verdad es que, cualesquiera que hayan sido los inconvenientes que ha sufrido la nación hasta constituirse definitivamente, su libertad no fué mancillada desde aquel 9 de Julio de 1816.

Conserva Tucumán, como a una joya, bajo hermoso templete, la sala donde se produjo el gran acontecimiento histórico. Sin ser toda la historia, sirve esa reliquia para que las generaciones afiancen el recuerdo.

De igual modo los hijos guardan indeleble la memoria, honras y ejemplos de sus padres en la conservación de las esfigies u objetos de uso familiar.

La ciudad de Tucumán tiene, entre sus hermanas, el privilegio señalado. Sus campos, que también recuerdan dignamente el nombre de Belgrano, han prosperado al reparo de la Independencia que allí se proclamara. Por eso las faenas de sus ingenios con millares de trabajadores, son hoy lugares de batalla donde el brazo argentino y el brazo extranjero realizan parte de la estupenda victoria del progreso nacional.



URQUIZA

La existencia de los hombres se asemeja en muchos detalles a la de las plantas. Unos y otras tienen la cuna o el lugar de su arraigo; y se alzan desde un bajo nivel, muchas veces, hasta donde su sabiduría, su voluntad, y el infortunio pueden. Y, un día, que para la planta puede ser el de una primavera y para el hombre el de su edad proveya, dan sus frutos.

Urquiza es uno de esos varones. Su biografía se vincula a las dificultades de la época. Pero su intención superior se abre camino. Su inteligencia y su valor son dos armas que sabe emplear con acierto frente a la tiranía de Rosas.

La guerra, maldita siempre, sólo tiene la disculpa de ser el único recurso en este caso en que fué preciso llegar hasta Caseros para abatir el poder del que había usurpado los derechos del pueblo, y no respondió a sus reclamos durante tantos años. Los cirujanos también proceden así frente a un mal grave que es rebelde a los efectos de las drogas.

El esfuerzo de Urquiza no tendría significación histórica ni merecería glorificación si no hubiera culminado en algo más perdurable que una batalla: La Constitución Nacional.

El soldado patriota fué esta vez el ejecutor de los afanes que desde la Revolución de Mayo flotaban en el ambiente: unión, igualdad, paz. Colmó, asimismo, los propósitos de los ilustres proscriptos como Echeverría, Mármol, Sarmiento, Alberdi, Mitre. . .

Bien merecido es, por eso el magnífico monumento que la gratitud ha levantado a don Justo José de Urquiza en su generoso suelo entrerriano.

LA HIERRA

POR JULIO DIAZ USANDIVARAS.

Le tocó ser primero a un colorado,
de aspecto grave y cornamenta aguda,
el cual cayó bajo la mano ruda
de un mozo que pialaba "de volcado".

A dos lazos, después, asegurado,
quedó entre aquella turba corajuda,
y allí le fué, sobre la piel velluda,
candente hierro, en forma de A, estampado.

Al punto, entonces, como fiera herida,
levantóse la res, embravecida:
otro lazo silbó; rodó un ternero;

Y más allá, bajo los seculares,
gigantescos ombúes, de un cordero
chirriaban los sabrosos costillares.

(De "Flor de mi Campo").

LA LIBERTAD

Este es un tema bello y profundo, Roberto Horacio. Acércate, y reflexionemos. Mañana, cuando seas hombre recordarás este instante y, si guardas algún pensamiento de los que juntos vamos a elaborar, acaso te sea útil para desenvolverte mejor en la vida social. Escúchame, pues:

La libertad (creo que es un pensamiento del expresidente de los Estados Unidos, Mr. Wilson), — depende de la armonía con que somos capaces de vivir en sociedad. Si debido a nuestra moral y cultura procedemos en nuestra esfera de acción como la pieza bien limada que gira en medio de la extrema complicación del más bien construído motor, somos libres. Libertad, pues, no es un absoluto aislamiento ni una abstracta existencia fluctuando sin obstáculo ni control en la nada. El aire que nos presiona, la ley que nos da derechos y nos impone deberes, las múltiples relaciones sociales, son causas sensibles que destruyen toda utopía.

Ser libre es desenvolverse con cordura en el medio social en que actuamos, respetando a los demás, para que a su vez nos respeten.

Yo no sabría decirte si el ave suelta que sufre la inclemencia de la tempestad y la asechanza perpetua de la alimaña, es más feliz que la que canta, se alimenta y procrea en jaula de oro. Tampoco sabría decirte si es más libre y dichoso el hombre inepto que gime tras la reja, o el que mendiga de puerta en puerta, o el que lleva por mares y estepas el estandarte de la legión vencedora, o

el que vaga a su arbitrio por donde el instinto, la inteligencia o el corazón le conduce. . .

La relatividad de las cosas nos detiene cada vez que lanzamos el pensamiento ávido de luz. ¿Debemos claudicar? Jamás. El ideal supremo debe ser siempre inaccesible para ser eterno; y hacia él debemos ir con amor, como va hacia una estrella la mirada ansiosa de cualquier mortal.



HACIA PUENTE DEL INCA

(Dedico esta página a la memoria de "papá" Natalio, — abuelo materno de mis hijos, — con quien hice este viaje).

Hemos dejado la capital cuyana para ir a Cacheuta. Antes de entrar al vallecito rodeado de altísimos murellones de granito cruzamos varias veces el río Mendoza que para los mendocinos es tan sagrado como el Nilo para los egipcios.

Después del paisaje agreste y severo, el hotel es todo allí.

Nos internamos en los Andes. Son imponentes. Vamos de abismo en abismo. El río Mendoza cruza debajo de los rieles como una gran serpiente que no cesara de contorsionarse. El tren corre en parte como si lo acosara el ansia de trepar las altas cumbres. Vamos a estrellarnos contra la montaña nevada. Pero enseguida la locomotora gira hacia nuestra izquierda y nos perdemos en uno u otro túnel durante algunos minutos. La montaña nevada está siempre al frente. Las moles graníticas de los flancos parece que ya nos aplastan. Cuando menos pensamos se abre el inmenso valle de Uspallata donde acampó el bravo Las Heras. Aquí, lo mismo que en Potrerillo, se ven buenos pastos y frondosas arboledas.

Sería imposible anotar todos los pormenores de un viaje de recreo como este. Lo estupendo y lo bello nos rodean constantemente. El espíritu se anonada. La pala-

bra resulta un instrumento deficiente. Y, al cabo, en boca de los turistas no vibra otra cosa que la repetida interjección de asombro o encanto: ¡Ah!... ¡Oh!...

El valle del Puente del Inca parece un nido de cóndores. Las moles que lo rodean son muy altas. Hacia el frente, hacia el fondo y hacia otras direcciones, se ven los picos blanqueados de nieve. La disminución de la presión atmosférica causa sus efectos cardíacos. El sol es agradable. El frío es seco, vital. Al atardecer, la niebla se levanta de las cumbres blanquísimas como si fuera el humo de una colosal chimenea. En algunos rumbos los picos emergen de las nubes. De pronto sopla el viento, se obscurece el cielo, repiquetea el trueno, y cae un charrón. Hay luego diversos cambios y casi siempre amanece un cielo azul, sol brillante, nieve eterna en los cerros y variados colores por doquiera. El "Puente" natural y el "Inca" son también dos caprichos admirables de la naturaleza. Este último, menos interesante, está sobre la falda de los cerros que rodean el Valle por el poniente. Es un monolito vertical en forma de pirámide truncada. Soporta una piedra casi redonda que semeja la cabeza regia. Desde la base hasta la mitad de la talla, lo que parece saya o manto regio, contiene franjas amarillentas, paralelas y horizontales. Mide varios metros de altura.

El puente está tendido sobre el río Las Cuevas. Es un arco macizo de más de veinticinco varas de largo. Se emplea como medio de comunicación entre la Estación y el Hotel. Lo cruzan continuamente de a pie, de a caballo y en coche. El tránsito desordenado lo arruinará. Será una lástima. El lugar perderá su mejor encanto.

La concreción del puente es de origen calcáreo. Llegan hasta él las corrientes de agua que al despeñarse bajo su arco o al filtrarse en su piso forman pequeñas estalactitas. Algunos de esos manantiales derraman el líqui-

do caliente y sulfuroso, afamado popularmente en la curación de algunas enfermedades.

Dos días aquí, es mucho estar para un hombre del litoral bonaerense. La montaña causa admiración, pero se impone tanto que nos empequeñece hasta convertirnos en sus siervos.

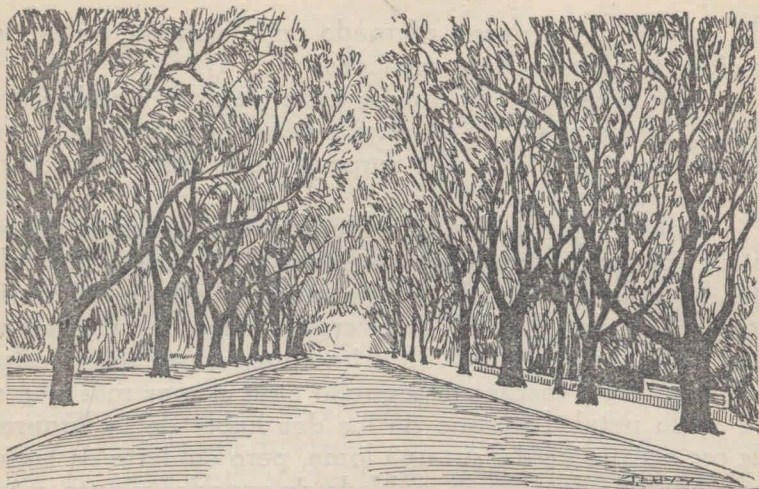
Sólo ella puede divisar un horizonte más amplio. Nosotros apenas miramos por entre sus abras, desde sus faldas, la mole de más allá. No ha mucho he leído del escritor español don José M. Salaverría, y algo del uruguayo, don José Enrique Rodó. El primero ama, por sobre todo, sus montañas vascas; el segundo ama el mar más que a su suelo natal. Ninguno de los dos habla de la llanura, de ese océano verde, sin una loma, pero cubierto de lagunas, cruzado de arroyos, poblado de ganados y aves, provisto de caminos, flores, trigales. . . No hablan de ese

“Inmenso piélagos verde
donde la vista se pierde
sin tener donde posar” —,

que pintara el poeta.

Confieso que aguardo con ansias la hora de salir de estos paredones y de cruzar la polvorienta Travesía para revolcarme en los trebolares aromáticos de mis “pagos”.





TODO ARBOL ES BUENO

Al pie de una soberbia montaña que dominaba a una extensísima comarca, había un árbol alto y frondoso de rica madera, con los primeros frutos y las últimas hojas de la estación. El viento solía perfumarse en él; los ganados y el viajero fatigado, buscaban su sombra. Las mariposas y algunos insectos hallaban también guarida en sus hojas. En la primavera iban las aves y tejían nidos en sus ramas.

¿Qué asilo, pregunto, presta más auxilio con recursos más modestos?

Cierta vez llegó hasta él un peregrino muerto de hambre. Había cruzado los campos y las bestias habían huído a su paso; había llamado a la puerta de los palacios y los lacayos le habían negado un mendrugo. Le bastó, sin embargo, alargar la mano y hacer cimbrar una rama, para recoger diez exquisitos frutos y hartarse.

¿Quién da con tanta prodigalidad sin exigir recompensa?

Otra vez, con motivo del enlace de la niña más virtuosa del lugar, se vió asaltado por un enjambre de muchachos despiadados. Dejó que le arrancaran mil flores. Pero reservó en el gajo más alto las que debían servir para ornar el sepulcro de los que reirían en la fiesta.

¿Quién cede así sus galas para los dichosos y aún guarda una parte para cuando el dolor abata a los mismos?

Otra vez allegósele una viejecita doblegada por los años, levantó al nietecito para que se encaramara por el tronco, y aguardó con el delantal extendido hasta llenarlo de hojas. El árbol no lanzó ni un ¡ay! La viejecita hizo su panacea y vivió un año más. ¿Quién se arrancaría los pulmones si la misma madre se los pidiera para intentar el alivio de un dolor incurable?

Otra vez comenzó a hachearle las raíces quien pretendía hallar un tesoro bajo su tallo. El árbol ya no pudo mantenerse y rodó. Apenas un quejido lanzaron sus fibras al quebrarse.

¿Quién aguanta impasible la saña del ambicioso?

Aún no negó el árbol su follaje a los ganados, ni las ramas para el fuego o para el cerco, o para el mueble o para el bordón. Muerto ya, descortezado por las lluvias y el sol, sirvió para hacer una ligera embarcación; y así recorrió los ríos, ora llevando al pirata, ora llevando al comerciante, ora llevando la alegría o la desdicha. Al fin, la tempestad arrió a sus dueños y, ola tras ola, la embarcación, un tanto raída, fué a parar a la playa. Los merodeadores la alzaron y la mano del industrial la convirtió en un rústico ataúd. Tampoco tardó mucho éste en bajar a la tierra con el cuerpo de un miserable.

¿Quién anda en tantas aventuras y, sin corromperse, termina realizando una acción tan piadosa?

Todo árbol es bueno. . . ¡Quién fuera capaz de dar tanto como cualquier árbol!

ORACION A LA PATRIA

República Argentina,
¡Patria!

¡Bendita seas una vez, cien veces!
¡Bendita seas hoy como mañana!
¡Bendita seas si el dolor te hiere!
¡Bendita seas si el amor te inflama!
¡Bendita seas cuando den tus campos
al extranjero bueno, mies dorada!
¡Bendita seas cuando al hijo noble
le pagues su sudor con oro y plata!
¡Bendita seas cuando no se olviden
tus epopeyas llenas de enseñanzas!
¡Bendita seas cuando los labriegos
respeten tus fronteras bien ganadas!
¡Bendita seas cuando no adormezca
la paz y el bienestar a los que te aman!
¡Bendita seas cuando tus soldados
mueran sin asco en ínclitas batallas
para rendirle culto a tu abolengo,
para enseñar que siempre son espadas
las rejas, si el clarín anuncia fiero
que está la libertad encadenada!
¡Bendita seas siempre en el camino
de la honra y del progreso, augusta Patria!

CHARCAS Y MANANTIALES

La mentalidad de algunos hombres es semejante a una charca y la de otros a un manantial. Desde ya te aconsejo que trates de parecerte a los últimos. La charca podrá ser abundante, pero un día comenzará a disminuir su caudal, a hacerse nauseabunda e infectar las comarcas; después desaparecerá. Difícilmente se agota el manantial y, día a día es más fresca y más pura su linfa. La corriente del manantial es capaz de regar una región o de conducir hasta el mar a la barquilla portadora del progreso.

Quería decirte que los hombres charcas reciben del libro que leen lo que el libro contiene, y no devuelven al ambiente cultural más, sino menos de lo que recibieron. Son, esos mismos, los eruditos que han recogido las gotas de todos los aguaceros mentales. Son las enciclopedias de la memoria feliz, con un canon previsto para cada actitud, para cada situación, para cada circunstancia.

Los hombres manantial no son así. Leen y aprenden mucho, también, pero se salen de las márgenes de la rutina, agregan algo o corrigen mucho.

El progreso, la civilización y los adelantos humanos de cada época se deben al impulso impreso por el menor número de los hombres manantial. La ignorancia, ciegamente arraigada en la rutina pertenece, en cambio, al grupo de los hombres charcas.

Cuando tú quieras leer, busca el libro sin barreras de prohibicionismos hacia el bien o hacia el pensamien-

to noblemente libre. Aquilata en la mejor forma ese libro, entiéndelo con talento y multiplica luego sus páginas pensando en lo que le faltó pensar al autor, o bázate en cada línea para ofrecer una idea, un volumen, un cuadro, un surco, un beneficio más, o cualquier intento constructor.

Sea el buen libro tu mejor compañero, pero no te encastilles en él. Muchos buenos libros deben ser para nosotros como la lima que pule nuestro entendimiento desarrollándonos las más nobles facultades.

Verdad, que el que menos quiere citar es el que más toma de los otros. Pero ¿qué cosa nueva hay debajo del sol desde Salomón ⁽¹⁾ hasta acá y desde el origen del mundo hasta Salomón?

Algunos hombres eruditos de excesivas citas suelen ser malabaristas que juegan con las ideas ajenas. Se parecen a esos constructores de mosaicos que no hacen más que seguir el plano donde colocan las piezas que van tomando del montón. La ciencia no hace más que descubrir la verdad que ya existía; el arte no hace más que dar nueva forma, expresión o sonido a lo que desde remoto también existe. Casi podríamos decir que el objeto del hombre creador se reduce a tamizar la materia o la idea o la emoción en el cedazo de su espíritu.

¿No has leído cien libros, cien estrofas o cien versos que contienen el mismo pensamiento? Y ¿por qué muchos son malos, otros regulares y uno sólo excelente? Ya antes lo he dicho. Es cuestión de tamiz, y de que la materia provenga de un manantial en vez que de una charca.

(1) El rey sabio, autor de los "Proverbios" y el "Cantar de los Cantares" (Biblia). Es famoso su adagio "Nada hay nuevo debajo del sol".

LEY DE LA CONSIDERACION SOCIAL

Ver en los otros una parte de nuestros afanes, es reconocer que el sacrificio y la felicidad andan repartidas por el mundo y que, para soportar mejor al primero y disfrutar con acierto la segunda es necesario hospitalizar las desdichas que todos en nuestra medida sufrimos, para aliviarnos sumando el bien que en diversas proporciones a nadie le falta.

Aisladas la perfección y las virtudes, serían como las semillas que se guardan en un frasco y de las cuales no conoceremos sus rendimientos ni sus cualidades hasta que el agricultor no abra el surco, la tierra no las cubra amorosa, la lluvia no caiga benéfica, el sol no arda protector, la hoz no seleccione con acierto, la tahona no triture con prolijidad, la harina no se mezcle armoniosa, el horno no tueste a punto el pan, y la caridad no lo lleve a buenas manos o el comercio no lo explote con cordura. ¿Es breve la evolución natural e industrial de la semilla? Y ¿acaso hemos anotado todos los detalles de las faenas, del lugar, del trabajo, de los propósitos y de la acción de muchos factores más que intervienen?

Pensemos ahora en lo que es el niño desde que nace, o antes, hasta que se hace hombre, envejece y muere.

Más: pensemos que aun después de la muerte, sus obras perduran. Luego discurremos sobre sus relaciones con los demás, para todo eso. La ayuda que le prestan los que lo rodean como los hombres de otros países y los

del mundo entero; los del presente como los de hace siglos que existieron y hablan desde allá por las brillantes páginas de sus libros, por los símbolos de sus ciencias, por las telas o bloques o sonidos de su arte, o por el simple recuerdo de sus acciones generosas.

Ante todo tenemos que reflexionar sobre cuánta es la consideración que debemos a todos. La consideración es también gratitud. Las personas dignas de justicia y de elogio son las que saben respetar.

Respetar no es humillarse ni ser más débil o menos capaz que nadie. Al contrario. Respetan los fuertes. Ofenden y molestan los débiles, que no pueden siquiera cumplir mediocrementemente la tercera Ley de este Evangelio. (1)

SINTEISIS

- a) Nos hace medir la ayuda que nos presta el ambiente.
- b) Reconozcamos que no somos víctimas de todo el dolor del mundo y pensemos que la suerte no nos ha ofrecido toda la felicidad que existe.
- c) La consideración a los demás es respeto, gratitud y lección de amor.
- d) No son los débiles sino los fuertes los que respetan sin humillación alguna.



(1) Ley del dominio de sí mismo.

NAVEGACION AEREA

El hombre primitivo debió envidiar la gloria de las alas. Quién sabe cuántas veces al tropezar con el obstáculo de una cumbre o al destrozarse los pies huyendo de la saña de una fiera, no se lamentó de su suerte pensando en la maravilla del vuelo.

Icaro o Pegaso, en la mitología de Grecia, son dos sugerentes fantasías de los pueblos, concebidas por los grandes artistas.

¡Volar, volar! . . . ¡Volar con la serenidad del águila, con la sagacidad del halcón, la acrobacia de la golondrina, la sutileza del colibrí, la ondulación de la mariposa o el zumbido del coleóptero! ¡Volar! . . .

Tal debió ser el torturante afán de nuestros antepasados.

Y al cabo pudo el hombre volar. ⁽¹⁾

Hoy ha aventajado a las aves. Vuela con más rapidez que la paloma. Vuela en la curva cerrada del "looping the lup". Atraviesa el océano en una "avioneta" o da la vuelta al mundo en un "zeppelin". Vuela sin motor, como una hoja, planeando a merced del viento. Se va hasta las capas superiores de la estratósfera como lo está haciendo el profesor Piccard (1933), para comprobar los efectos de un rayo de luz. También ha soñado,

(1) En la fecha, — 22 de julio de 1933 —, terminó su vuelta alrededor del mundo en aeroplano el aviador norteamericano Wiley Post, habiendo empleado 7 días, 18 horas y 50 minutos para recorrer 24.778 kilómetros.

(recuérdese a Julio Verne), su viaje a la luna. ¡Es un loco! —, dirán siempre los espíritus vulgares.

Pero a la vez ha pensado en cosas más prácticas. Las líneas aéreas son senderos de vinculación social y económica. ¡Ah! pero el odio, aún no desarraigado del corazón humano, suele sembrar la muerte desde el cielo donde la lluvia vuelca el agua que se trueca en el oro de los trigales.

Nuestro país tiene ya sus rutas aéreas. El lejano sur se une hoy en pocas horas con la Capital Federal. La Cordillera de los Andes ya no es un obstáculo a la fraternidad de los pueblos hermanos, y menos el Río de la Plata.

La fábrica de aeroplanos de Córdoba, perfectamente bien montada, es un nido, no diremos de águilas, sino de palomas mensajeras del nuevo amor que por el acercamiento espiritual traerá la paz del mundo.





CHIVILCOY ⁽¹⁾

(Leyenda)

I

Le obedecían cien tribus.
Era el señor de la pampa.
Había heredado todo:
¡hasta el dolor de su raza!
No rió jamás. Su apostura
tenía rasgos de estatua.
Al misterio de su vida
llevaba unido el de su alma.

(1) Hoy es el nombre de uno de los pueblos más prósperos de la Provincia de Buenos Aires.

Escrutaba su destino
con recóndita mirada
y su ancha frente caía
cuando otra frente se alzaba.
En su comarca era Atila
con su sangrienta mesnada.
No tenía Dios, tenía
miedo al trueno cuando estalla.
No imploraba. Pero hubiera
desgarrado las entrañas
del espíritu maléfico
que en las sombras se agazapa.
Amaba el campo que tiene
rarísimas lontananzas,
pero mucho más que todo
y aun más que su vida, amaba
el poder de su grandeza
que era el filo de su lanza.
Acometía con furia
y exterminaba con saña.
¡Chivilcoy era tan duro
como el alma de su raza!

II

Un día histórico, el indio
abatido regresaba.
Pocos hombres de su chusma
le seguían con cachaza.
Respiraban los corceles
agitados, y sus ancas
no traían ni un despojo
de la última batalla.

En las hierbas, sin aliento
para huir, se desplomaban
los caballos, los ginetes,
el valor, las esperanzas...
Y mientras cedía campo
en la fuga, se acercaba
furibunda soldadesca
con las armas de la patria.
De repente cayó el potro
alcanzado por las balas
y el cacique, solitario
quedó en medio de su pampa.
Miró altivo como nunca,
provocó con la mirada,
clavó el pie sobre la arena
que otra vez glorioso hollara,
y desafiando la muerte
que rauda se avecinaba
con desprecio arrojó lejos
los pedazos de su lanza.





SILENCIO

Un dedo sobre los labios es la imagen del silencio.
Cuántas veces nos ha detenido esa actitud en el umbral del cuarto de la abuela.

Si el sueño no clausurara nuestros oídos o si nuestra acuidad auditiva ⁽¹⁾ no tuviera un límite, moriríamos locos. ⁽²⁾

El silencio es un alto en el campo de las actividades.

El silencio del invierno vigoriza el tallo del árbol que la bulliciosa primavera debilitará sus derroches.

La boca que enmudece a tiempo evita errores gra-

(1) Límite de nuestra capacidad para oír los sonidos agudos y los graves. Todos nuestros sentidos tienen determinada su acuidad, esto es, han sido limitados con sabia previsión.

(2) La "hiperacusia" (exceso de audición) es un estado nervioso mortificante para algunos enfermos.

ves o impide que salgan a la plaza pública muchas miserias del encono y la envidia.

El artista que busca el matiz de un cielo, el sabio que desintegra un átomo o el obrero que calcula el temple de su reja, hace siempre su minuto creador de silencio.

La conducta se juzga muchas veces por la capacidad voluntaria de callar.

Después que la campana deja de vibrar, parecería interpretarse mejor el enigma de la muerte.

En la inmensidad de los campos silenciosos comprendemos la grandeza del universo.

Verborragia llaman los psicólogos ⁽¹⁾ al exceso de palabras sin objeto.

Por eso la prudencia es parca en expresiones. La paz es muda. La mejor elocuencia ⁽²⁾ suele convertirse en un gesto o un ademán.

Los hombres más eminentes han tenido silencios insondables en obsequio de muchos semejantes. Los criminales, en vez, se vuelven locuaces cuando los resortes de la conciencia ya no pueden resistir el interrogatorio de los jueces.

El silencio bien intencionado es una virtud máxima.



(1) Los que estudian los problemas mentales o del alma. Su ciencia es la psicología.

(2) Fuerza de expresión con la que encanta el orador o el escritor.

VOLUNTAD

Cada cual dispone, en la medida de su naturaleza, de inteligencia y de sentimiento. Mas, unos hacen su obra de ciencia o su obra de arte y otros ni lo uno ni lo otro.

En muchas partes, también, abundan las semillas y la tierra es pródiga, pero hay quienes no tienen abrigo ni pan. Y no son malos. Y no son torpes.

No es raro en los tiempos actuales ver tendido un cable y en el extremo de él una bonita lámpara sin luz. . .

Cuando todo eso ocurre es porque falta un resorte al corazón o a la inteligencia o al cable.

Ese "resorte" es la voluntad.

Los ladrillos no van solos al muro ni los colores a la tela, ni las piezas a la máquina, ni las notas al arpa, ni los versos a la estrofa.

Muchos hombres de genio pero carentes de voluntad, se han ido del mundo como un ave muerta prematuramente con la garganta llena de gorjeos.

La naturaleza nos ofrece múltiples ejemplos que podemos aplicar a ese resorte moral que mueve el destino de los pueblos y de los individuos.

El árbol que quiere alcanzar la altura de la nube es una voluntad que palpita en sus células. El astro que se arrastra en los espacios infinitos es otra fuerza semejante de la materia. La cohesión de los cuerpos es la voluntad de los átomos. . .

Nosotros que sabemos que nada se construye con el sentimiento bien intencionado y la clara reflexión, si nos

falta el afán de hacer, debemos meditar constantemente sobre el tema. Y, acicateándonos con nuestra conciencia, pongamos en marcha y sin vacilación las buenas intenciones. El ocio y el vicio quedarán bajo nuestras plantas. Un ideal será nuestro norte. El premio será siempre una feliz consecuencia.

Marchemos, pues, hacia el trabajo, el amor, la paz y la gloria, poniendo sobre los carriles de la voluntad el sentimiento y la inteligencia con que hemos venido dotados al mundo.



SE DUEÑO DE TI MISMO (1)

La pasión es un niño sin cultura, que juega
en un palacio, — el alma, — destrozando los muros,
rompiendo los cristales... ¡Pobre de quien se entrega
obediente al mandato de sus torpes conjuros!

La pasión es barquilla liviana que navega
sin rumbo y bajo cielos horriblemente oscuros...
¡Buen timón, almirante, revisar la bodega
y echar al agua el lastre de los sueños impuros!

¡Oh! dómine: no dejes que el "niño" se pervierta,
ni dejes, almirante, que la "barquilla" incierta
navegue, porque acaso descenderá al abismo.

Y tú, gobierna tu alma, aprisiona el encono,
y no te echas en brazos del sabroso abandono.
¡Levántate, levántate! ¡Sé dueño de tí mismo!



(1) Léase la "ley" del "dominio de sí mismo".



LA MUSICA

Es un lenguaje universal. Al tono doliente de cualquier escala o al tema humorístico de cualquier partitura, lo comprende el hijo del Imperio del Sol Naciente ⁽¹⁾ como el aguerrido centauro de las pampas ⁽²⁾ o el esquimal compañero de los osos polares o el africano de la piel de ébano.

La quena ⁽³⁾ que aun hace sonar el indígena del Norte nos llena de congojas el espíritu y entendemos a través de su rudimentaria pauta, mejor que si leyéramos en los quipos ⁽⁴⁾ los mensajes de un inca o los yaravíes ⁽⁵⁾ de sus poetas.

(1) Alusión a los japoneses.

(2) Alusión al gaucho.

(3) Instrumento musical semejante a una flauta.

(4) Combinación de cuerdas anudadas que servía a los indios peruanos como sistema alfabético.

(5) Poesías características de los indios peruanos.

La vida, sin excepción, es un arpa templada en todos los tonos. Un insecto o un batracio que llena el silencio de la noche con su cántico, nos despierta muchas sugerencias. El viento del invierno canta su elegía (1) en los hilos del telégrafo. La gotera de la lluvia nos agolpa en la frente todos los misterios nocturnos. Un ave en la enramada es una promesa de alegría. La privilegiada voz humana, — Caruso o Lili Pons —, es un goce espiritual que se obtiene a precio de oro.

Una jota movida o un triste pesaroso nos habla de la gracia de Sevilla o de la inmensidad de los campos argentinos.

Cada pueblo de la tierra ha puesto su alma en los compases de su ingenio.

Los metales mismos tienen su timbre que es su canto. Y, por deficiente que fuera un oído, sabría siempre comprender el vigor sonoro del yunque de acero o el tintineo alegre de la pieza de oro que cae o el lúgubre son del bronce que dobla a muerte.

La combinación portentosa de los contados sonidos musicales es una verdadera maravilla.

La invención de instrumentos ha multiplicado las calidades sonoras. Un rezongo parece el contrabajo que marca el ritmo en las orquestas; una queja del doliente corazón humano es el violoncelo; el vendaval aguzándose en los ramajes de los cipreses es el violín; una mandíbula que tasca perlas, el piano; el mortífero silbido de una bala, el clarín; un tableteo de ametralladoras, el redoblante, y un estornudo incontenible, los platillos.

La guitarra, aunque de origen exótico, es la tradición quejumbrosa de la tierra de Santos Vega.

(1) Poesías de tono doliente en homenaje de los seres queridos.

Tal vez no haya un ser en el universo que no ame la música. (1)

La radiotelefonía ha resuelto el problema estupendo de arrancar a las ondas hertzianas la música que el cielo guardaba antes sólo para sí.

La música es una escuela de moral sin palabras. Al elevar nuestros sentimientos nos hace más buenos y nos inspira mejores propósitos.

Las notas del Himno Nacional nos sugieren toda la historia de la patria.

El tarareo gaucho es una lanza que va abriendo brecha en el viaje nocturno.

El bendito arroró, más que el vaivén de la cuna, es el alma de la madre que arropa las carnechitas tiernas del infante.



(1) Se ha comprobado que hasta las serpientes, las arañas y otros animales inferiores son sensibles a la música.

LEY DEL BUEN TINO PARA COMENZAR

Los descubrimientos, las realizaciones de la ciencia, del arte, del trabajo, y de la libertad, no son otra cosa que caminos hoy llenos de actividades. Existían antes que el hombre. Muchos los han recorrido después, aun mejorándolos. Más, sólo fueron muy pocos los que les hallaron el comienzo y les arrancaron las primeras brozas.

Los artistas imaginan a la oportunidad como a una anciana calva. No tiene más que un cabello. Cuando se presenta lo hace con una rapidez impropia de su edad. El que la toma del único hilo de plata que lleva, triunfa o consigue su propósito. Quien se distrae, es perezoso, cobarde, o indeciso, se queda con la noticia de que pudo hacerlo. Así se oye decir: "Si no me hubiera dormido hoy, habría realizado el negocio". "Si hubiera estudiado cuando niño, tal vez fuera sabio o rico". "Si no hubiera tenido pereza para curarme esta uña, no me hubieran cortado el dedo".

La sociedad alberga a muchos indecisos y fracasados. Mala semilla son esos para el bien y la paz del mundo. Los que así se califican son los individuos carentes de tino. No saben nunca cómo ni por dónde deben comenzar. Siempre están en lo "haré" y luego en "si lo hubiera hecho".

¿Por dónde deberá comenzar el niño o el hombre para cumplir los más bellos propósitos humanos?

Vamos a explicarnos. Tomemos uno de esos propósitos que es como el resultado de todos: la paz.

¿Por dónde se comenzará? ¿Insultando al prójimo o a quien por no tener nuestras convicciones creamos contrario a ese anhelo?

¡Oh, jamás! Debemos empezar por la cultura y la paz de nuestra propia conciencia. Luego por la paz del hogar, la del pueblo, la de la provincia, y la de la patria, para llegar finalmente a la paz del mundo. Comenzar al revés, como hacen algunos soñadores utópicos, es igual que querer techar la casa cuyos cimientos y soportes no existen aún.

Estas reflexiones nos llevan a la conclusión de que la patria es el paso más inmediato a la armonía del universo.

SINTESIS

- a) No hay que perder la ocasión de comenzar.
- b) Los indecisos son obstáculos para el progreso.
- c) Comenzar por la parte para llegar al todo. (1)
- d) La patria no es un impedimento sino el peñaño inmediato y seguro de la felicidad universal.
- e) La República Argentina ha ofrecido y ofrece los mejores ejemplos de buen tino.

(1) Pensamiento que corresponde a uno de los principios pedagógicos del eminente educador Pestalozzi.

EL HORNERO

(Fragmento)

Por LEOPOLDO LUGONES

La casita del hornero
Tiene alcoba y tiene sala.
En la alcoba la hembra instala
Justamente el nido entero.

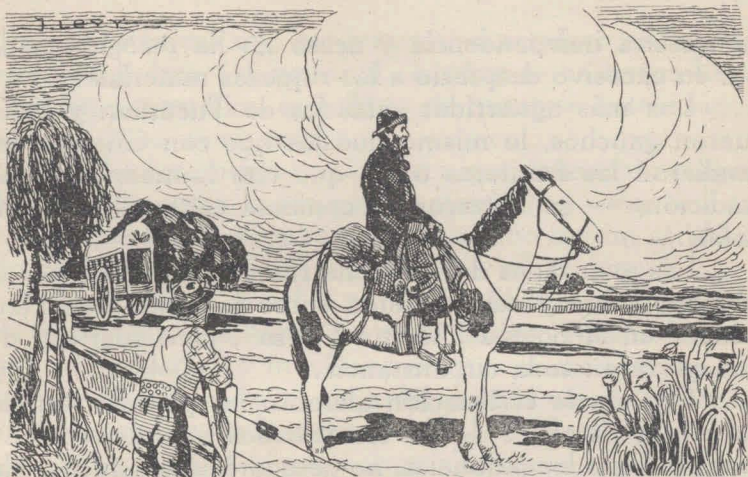
En la sala, muy orondo,
El padre guarda la puerta,
Con su camisa entreabierta
Sobre su pecho redondo.

Lleva siempre un poco viejo
Su traje aseado y sencillo
Que, con tanto hacer ladrillo
Se le habrá puesto bermejo.

Elige como un artista
El gajo de un sauce añoso,
O en el poste rumoroso
Se vuelve telegrafista.

Allá, si el barro está blando,
Canta su gozo sincero.
¡Yo quisiera ser hornero
Y hacer mi choza cantando!

(Del "Libro de los paisajes").



EL GAUCHO

Aún se discute la etimología de esta palabra y se discute sobre la existencia del gaucho.

Sin necesidad de recurrir a la filología ⁽¹⁾ ni perderse en muchas cavilaciones, todo argentino sabe cómo fué o cómo es nuestro personaje tradicional.

El gaucho, en realidad, no es producto de una raza extraña. Más que por su indumentaria o su aspecto y sus rastros étnicos, lo calificamos por su empuje espiritual.

Las expresiones camperas “es un buen gaucho”, “nos ha hecho una excelente gauchada”, son muy sugestivas. En vez, “gaucho flojo”, “gaucho haragán”, “gaucho pendenciero”, son frases despectivas que censuran la desviación del alma gaucha.

El gaucho ha sido todo en nuestro medio desde antes

(1) Estudio del lenguaje en su origen, desarrollo y evolución.

de nuestra independencia y acaso no ha recogido nada por su excesivo desprecio a las riquezas materiales.

Los más aguerridos soldados de Tucumán y Salta fueron gauchos, lo mismo que los que con Güemes defendieron las fronteras o los que con Lamadrid, — es tradición, — se lanzaron al combate cantando una vidalita.

Las avanzadas del indígena fueron impedidas por el gaucho, pobre y casi desnudo como lo pinta José Hernández en el poema "Martín Fierro", pero fuerte y de una pieza en toda circunstancia.

Cuando la civilización alambró las pampas, tendió las cintas paralelas de los ferrocarriles o transformó en eras pródigas los pajonales, no desapareció el gaucho. No es más que una leyenda lo de su muerte. Porque el gaucho también supo calzarse los "tamangos" del arador y sentarse en la segadora tan seguro como sobre el lomo de su redomón.

Noticias recientes nos prueban que el gaucho colaboró eficazmente en la perforación y en los trabajos auxiliares de los yacimientos petrolíferos de Comodoro Rivadavia.

Nervio de gauchos ilustres tienen el maestro universitario doctor Agustín Alvarez y el viejo bardo Pedro B. Palacios (Almafuerte).

Sin que esto implique añorar la bota de potro, el lazo, la doma brutal, las boleadoras o el rancho miserable, no olvidemos que el sabroso mate, el jugoso asado, los famosos pasteles; la delicada humita, la guitarra armoniosa, la zamba noble, la vidala sentida, el pericón patriota, el malambo viril y el estilo quejumbroso son, entre otras muchas manifestaciones de las costumbres o del espíritu, cosas que crearon o adoptaron los gauchos con ingenio propio.

La verdadera música, la mejor poesía y las compo-

siciones artísticas que perdurarán, se arraigan en los restos del folk-lore (1) nacional. Lo que se ha hecho hasta aquí sin ese arraigo, será fruto de nuestros antepasados, pero no tiene savia nativa.

Todos los pueblos de la tierra que tienen arte propio, procedieron como lo estamos haciendo hoy. Por esta razón es que recién se le reconoce altísimo mérito al "Martín Fierro".

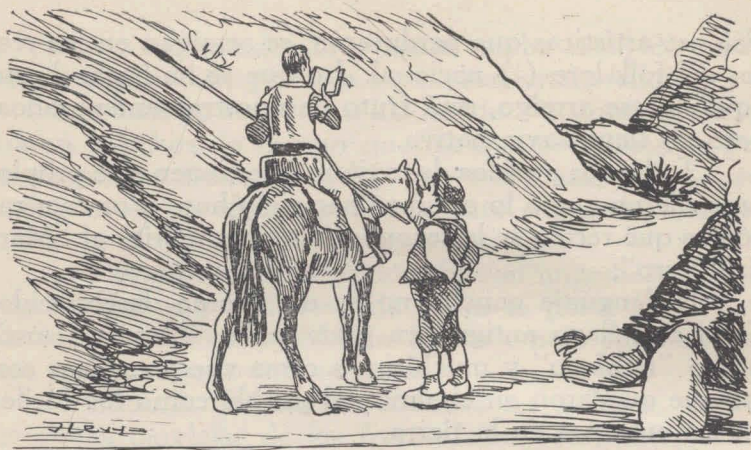
El lenguaje gaucho no es un idioma desconocido. Es el castellano antiguo en gran parte. "Mesmo", "ansina" o "ñublado" y muchísimas otras voces castizas son las que quedaron en el alma del pueblo como los fósiles en las entrañas de la tierra.

No quiera el joven volver al pasado que tan lejos se halla del progreso actual, pero no mire con desprecio al gaucho ni se avergüence si lleva en sus venas sangre de su corazón. Y si su espíritu siente como los que cooperaron en nuestra independencia, mejor. Pero, no obstante, hable el idioma de los hombres cultos, vista con la decencia y la modestia de su época y proceda con la responsabilidad que la mayor educación exige a las personas dignas de respeto o elogio.

En la República Oriental del Uruguay, — hermana de la República Argentina en glorias y tradiciones, — ya se ha levantado un monumento en homenaje del gaucho.



(1) Lo que es patrimonio del pueblo y se transmite de generación en generación, como las tradiciones, la superstición, etc.



LOS CAMINANTES INMORTALES

Sobre hambriento rocín, con yelmo y lanza,
gallardo en el montar y en la apostura,
va un hidalgo, Señor de la locura,
buscando una ilusión o una esperanza.

Le sigue sin cesar en tal andanza,
a horcadas en rústica montura,
un zopenco que endilga la cordura
al nivel positivo de su panza.

Hace siglos que van. Larga memoria
van dejando también en larga historia
que consigna sus actos relevantes.

No carecen de fama ni de mote.
Uno es Sancho y el otro es Don Quijote,
¡inmortales creaciones de Cervantes! ⁽¹⁾

(1) No olvide el alumno en sus lecturas libres y durante las vacaciones la célebre obra del más brillante de los ingenios españoles.

POESIA

Desdichado de aquel que una sola vez en su existencia no haya tenido el alma pendiente de un ideal, elevado a la desinteresada categoría de la poesía. Se ha dicho con razón que quien fuere incapaz de sentir la línea de un verso inspirado, certifica su incultura, pese a los conocimientos que hubiere adquirido para utilizarlos hábilmente en su vida de relación. Se equivocan mucho los que opinan que poetizar es divagar. Poetizar es elevarse. El verdadero poeta lleva siempre una sorprendente intuición por guía o la ciencia que domina; pero macera lo que percibe o lo que sabe y lo tamiza tanto, que nos da en su verso la esencia de aquello que fué, el néctar, diríamos, escanciado en un ánfora de nácar y oro.

La poesía épica ⁽¹⁾ no es menos admirable. Siempre se da allí a lo objetivo un toque más que es como el pincelazo que se aplica a la figura para darle relieve o vigor. Esta poesía, como la lírica pura ⁽²⁾, escoge las partes poetizables y deja de lado lo que sobraría o serviría de obstáculo.

Pero esto no es un tratado de retórica. Quería significar la pobreza mental de los que desprecian la poesía. Basta recorrer la historia para conceder al arte y especial-

(1) Cuando le sea posible, lea el alumno "La Iliada", "La Odisea", "La Araucana" o "El Martín Fierro" que son modelos variados de la especie épica. Mientras tanto, tendrá una aproximada sensación acerca de la misma si lee la composición titulada "Chivilcoy".

(2) Las demás poesías de este libro son líricas, salvo tal cual detalle.

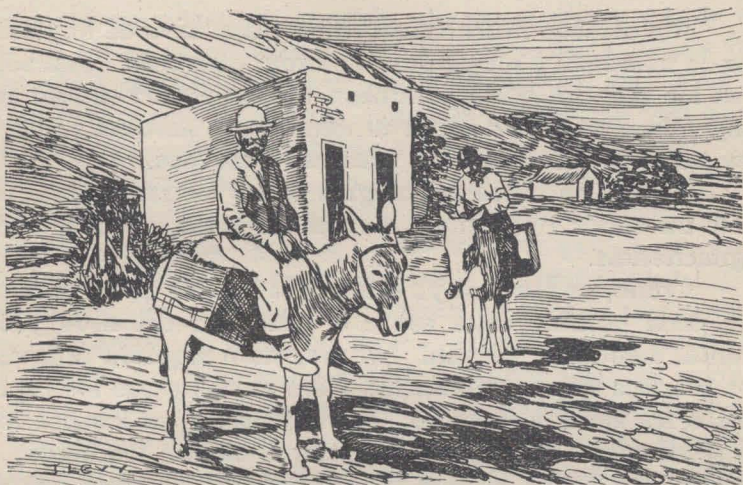
mente a la poesía, el lugar prominente que le corresponde como factor de cultura. Los libros de la India, del Irán, de la Palestina, de Grecia, de Roma, y de todas las épocas son en sus mejores ejemplares insuperables páginas de poesía. Valmiki, Salomón, Homero, Virgilio, Dante y tantísimos otros varones se han inmortalizado con sus libros y han hecho con sus versos más bien que muchos reyes o emperadores.

¡Imagínese a un hombre, un hogar, una sociedad o el mundo sin poesía! Lo poético alienta todos los sentimientos más generosos y nobles que nos impulsan. Un alma sensible al arte es buena de hecho. La poesía que es el arte de expresar bellamente lo que se concibe y se siente no puede salir de un organismo irregular sino de un organismo cuyas facultades se hayan conformado dentro de los límites biológicos que reclaman para sus labores la estética, la moral y la ciencia. Claro que no es poeta todo el que traza versos ⁽¹⁾, ni tiene alma sensible al verso todo el que los lee, ni es capaz de cosa buena el neurasténico borroneador, ni el hablador suspicaz ni el soñador abstruso ni el vulgar maniático. No hay que clasificar ya a los poetas por sus extravagancias ni por sus melenas sino por lo intrínseco de sus obras, con exclusión de sus personas.

La poesía que se escribe, como la que va tácitamente en la obra noble del que da, del que admira, del que ama o del que hace, una más que las leyes, alienta más que el oro y puede más que las tiranías.

Para terminar: "...Un sólo verso hermoso ha hecho más bien al mundo que todas las obras maestras de la metalurgia", ha dicho un eminente escritor francés.

(1) Sarmiento no pudo jamás hacer un verso bueno. Pero sus libros como "Facundo" o "Recuerdos de Provincia" encierran más poesía que las estrofas de la mayor parte de sus contemporáneos. La carta de Mitre a Sarmiento acerca de la poesía, es admirable. (Léasela en el libro "Páginas Históricas", edición de "La Nación").



MOTIVOS DE LA SIERRA

VENEDORES DE HIGOS.

Allá lejos, muy lejos, por un caminito blanco que baja culebreando desde el cerro que tenemos al frente, vienen dos hombres grandes sobre unos burritos pequeños de largas orejas y patas blancas y finas, como de alfeñique. Además del peso de los jinetes, los pobres animales soportan el de dos cajones de kerosene, pendientes a uno y otro lado a modo de árguenas o maletas. Mientras los hombres se apean bajo la sombra de un sauce para dar un resuello a las bestias, me acerco y trabo fácilmente conversación con el más avisado.

Son vendedores de higos y de uva de la región. Proceden de San Marcos. Han salido con la "fresca", a las dos de la mañana, y vienen llegando a eso de las once, cuando el sol raja la tierra.

Me ofrecen muchos informes. El cultivo de higueras les da más fácil y mejor que cualquier otra cosa. Una sola vez las plantan o las plantaron los abuelos. Después no hay más que mirar correr el agua de la acequia junto a los tallos y cascotear los voraces venteevos.

Todos los higos son negros como los fruteros. Tienen un sabor exquisito. No así las uvas criollas, algo aguachentas.

Como los burritos ya están más frescos que una malva, cada hombre salta sobre el pescuezo del suyo y se sienta, saludan y se van. No pregonan siquiera una vez los méritos de su mercancía. Pero en las casas los esperan o les salen al camino. No hay usura en los precios ni se discute. A un peso y veinte el ciento, los higos; a sesenta las uvas. El que quiere compra. El que no, ni pregunta. El vendedor es simple, de una pieza. Ni oculta lo que gana. Echando honestos cálculos me dijeron que una buena hectárea de higueras puede dar por un valor de 800 pesos.

EL CHINGOLO.

Yo creo que el pájaro más gaucho y criollo de esta tierra es el chingolo. El noble hornerito es ya un "gringo" guapo y bueno que hace barro porque no confía en su poncho. Allá, aunque los voraces gorriones le hayan ganado el lado de las casas, no falta nunca en el paraíso despojado por los primeros fríos del otoño o en el siempreverde coquetón y recortado de las plazoletas y jardines. Aquí, mora en los molles y demás plantas de las sierras. Yo lo he visto en la pampa desolada picoteando las cabezas de los cardos y también en plena cordillera de los Andes, sobre las rocas graníticas que aún no han dejado ni arraigar el musgo.

Lugones ya lo ha elogiado en brillantes estrofas, ha-

ciéndole un retrato admirable. No sé si algún pintor lo ha atrapado en su tela y menos si la música nativa ha llevado a alguna pauta sus notas nocturnas, algo monótonas, pero sugeridoras de augurios y tristezas que pueblan de supersticiones el alma indígena.

Las calandrias que veo con alguna plumita blanca, las raras perdices que oigo, los glotones ventevéos que gritan como unos "guasos" y las mismas gentes de tonillo característico, no son idénticas a las respectivas especies de mis pagos. Siempre difieren en algo. Pero el que no ha variado en ninguno de los extremos de la tierra es el chingolo. Como buen criollo, siempre viste su democrático traje. No se ha envidiado ni roba higos ni molesta a las desavenidas tijeretas. Canta como siempre, y es tan gaucho ⁽¹⁾, tan argentino, tan de pura cepa aquí como por donde raye.

AGUACERITO.

¡Qué bienhechor aguacero he visto caer sobre los cerros! Todo parecía alegrarse. ¡Agua, agua, bendita seas! — debió orar toda esta naturaleza. — Una cortina líquida cubrió todo y las moles desaparecieron a nuestras vistas. El frescor inundó las piezas; y los techos, que casi ardían con el sol, se bañaron dejando correr el líquido a raudales. Al atardecer, los caballos en los prados y las cabritas en lo más alto, retozaban jubilosos. El peón que antes sudaba cabizbajo cargando calizas en los vagones, hizo vibrar su silbido alegre y se irguió como un junco.

Tras un breve reflejo solar, la noche se vino rápido, y con una lentitud grave la luna amarillenta apareció en la cumbre de la montaña, semi-oculta entre los espinillos

(1) Véase la pág. 147.

de más arriba. Enseguida el campo se plateó y los grillos rompieron el silencio que a esa hora hubiera sido intenso. El sueño detuvo el vaivén de los sillones bajo el amplio corredor y, poco después, los ronquidos de algunos apagaron la orquesta de los insectos.

EL CANTOR DE "LA CUMBRE".

La continuidad del aguacero fraguó el proyectado paseo del día. Poco o nada había que hacer allí después de extasiarse en divagaciones con la vista puesta en los cerros y el alma volando en pos de la nostalgia.

Cualquier cosa sirve entonces para acortar las horas. Un numerito infantil que nos recuerda las cosas ingenuas del hogar se nos presenta. El cordobecito de la casa, Eduardito, que tiene dos años, ha traído su guitarra; cruza la pierna, simula posturas con la mano izquierda e imita con la otra el movimiento que le da un guitarrista de veras a la suya en la ejecución del gato. Luego canta, y como se le festeja, se entusiasma. No hay duda que se revela así una verdadera vocación. Yo lo animo y le digo que si continúa le haré unos versos. En un momento cumplo la promesa y, al partir, para evitar elogios inoportunos, doy al padre la composición que intitulé "Trova".

Yo no he dicho cómo me llamo. Pero la gratitud familiar que descubro en la mirada de Eduardito y en el apretón de manos que me dan los padres, me augura un recuerdo largo. En alguna ramada o quién sabe junto a qué ventana, antes que la luna asome sobre los cerros, Eduardito, "El Cantor de la Cumbre", como lo he bautizado, cantará algún día los versos ocasionales que menciono o improvisará otros más bellos.

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA Y EL DIA DE LA RAZA

Limemos los pormenores. Y veamos, ya listas, las tres naves. Dejémoslas marchar en medio de la estupefacción de los sabios que calculan que no podrán jamás repechar a su regreso la curvatura ya casi admitida de la tierra; dejémoslas alejarse mientras el ingenio popular borda las leyendas más horrosas y las madres buenas y los monjes piadosos rezan sus oraciones para que Dios libre a los nuevos argonautas de las garras de los endriagos, de las pérfidas tentaciones de los demonios y aún de las propias iras del ser divino que guarda bajo la saya inconmensurable de los cielos el misterio insondable de los horizontes.

Imaginad los embates del mar y el furor de las tormentas, malignos como la saña de los hombres; imaginad la duda, el escepticismo y el temor, tan corrosivos cerca de la voluntad del Almirante, como las aguas salobres que golpean los maderos añosos de las embarcaciones.

Nada de eso azora a los visionarios; nada los detiene; nada los intimida. Es que los impulsa la férrea voluntad del Almirante, que ora reside en su corazón cuando invoca, en su cerebro cuando piensa, y hasta en la hoja de su puñal cuando se impone.

Y así llegan las tres carabelas. Y así se abre al mundo el horizonte de América. Y así, más que caudales y premios, se llena de gloria España. Y así, por Colón y por

España, a fuerza de perseverancia o a fuerza de espada, unas veces por el imperio de la fe y otras por el imperio del amor, se vuelcan aquí las ambiciones, se talan los bosques, se abren los primeros surcos y de los mismos sudores y de la misma sangre, y con el mismo idioma, se alzan para su honra, no para su dolor, las numerosas repúblicas libres que hoy, más que nunca, se estrechan sobre su seno cálido por la comprensión recíproca de los intereses morales y la necesidad incontenible de la vinculación social.

He aquí por qué el 12 de Octubre ha venido a cobrar otra nueva acepción en los fastos de la Historia.

Es también el día de la Raza.

La raza no es siempre lo que la etimología quiere. La raza no es la materialidad de los cuerpos, sino su aliento afín. Si así no aconteciera ¿qué sería de Inglaterra, donde ni Irlanda, ni Escocia, ni Bretaña, ni Gales, ni la India son la misma expresión territorial, moral, teológica o mental? Lo mismo diríamos de España contemplando sus diversas regiones: Galicia, Provincias Vascongadas, Cataluña, Andalucía, Castilla y otras más, sin evocar su historia secular donde se rastrean fácilmente las huellas de los celtas e iberos, de los fenicios, de los griegos, de los romanos, de los germanos, de los árabes y aún de los atlantes, cuyos restos cree haber descubierto recientemente la arqueología en las regiones tartésicas.

¿Y si nos fuéramos más lejos? ¿Y si para ello cruzáramos el Cáucaso y trepáramos las mesetas del Irán, hasta llegar a las regiones vislumbradas en los magníficos cantos védicos? ¿Y si bajáramos a estudiar los horizontes geológicos, donde la ciencia y la fantasía buscan el inhallable filum de la vida? . . .

La raza, en este caso, se siente pero resulta tan indefinible como la belleza, la patria, la fe o el amor. Por eso no debe discutírsela. Y, en vez, debe aceptársela como

símbolo, buscando su vinculación por donde es más posible el acercamiento espiritual: el idioma.

Yo creo que más que por la sangre, que más que por la misma tradición mezclada a veces de encono y de elementos provenientes de otras nacionalidades, los americanos y los españoles somos de la misma raza por el habla. Y no acontecerá ello porque América halla respetado el purismo de las academias que tampoco allá respeta el pueblo, sino porque, acepción o barbarismo más o menos, el lenguaje es el mismo y nos entendemos siempre. Y entenderse es todo. El comercio, el arte, la verdadera amistad y el profundo amor, utilizan esta vía única, para ser duraderos: el habla. Por eso somos de la misma raza los que en la Argentina llevamos sangre italiana, eslava, guaraní, árabe, germana, araucana, y los que en la heroica tierra del Cid llevan vestigios ancestrales de los navegantes de Cartago, de las huestes que se estrellaron en Sagunto y en Numancia o de los helenos, los germanos o los que lloraron el mismo dolor de Boabdil.



EL GENIO DE MONTE HERMOSO

Cerraba la oración tranquila, grave;
de gualda el horizonte se teñía
y en la pampa serena no se oía
más que el triste graznido de algún ave.

Con humilde expresión, quebrando el llano,
elevaba sus rocas Monte Hermoso;
con humilde expresión, pero coloso
como enigma tremendo de un arcano.

Por las huellas difusas de un camino
que conduce ligero hasta la falda,
blanquecina la sien, corva la espalda,
apretaba la marcha un peregrino.

A la cumbre llegó. Desde la roca
miró abajo y después al firmamento,
cual si loco buscara el pensamiento
que balbucía sin cesar su boca.

Sentóse a descansar. Luto medroso
tendió la noche en el azul sedeño
y el peregrino, doblgado al sueño,
durmió el sueño genial de Monte Hermoso.

Las narraciones populares cuentan
que el viejecito de la barba cana

refería a un labriego, una mañana,
grandes verdades que jamás se inventan.

Dijo, — repiten, — que en la noche aquella
sintió extraño rumor en la colina
y al rodar piedras, una luz divina
vomitó el antro en su febril querella.

¡Genial revelación! — feliz contaba; —
¡pesadilla genial que será eterna!
De la entraña infernal de la caverna,
infernal caravana no cesaba.

Razas sin nombres, milenarios huesos
de calaveras caprichosas, viejas,
y bocas anchas que exhalaban quejas
y labios secos que arrojaban besos.

Frentes enjutas, cabelleras sueltas,
dientes agudos, y falanges duras,
expresiones de gozo y de amarguras
cuerpos llenos de horror, formas esbeltas...

¡Todo, todo ví allí! ⁽¹⁾ Mejor fortuna
no he vivido después, dijo el anciano.
Sepultado está allí el género humano.
en las negruras de su misma cuna.

— Monte Hermoso inmortal: como los astros
has rasgado las brumas del celaje
para mostrarnos del mejor linaje
la historia original sobre sus rastros.

(1) No hay duda que en la imaginación poderosa del sabio que sienta una hipótesis sobre el enigma de la vida, deben bordarse esas fantasías o verdaderos sueños.

Monte Hermoso inmortal: que esta leyenda
se haga ciencia tenaz, irrefutable,—
dijo el viejo al labriego miserable,—
y se echó a caminar sobre la senda . . .

Monte Hermoso tembló, y el peregrino
blanquecina la sien, corva la espalda,
por los declives de la suave falda
se alejó como un dios. ¡Era Ameghino! (1)



(1) Florentino Ameghino será siempre un brillante ejemplo de perseverancia y sabiduría. Sus más discutidas hipótesis dejan muchas enseñanzas. Léase su biografía; y el niño que tenga predilección por las ciencias naturales no olvide su nombre. Si visita los museos de La Plata y Buenos Aires hallará pruebas evidentes de la ardua labor paleontológica de Ameghino.



LLUVIA DE MARIPOSAS

En el centro del segundo patio de la escuela está el molino, cuya rueda gira durante muchas horas para que el émbolo arranque a la tierra, en voraz succión, el chorro de agua que abreva la sed de los escolares y humedece, cuando rebalsa, los tallos y las hojas de un planta de mburucuyá ⁽¹⁾ y de una enredadera de hojas verde-oscuro que contrastan violentamente con el lila raro de sus flores múltiples.

El mburucuyá tiene el privilegio de dar con prodigalidad flores, frutos y casi podríamos decir, orugas. Estas devoran hojas sin cesar, y cuando toman cierto desarrollo, se desprenden, ruedan por el suelo, trepan las pare-

(1) Flor de la pasión".

des o se exponen al inmediato riesgo del niño que juega, del hombre que cruza, de la escoba que barre, o del ave que engulle.

La oruga no peregrina en vano. Llega un instante en que encuentra su paradero. Se detiene en cualquier hilo o en cualquier ladrillo del tapial; segrega un líquido viscoso, se adhiere por el extremo posterior y se aletarga. Como si fuera un fruto espera su madurez. Su color negrozco pierde pronto el lustre y se aclara. En determinado instante de su evolución, se arquea hacia arriba y después de muchas ondulaciones deposita junto a donde estaba amarrada la erizada cubierta de su cabeza. Pronto comienza a desprenderse las espinas simuladas de su cuerpo, y el aspecto que cobra es entonces muy semejante al de una hoja seca, vista de lejos, porque observada en detalle parece un diminuto hipocampo.

¿Qué es lo que le ocurre a la oruga? ¿Muere dentro del sarcófago hecho de su misma costra? No. Los indicios de vida se prueban fácilmente: basta con tocarla para verla oscilar en todas direcciones, sin poder desasirse de su punto de apoyo. Pero en otros instantes se mueve sola. ¿Estará en los estertores de la muerte? Tampoco. Es que alguien la acosa pues hay quien la codicia. A veces es la araña que la envuelve en su red, y, más frecuentemente una mosquita poco común que la succiona con la pertinacia de un vampiro. En mil ocasiones la oruga muere. En otras se defiende ondulando o no es atacada, y entonces, minuto tras minuto, como la semilla en la cavidad del carozo, elabora su existencia, aunque sin el calor directo de la tierra ni el aporte generoso de la savia. A semejanza del Fénix ⁽¹⁾ se nutre de sí misma, se disfraza primorosamente y se forja dos alas magníficas con las que surcará los aires, y correrá por los prados deliciosos.

(1) Ave fabulosa de la mitología griega que renacía de sus cenizas.

La cubierta de la oruga se abre oportunamente y cae de su interior una mariposa roja, nuevecita, con las alas plegadas, entumecidas aún por la prisi6n. Y caen otras y caen diez o cien en un día. Poco a poco comienzan a extender los magníficos miembros, y de repente, como si un rayo de sol les diera impulso, se alzan en un vuelo irregular, van a la enredadera, giran, liban en las hermosas flores de mburucuyá, huyen de los niños o quedan cautivas, y al llegar la noche se confunden con las hojas.

Así revuelan y, andando, así se fecundan; van a la planta madre, depositan sus perlas y mueren, después de una existencia corta, pero tal vez intensamente disfrutada.

¡Deliciosa existencia con tenues alas por vehículo, con abundante néctar por alimento, con variadas hojas por morada, y sin duda, con una fragante flor por sepulcro!



DE BUENOS AIRES A MENDOZA

El tren ⁽¹⁾ hace una gran curva como para huir del Plata y ceñir a la ciudad en un vibrante abrazo de despedida. Durante ese trayecto es posible apreciar la mejor vista panorámica de Buenos Aires. Mirando hacia la derecha, no se ve otra cosa que agua; mirando hacia la izquierda, no se ve otra cosa que casas. Después se acaba el adoquinado, se prolongan las calles polvorientas, aparecen algunas frondas, brilla más el sol, y el aire es más puro. Cuando menos se piensa, la mirada se hunde vacilante en el horizonte sin fin de la llanura verde.

Nuestro férreo corcel corre frenético. Nosotros, diminutas tenias, nos agitamos en su seno. Vamos confiados en su pujanza y en su seguridad. Hemos partido a las tres de la tarde. Tenemos que cenar y almorzar. Más que veinticuatro horas necesitamos para atravesar el país de este a oeste. Si fuera de norte a sud. . .

Los campos bonaerenses son cada vez más hermosos y ricos. Pero desde Mercedes en adelante, los abate actualmente la langosta. En algunos puntos no quedan más que los tallos pelados. Las poblaciones, pocos días antes casi ocultas tras la exuberancia de los maizales, surgen ahora, de trecho en trecho, como envueltas en un velo de tristeza. Las barreras poco defienden. El desaliento obliga a divisar la miseria desde el palenque. Aquí o

(1) ¿Recuerda el alumno cuáles son las más importantes líneas férreas del país y cuáles sus estaciones en Buenos Aires?

allá, con un afán quijotesco, sudorosa la cara y llagadas las manos, golpea el dueño, con arranques épicos su improvisado tambor de hojalata. La dueña agita su delantal desgarrado; y, mientras más lejos, por la loma, seguro de que nadie lo divisa, va el desalmado boyero, echado sobre el pescuezo del "matungo", castigando a ambos lados, casi pisando a un cachorro ovejero y a muchas varas de una liebre.

Me he levantado muy temprano. Cruzamos la provincia de San Luis. Faltan algunas horas para llegar a Villa Mercedes. El cielo está claro. El sol quema. La inmensidad de los campos anonada. Una vegetación pobre y raquítica que se alternará muchas veces, se extiende leguas y leguas. No vuela ni un pájaro ni cruza una mariposa. No se ve una población. Si el traqueteo del convoy no pusiera allí sus ruidos civilizadores, el silencio sería abrumador para los que estamos acostumbrados al trajín de las urbes.

Llegamos a Villa Mercedes. Esto ya es otra cosa. Cesa la monotonía. Se multiplican los accidentes geográficos, aunque con gradual parsimonia. Hace buen rato que tenemos a la vista un cerro azulado. Muy cerca se extiende una línea de médanos amarillentos. Evoco la "ciencia" de un texto por el cual he enseñado, y me da vergüenza. ¿Sabéis lo qué tengo que hacer muy seguido? Interrogar al guarda y al camarero. Son excelentes cate-dráticos.

En Villa Mercedes y sus alrededores, lo mismo que en otros puntos, alternan los sauces, y los álamos civilizadores; verdeguean los alfalfares donde pacen mulas, vaquitas y hatos de cabras; y como un don gracioso de la naturaleza, cediendo al esfuerzo humano, tienden las acequias su caudal murmurante y fecundador. ¡El agua! Nada debe implorarse allí con más fervor. Evoco el pri-

mer capítulo de "Facundo" en el que Sarmiento nos pinta la escena emocionante de una rogativa para que el cielo conceda una gota del líquido benefactor. En un diario que acabo de comprar leo varios sueltos que contienen verdaderos vaticinios de lluvias posibles. ¡Ilusiones! No se ve ni una nube en el cielo azul.

Me causa hilaridad las repetidas quejas de un mendocino que sin duda ha pasado una semana en Buenos Aires.

—Voy deseando llegar a mi provincia para tomar buen vino negro ⁽¹⁾ — dice en ese tono tan peculiar. Qué enorme verdad. Efectivamente, sólo allá se toma buen vino negro y blanco y excelente "champaña". Aquello no hace mal. Es sano y exquisito. ¿Por qué no llega así a la gran Capital? He aquí muchas cuestiones que descifrar. Los comerciantes porteños, casi siempre traicioneros sacerdotes de Baco, "bautizan" constantemente a los productos. Y cuando esto no hacen, aplican rótulos extranjeros ⁽²⁾ a lo que es más argentino que muchos héroes. De modo que por obra de manos poco escrupulosas bebemos malo y caro. Pero buena culpa tienen los consumidores vanidosos e ignorantes, que creen de buen tono adquirir lo que más cuesta y procede de allende el mar.

Hemos visto preciosas arboledas en Alto Pencoso y Alto Verde. Pero lo que más nos interesa ahora son los viñedos. Algunas horas antes de entrar a la ciudad de Mendoza ya se extienden interminablemente, apenas

(1) Al considerar el valor de la industria vitivinícola y al referirse al vicio del alcoholismo, conviene recordar este pensamiento de la Condesa de Pardo Bazán: "El alcoholista culpa al vino y no a su afición de beberlo".

(2) Posteriormente se promulgó la ley que obliga a declarar la procedencia de los productos nacionales.

divididos por los cercos de condominio y tal o cual sendero. Todos están cargados de rica uva. La cosecha será espléndida.

Los viñedos son aquí un lujo como los trigales en las llanuras de Córdoba, Buenos Aires y Santa Fe. Caracterizan hasta las costumbres. Significan tantas riquezas como las de nuestros rastrojos que dan el pan blanco de todos los hogares.

El monumento dedicado al ejército de los Andes, que sirve de coronamiento al Cerro de la Gloria, tiene grandes valores artísticos y en sus rasgos generales está ajustado al fondo de la epopeya. Los bajo-relieves representan escenas preliminares, desde la preparación de los elementos en Cuyo, hasta la marcha escabrosa por cumbres y abismos. Un poco más arriba, junto al pedestal que soporta un grupo de ganaderos en carga apocalíptica, está el Libertador, bien sentado en el noble corcel, con ambos brazos cruzados, y con la vista fija en los Andes que se imponen. Esa actitud, bien tallada por el escultor, hace pensar en aquella serena voluntad que según Mitre, caracteriza el genio militar de San Martín. Sobre el conjunto, la Gloria muestra en cada mano un trozo de cadena recién cortada.

Acabo de visitar las ruinas que quedan como lúgubre recuerdos del terremoto de 1861. Me invade una pena profunda. Hasta se me desprenden algunas lágrimas.

Aquí y allá están los arcos y las columnas de los templos de San Francisco y de San Agustín. Pienso con respeto acerca de las vidas que sucumbieron y, vuelvo las espaldas, abrumada la frente de pensamientos y lleno el corazón de emociones.

(1) No estará demás recordar la lucha de conceptos higiénicos en Estados Unidos de América entre los "secos" y los "mojados", esto es, entre los partidarios y los contrarios del vino y toda bebida que contenga alcohol.

ORO Y PLATA

Por Arturo Capdevila.

¡Albricias! ¡Oro y plata para los pobres! Vengan
que el otoño las calles de áureas hojas cubrió.
Dijérase que el viento láminas de oro arrastra...
¡Albricias! Oro a rodo por el mundo se vió.

¡Albricias! ¡Oro y plata para los pobres! Vengan
que gruesa plata empieza con la lluvia a caer.
Vengan a ver el vívido reflejo del tesoro...
Mas, dense prisa luego, que quiere anochecer.

¡Plata de fría lluvia para el zurrón del pobre!
¡Oro de muertas hojas para el zurrón también!
¡Qué sueño! Están las calles cubiertas de oro y plata.
Aprovechad, mendigos, y agradecedlo bien.

(De "La Fiesta del Mundo").

PROPICIAMOS SIEMPRE LA PAZ

La civilización actual exige que cada individuo sea un factor de paz. El progreso que hemos alcanzado es para asegurar nuestra felicidad y la de las demás personas, que con nosotros se vinculan. Como dispone la Constitución Nacional, la República Argentina está abierta a todos los hombres del mundo que vengan con el propósito de trabajar honradamente, aprender o enseñar las ciencias y las artes.

Nuestra historia, después de asegurarse la independencia y establecerse la unificación nacional bajo la forma republicana, representativa y federal, es toda una página de armonía.

Los límites con las naciones vecinas se han arreglado conforme al fallo de los árbitros. Nuestras relaciones son francas y, para los argentinos, son países amigos Chile, Bolivia, Paraguay, Brasil y Uruguay, como los otros que están lejos de nuestras fronteras.

La preocupación mayor de nuestro pueblo es la del trabajo. Por eso, una nueva línea férrea que se traza, un camino que corta las pampas, un pozo de petróleo que se abre en las zonas pródigas, un instituto de educación que inicia sus cursos o un buen libro que se edita, nos seduce más que uno de esos inventos belicosos que por desgracia aún preocupan al extravío humano.

No porque sea un pueblo de paz el argentino deja de ser un pueblo fuerte. Pero en las naciones como en

los individuos, el poderío no está sólo en las armas o en los demás elementos materiales. El carácter bien formado de los hombres y la educación bien cimentada de los pueblos, son fuerzas espirituales muy valiosas.

La paz, puede decirse con acierto, es una condición natural de los fuertes.

¿No has notado, lector, qué fácil es lanzar un denuedo cuando la discusión acalora los ánimos y se obscurece el entendimiento?

¡Ah! y qué esfuerzo supremo, — el del verdadero valor, — hace el hombre culto y prudente para retener su impulso, cuidar su lenguaje, encauzar el razonamiento y conservar la amistad.

Si comprendes los horrores de la guerra, tú serás, lector consciente, un obrero de la paz, ya sea abriendo surcos, forjando rejas, cultivando las artes, perfeccionando las ciencias o realizando cualquier función dentro de la sociedad que te dé albergue.

Propiciemos todos la paz sin mengua desde donde nos hallemos. Nuestro país seguirá siendo así más próspero y las demás naciones nos mirarán con la simpatía con que se mira a los buenos hermanos.



OLEO POR ATILIO MALINVERNO



"RANCHOS ABANDONADOS"

El más humilde rancho puede ser un jalón en las avanzadas del progreso.

“Ranchos abandonados”. (Oleo por Atilio Malinverno).

a) Sugerión histórica:

- 1—La primera aldea que vieron levantar los guaraníes de las islas y los pampas a la margen derecha del Mar Dulce o Mar de Solís, fué un amontonamiento de míseros ranchos.
- 2—Cada fortín de antaño fué un breve recinto con paredes de adobe, techo de esparto y piso de tierra.
- 3—¿No habrá sido un rancho amoroso el que cobijó la cuna de nuestros próceres, de nuestros artistas o de nuestros sabios?
- 4—Y en la historia familiar, que es parte de la historia de la patria ¿cuál de nuestros padres o de nuestros abuelos o de nosotros mismos no comenzó su vida o aún vive en un rancho donde la virtud y el trabajo son amigos fieles?

1—Idea: rancho.

2—Pensamiento:

El más humilde rancho puede ser un jalón en las avanzadas del progreso.

3—Argumento:

El recuerdo que más perdura es el que se vincula a las cosas donde se sufrió o se fué feliz. Por eso cuando vemos o imaginamos esas cosas, se exalta nuestro espíritu y brota la estrofa, la página en prosa o la simple charla familiar. En este caso el poeta sugiere al comienzo y al final sus múltiples emociones y detalla en los otros versos los sucesos principales que se vinculan a su vida del pasado.

4—Composición:

¡Sabe este rancho las quejas que exhaló mi pecho herido!... En este rancho he dormido más de un sueño de ilusión, en este rancho he soñado, en este rancho he reído. ¡Sabe este rancho querido lo que hay en mi corazón!

NOTA: Véanse las composiciones de las páginas siguientes: 133, 147, 151, 175,

RASCACIELOS

No es ni muy precisa ni muy bonita la palabreja que da título a esta página. Pero es expresiva. Además, ya se ha hecho su lugar en el lenguaje corriente; y, del ingenio popular, pasará a los diccionarios académicos.

La cuna de los rascacielos es Estados Unidos. Su gran urbe, Nueva York, ofrece ejemplos típicos.

La necesidad o la ambición ha hecho al hombre salir de las cavernas primitivas para ir paulatinamente elevándose rumbo al cielo.

Una remota leyenda bíblica habla de la torre de Babel con la que se quiso escalar el infinito. Un designio extrahumano dió origen a todas las lenguas, confundiendo de tal modo a los obreros, que fué imposible continuar la extraña y atrevida empresa.

El artesano actual es más audaz. La arquitectura y la mecánica han adelantado tanto que ya no es fácil prever hasta que altura se seguirán haciendo esas moles de hierro y cemento.

Los más característicos barrios de las antiguas ciudades europeas donde se hallan los edificios del más puro arte romano, griego, árabe, ojival y otros, ven surgir constantemente y en escaso tiempo, almácigos de andamios y luego floraciones de ventanas y puertas sobre prismas o pirámides colosales, sin belleza aparente en el detalle, pero de una soberbia armonía de líneas en el conjunto.

Las comodidades y condiciones higiénicas de estas verdaderas ciudades del aire, no tienen antecedente superior.

El ciudadano moderno, sin despreciar el valor estético de los frisos, arabescos o arcadas según sean los estilos, ha buscado en la altura la tranquilidad, el "confort" y la salud.

Un departamento de cualquier rascacielo suele ser un nidito de paz, trabajo y cultura, donde la calefacción, la electricidad, la radiotelefonía y cien detalles más del progreso multiplican las comodidades al alcance de casi todos los bolsillos.

Buenos Aires, Rosario, Bahía Blanca y otras ciudades importantes del país, no se han quedado en este punto a la zaga de la civilización. Sus rascacielos se alzan ya en el corazón de sus ejidos o sobre las aceras de sus anchas y arboladas calles.

Nuestra gloriosa Pirámide, que fué el punto de partida de tantas hazañas, ha venido a resultar ahora el perno de los tres radios portentosos del adelanto edilicio de la Capital Federal: Diagonal Roque Sáenz Peña, Diagonal Julio A. Roca y Avenida de Mayo.



LA AMISTAD

El árbol más fuerte necesita un día el puntal que le evite la caída prematura. Y, muchas veces, el que se levanta más erguido y solo en el llano, espera que el viento le limpie de insectos el ramaje o la lluvia le vierta las gotas que lo harán florecer y fructificar.

La soledad absoluta y sin objeto solo pueden vivirla los perversos y los inútiles. Los sabios y los artistas que se encierran en sus salas de trabajo dialogan con sus iguales de todos los tiempos, frente a los libros, las telas o los mármoles magistrales.

Los amigos, sin embargo, no son seres que se hallan en un instante. Las pruebas a que nos somete la experiencia del tiempo, son como las calorías de la fundición que concurren a la eliminación de las gangas para que surja el mineral en toda su pureza.

Por estas razones suelen los ancianos aconsejar así: "Cuida de hacerte de muchos amigos en la fiesta. Pero nunca desprecies al que te da su brazo en el dolor".

El interés puede acercar a nuestra mesa o a nuestra comodidad más de un individuo despreciable que recubre sus bajos sentimientos con la máscara del disimulo.

Tengamos compasión aún por los que así luchan para defender su inutilidad, pero cuidemos de que no nos hagan presa de sus ambiciones.

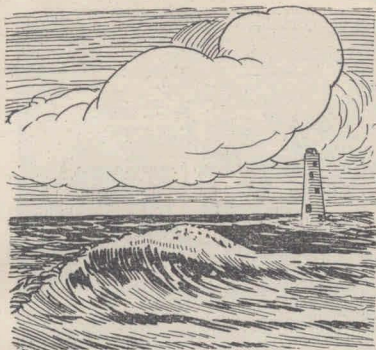
La verdadera amistad no especula nada. Demasiado regalo es para un hombre el afecto desinteresado de otro.

Dos sentimientos que se unen para el bien, son como dos brazos que se oponen reciamente al infortunio.

Nuestros padres han tenido o tienen sus reales amigos. Nosotros tenemos por tales a nuestros compañeros. Pero ni ellos ni nosotros pensamos sacar partido de tales relaciones. La hora feliz de conversación entre ellos y el día de esparcimiento entre nosotros, es un favor espiritual de incalculable precio.

Cultivemos en ese sentido nuestro corazón.





TRIPTICO

I

EL MAR

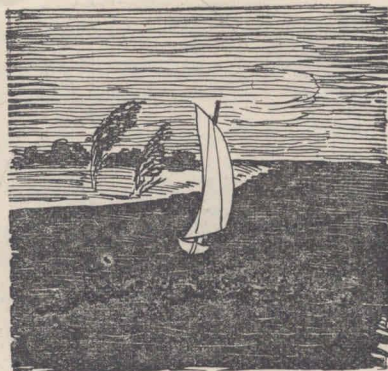
Nunca he cruzado el mar. Desde su orilla,
humedecido el pie y el alma ansiosa,
miré al confín. Es la obra portentosa
que encanta al hombre y a la vez lo humilla.

El egregio trirreme cuya quilla
luchó ayer, y la nave poderosa
que hoy navega, señor, cuán poca cosa
significan sobre esa maravilla.

Lágrima de dolor que el universo ⁽¹⁾
dejó rodar en el fecundo esfuerzo
de la creación. ¡Oh! mar, tremendo mar!

Aunque mi reflexión no te comprende,
frente a tu inmensidad mi alma se enciende
y, albatros de ilusión, se echa a volar.

(1) Recuerde el niño la hipótesis llamada de Laplace, y la formación de los océanos.



II

EL VIENTO

Cesa, cesa . . . La nube generosa
que arrancaste del mar, bendice al llano.
En tus alas, el polen, nunca en vano
va hacia el abierto cáliz de la rosa. ⁽¹⁾

En las torcidas líneas de mi prosa,
como en tus rachas bravas, si me afano,
va también una idea, sueño arcano
o apenas alocada mariposa.

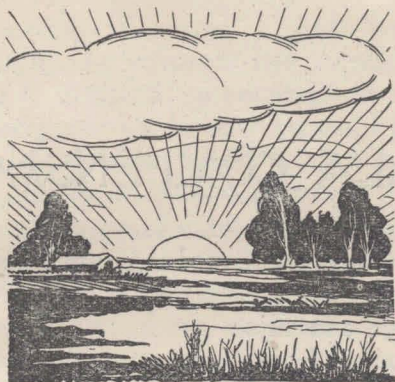
Tú que soplaste el aspa del molino
que derribó a Quijote ⁽²⁾, en mi camino
agitarás mañana no sé qué.

Y, desmontado entonces de mi intento,
seré una brizna. Luego, rudo viento,
apagarás la llama a este quinqué. ⁽³⁾

(1) ¿Ha leído el niño la aventura de los molinos de viento en la inmortal obra de Cervantes? Lea, además, el soneto de la página 150.

(2) Revise su libro de botánica donde se trata de la fecundación de las flores.

(3) La vida, podríamos decir, es como una lamparita o quinqué de escasa llama,



III

EL SOL

Maduraste la vida. En la pradera
la semilla y el nido hacen tu gloria.
En tus rayos leyó el sabio la historia ⁽¹⁾
de la tierra, celeste o vil esfera.

Cuando por la lustrosa vertedera
se hila el surco, y bendice su victoria
el labriego, tu beso hasta a la escoria
trueca en la flor o el oro de la era.

Sol que calientas todo, viejo Osiris: ⁽²⁾
Cíñele la diadema del arco-iris
a mi esperanza; empuja mi intención;

Y haz que en mi pobre pecho, un día fuerte,
quede, para alumbrar mi obscura muerte,
algo como una tenue exhalación.

(1) Con el espectroscopio se analizan las substancias del núcleo solar.

(2) Lea "el mito de Osiris" en la historia de Egipto.

MALA COMPENSACION

Conversábamos en un banco de la plaza viendo pasar al público.

Mi amigo me dijo:

—Ese pobre hombre que va ahí, pudo ser uno de los vecinos más ricos del partido de Quilmes.

—Hay tantas posibilidades que se quedan en el sendero esperando la clásica voz del “levántate y anda” . . . , argumenté.

Luego supe el caso. Se trataba de don Nicanor González. Había sido peón de un viejo hacendado de Chascomús, hombre raro que tenía su familia en Buenos Aires y que no creía en la seguridad de las instituciones bancarias, por lo cual ocultaba su dinero en determinados lugares de su campo.

Cierto día se sintió grave y comprendió que su existencia se iba. Sin tiempo para pensar en los suyos, llamó junto a su lecho a González y le habló así:

—Tú puedes hacer de mí lo que quieras. Si procedieras deshonestamente nadie lo sabrá y, además cobrarías el pan que tantas veces mi tacañería sin razón te ha negado. Pero yo me muero y necesito disponer. En el fondo del alfalar, junto al esquinero donde está el jagüel, hay un arca de hierro enterrada a un metro de profundidad. Mañana la sacarás. Lo que debes hacer te lo ordenará tu conciencia. Reuní ese oro para que mis hijos y mi esposa fueran más felices que yo.

No pudo disponer más porque se le cerraron los ojos y la palabra cesó para siempre.

González extrajo el tesoro, y junto con el muerto, lo llevó a la familia. La sorpresa fué grande en el hogar. Pero, antes que la gratitud, se encendió la duda sobre el motivo del fallecimiento y la entrega total del dinero. Y la infamia de los deudos manchó el nombre del fiel servidor, hasta con la acusación perversa.

Para levantar la cruel calumnia, González juró vivir repartiendo el último centavo de su trabajo.

Ha ganado muchos jornales y, sin tener vicio alguno, carece hasta de abrigo. La sociedad reconoce su inocencia. Pero el dolor de la injusticia lo abate aún.



DON SEVERO

“Allá viene don Severo”, decía alguno de los graciosos concurrentes cuando divisaba al viejo maestro, cuyas barbas, cuya cabellera, cuya piel, cuya indumentaria y cuya alma eran del color de la nieve. Don Severo, sabiéndolo o no, llegaba lo mismo al Club balanceando su ancianidad en el bastón que casi servía de muleta a su renguera. A pesar de todo, se lo apreciaba. El grito risueño de alarma era para prevenirse contra sus “latas” de ética que en más de una oportunidad habían servido para desarmar la mesa de juego o para obligar a substituir el aperitivo por el refresco con soda.

Yo era de los pocos que no le rehuía. En un lugar apartado, generalmente en la biblioteca, algo útil charlábamos siempre.

He aquí cómo solía expresarse don Severo:

—“Es común, en nuestro país, que ningún padre pase por la escuela a agradecer, aunque sólo sea a modo de estímulo para el educador lo que éste ha hecho en beneficio de la cultura del niño. La causa es hija del pobre concepto que se tiene de la misión del magisterio. El padre cree que el maestro que cobra sueldo tiene la obligación de dar un equivalente en educación, a semejanza del comerciante que da en mercaderías un equivalente de lo que percibe en moneda nacional. El padre ignora, pues, que la paciencia, que el arte de enseñar, que el cariño, que el ejemplo sano y que la abnegación, jamás se midieron con vara ni con jornal. La obra cultural del verdadero maestro, es germen de oro o germen de amor o

germen de gloria, porque al descubrir la vocación del alumno desarrolla las aptitudes de éste y prepara al hombre para lo fortuna, para el hogar o para la inmortalidad.

“Todos los hombres deberían escribir su libro: unos hablando de su dolor, otros hablando de su alegría; éstos grabando su ignorancia; y el resto reflejando sus ensueños o detallando sus experiencias. . .

“¿No podría cada hombre encarar alguno de estos aspectos dejándonos mucho que aprender, que corregir o que desechar? La vida es múltiple y cuando la buscamos en las obras escritas, la hallamos diseñada, mostrando apenas alguna de sus caras”.

Otros de sus pensamientos, brotados como flores en el curso de cualquiera conversación, y que recuerdo, eran éstos:

—“Cuando creas con lo más sano de tu conciencia que al realizar tal obra haces un bien, no te detengas ante lo que podrían decir quienes tienen miedo de ser sinceros o buenos.

“Se ha dicho que el que más se equivoca, es el que más hace. Por eso muchas veces resultan perfectas nulidades aquellos hombres que jamás han recibido un reproche, debido a que sólo han gastado sus fuerzas en limar los ángulos de su torre de marfil. No digas, como hacen muchos vanidosos que así ocultan su incapacidad, que no hablas o que no escribes porque no quieres. Escribe o habla, si eres capaz, que así harás bien. Siembra una semilla y aplacarás algún hambre. Vierte una idea que ilustrarás a los que saben menos que tú. Si disminuye el hambre y la ignorancia, aún en una ínfima porción, calcula cuánto bien habrás hecho”.

Era notable oír a don Severo, nervioso, tembloroso, apenas sostenido por su bastón, hablar de los niños. Entonces sí que el viejo maestro cobraba su aspecto más venerable. Podía comparárselo muy bien a un

santo. En esas oportunidades tenían sus palabras fuerza persuasiva y unción sublimes.

Las frases casi cantaban al salir de sus labios. El ademán, al marcarles un ritmo, parecía dibujarles pares de alas. Yo pude taquigrafíar torpemente algunos párrafos. Helos aquí:

—“Los niños deben ser el encanto y la obra más perfecta del hogar. Deben ser flores de armonía. Encierran todo un porvenir en sus frentes o en sus pechos. Y tienen todas las alegrías porque desconocen todas las penas.

“Un padre debe hacer lo que un escultor enamorado de su obra, que siempre está frente a ella, que siempre la perfecciona, que no la deja salir de su taller hasta no haberle dado el último toque y que aún después, cerca o lejos, siendo suya o de la humanidad, no la olvida porque la sueña, la vigila, la acaricia, la adora. Un niño es todo y con más o menos aptitudes, contiene la pasta suficiente para poder ser modelo dentro de cualquier norma de cultura. Se nace trayendo gérmenes hereditarios, pero mucho es también lo que se adquiere en la lucha del vivir. Y para poder desenvolverse en la existencia, no se necesita siempre poseer la cualidad del genio, sino los caracteres del hombre normal, bien templado por la educación.

“El niño — tesoro, encanto, porvenir, — debe educarse paralelamente a su crianza. La vergüenza de un padre no ha de brotar cuando le falten fuerzas para ganar el salario que aplaca el hambre — repito, — sino cuando se haya olvidado de enseñar a leer a su hijo”.

Un día murió el amado maestro. Lo lloró toda la población. No había duda que lo supieron comprender hasta los que chacoteando le huían. Bendito sea aquel viejo don Severo.

CARIDAD

1º—La caridad no debe ser mendrugo que dignifica y se acaba, sino trabajo que dignifica, produce y crea aptitudes.

2º—Todo individuo, — niño, viejo o inválido, — es capaz de realizar determinado trabajo, salvándose económicamente o aliviando, al menos, la carga que constituye para la sociedad.

3º—Arbitrar medios para hacer cultivar por los menesterosos y en su provecho, todos los solares baldíos que existan en cada pueblo.

(De "Una tesis posible sobre la caridad", por el autor).

¿Qué caridad has hecho tú?, — suelo preguntar en mis clases con marcada indiscreción, ya que el bien se hace sin publicarlo, pero con el ánimo de corregir errores o alentar buenos sentimientos.

—Yo di un pedacito de pan a la viejecita que va siempre a casa, — dice uno. — ¿Y tú?, — pregunto a otro. — Yo di una galleta a un viejecito. — ¿Y tú?, — a un tercero. — Yo di a otro viejecito. . .

Si siguiera preguntando a los treinta alumnos restantes, aparecerían treinta viejecitas y viejecitos agradecidos a la fantástica caridad infantil.

La idea de caridad que tienen los niños es la que flota en el ambiente. Los padres, las autoridades, las comisiones protectoras, el comercio, todo el mundo cree que descarga su conciencia dando su "pedacito de pan". La caridad viene a tener así una eficacia perentoria y un papel deslucido. Lejos de concluir con el mal, en muchos casos llega a fomentarlo, creando la humillante "profesión de pedir".

En vez de ser una aplicación a las consecuencias inmediatas, la caridad debería ser una precaución constante ante el infortunio. Más útil que dar el "pedacito de pan" sería enseñar a ganarlo.

El error que radica en esta permuta de acciones, equivale a aquello de permitir la enfermedad para luego combatirla, o a lo otro de higienizar después que la epidemia ha ganado terreno.

Fuera de la capital y de algún otro lugar, la caridad que se practica es idéntica a la que venimos censurando. Tal caridad cobra impulso hasta en los hospicios y en las cárceles. El enfermo o el criminal sale de alta o en libertad sin un peso, agriado, y lo peor de todo, sin ninguna aptitud que le permita esquivar la fatalidad que lo condujo a la cárcel o al hospicio.

Lo mismo que hace verdadera la educación, es decir, el desarrollo de las aptitudes, hace eficaz la caridad. Crear aptitudes para el trabajo sería dar en el blanco; enseñar a ganarse el pan que se mendiga, sería regenerar moralmente y hacer más felices a los individuos.

No debe haber, por consiguiente, ningún ser asilado que no realice algo. ¡Algo! —, sí, trabajo, esfuerzo productor de economía o cuando menos de ejercicio metódico que desarrolle el músculo.

En medio de sus desastrosas consecuencias, la última guerra ha enseñado cosas provechosas. Los numerosos individuos invalidados en el combate, posiblemente no se agolparán a las puertas de los templos ni saldrán con organillos mendigando el centavo, porque los gobiernos, como una recompensa triste los están haciendo reeducar, a cada cual en un oficio o profesión que pueda salvarlo de la miseria y aun enriquecerlo.

Las ligas contra el tabaco, contra el alcohol, etc., tan poco difundidas fuera de Buenos Aires, valen más y hacen obras más firmes que los asilos. Vale más, pues,

el campo preparado para una posible recolección, que el depósito de deshechos y brozas.

Pero no se olvide que los deshechos y las brozas, distribuidos, saneados y llevados al predio, pueden ser complemento, dejando entonces de ser cosa despreciable.

Lo estático total y prolongado, en biología, es muerte; lo estático parcial, es atrofia. En ética ocurre algo semejante. De aquí es que la lista de consecuencias sea extensa: miseria, vergüenza, robo, crimen.

Los asilos donde la inactividad es básica son, con respecto a la parte moral, verdaderas incubadoras de desaliento y pobreza.

No hay que olvidar que todo individuo tiene su aptitud y su vocación que es preciso arrancar o hacer surgir, tal como se arranca la chispa al pedernal, tal como se hace surgir el oro del seno de cualquier antro, eso sí, con trabajo.

En toda localidad donde haya personas noblemente humanitarias, ¿no se podría enseñar a los pobres a ganarse el pan, a techarse su casa, a hacerse su calzado, a lavar su desaseo, a sembrar su patiecito?

Valdría la pena ensayar. En todos los pueblos abundan los sitios baldíos y los ranchos destechados y húmedos. ¿No se podría hacer una requisa de terrenos, solicitándolos en préstamo a los dueños o a la autoridad que corresponda, para facilitarlos luego a quienes quieran cultivarlos, teniendo gratis las semillas y los instrumentos de labranza?

Las ciudades ganarían en lo que atañe a la estética y moral. Cualquier niño o viejecita se deleitaría hundiendo sus dedos despaciosamente en la tierra, alineando lechugas o cuidando claveles.

Si tal se hiciera y se negara "el pedacito de pan" a los que desprecian la labor honesta, veríamos más de una

enseñanza alentadora y más de un solar convertido en vergel.

¿Es posible? Sí. En Norte América hacen eso, y por iniciativa del Consejo Nacional de Educación, comenzó a hacerse algo parecido en determinado barrio de Buenos Aires.

Es común que los criollos haraganes desprecien el trabajo agrícola. Pero lo que no desprecian jamás es la mazamorra y la ensalada; en fin, no desprecian nada de aquello que significa el esfuerzo del agricultor o del hortelano. La torpe petulancia gaucha prima aun, aunque no parezca. ¿Una prueba? . . . Ved, allá van dos muchachos, con los pantalones lustrosos. Han abandonado la chacrita donde el "viejo" dobla el espinazo como los bueyes bajo el yugo. ¿Sabéis qué buscan? ¡Un empleíto!

No demos más pedacitos de pan, ya que la mejor caridad es la que proporciona el trabajo honrado, los útiles de labranza, los puñados de semillas o el mayor cúmulo de aptitudes.



EN BUSCA DE UNA MADRE

Ansiando el Rey hallar en sus dominios
alguna madre digna de su Dios,
escoltado por pajes y lebreles,
una mañana límpida, partió.

Ganó la selva, y donde vió una choza
detuvo su corcel y preguntó:

—¿Qué harás de tu hijo?

—El buey que lleve a cuestras
la carga de mis años...

—Bien. ¡Adiós!

Cruzó el arroyo y al bajar la falda
dijo a la esposa fiel de un leñador:

—¿Qué harás de tu hijo?

—El lienzo delicado
que en mi desgracia ciña mi dolor.
El Rey, sin vacilar, clavó la espuela
y, por el llano, en el confín se hundió.
Grave, la noche su crespón tendía.
El Rey la rienda a su corcel soltó.
No lo escoltaba ni un lebrel, ni un paje...

Todo en su furia el bruto separó.

Donde la tenue y amorosa llama
de humilde hogar brillaba, se apeó.

—¿Qué buscáis, peregrino?—dijo un labio,—
y respondióle el Rey:

—¡Una ilusión!

El labio continuó:

—Tales manjares

no hay en mis arcas, pero tengo amor;
y fruta y miel, y perlas de los nidos
y en vez de vinos, agua.

—¡Por favor!

dime: ¿eres madre? — preguntó el monarca.

¡Sí!, — la mujer con altivez gritó.

—¿Qué harás de tu hijo?

—¡Un hombre que posea
en lugar de cerebro, un corazón!

—¿Para que guarde gratitud de cuanto
le das sufriendo?

—No ofendáis, señor,
a una madre...

—¡La madre que buscaba
para honrarse tu Rey!, — el Rey juró,
y se fué, y tras su fuga voló el eco
de la madre que alzaba su oración.



FIN

Niño:

Esta es la última página de tu libro. ¿Has pensado cuántas otras pudo agregarle el autor o cuáles son las que tú mismo le agregarías?

Cualquier obra, por original que nos parezca, se ha hecho con la contribución de muchas voluntades y de más ingenios. El que opinara de otro modo frente a su labor, se nos haría sospechoso de vanidad o de ignorancia.

Un libro es un hijo espiritual. Pero el autor debe ser como el buen padre que no se deja cegar por el amor para no ver los defectos del fruto de su inteligencia.

Tú, niño, también podrás hacer tu libro. Y lo harás mejor que éste. Porque habrás recogido las enseñanzas de estas y de muchas otras páginas, más la experiencia de tu vida y el saber de tus afanes.

Si tu inclinación es otra, haz siempre algo bueno. También un surco es factor de la civilización y en su gleba fértil pueden los rosales y las aves ofrecer al poeta los selectos temas de sus cantos.

Nuestro país necesita que sus buenos hijos se apeguen más a las faenas de sus campos fecundos que al ocio de las grandes ciudades. Cuando un argentino ame más la manquera del arado que la pluma del oficinista, la riqueza nacional no estará casi en manos exclusiva de los extranjeros laboriosos, y el pueblo será más libre y feliz.

Tú que vas a cursar un grado superior, que tienes un año más y por tanto mayor reflexión, medita mucho

este último consejo, y recuerda que aun nuestras montañas, nuestros ríos, nuestras pampas y nuestros bosques guardan tesoros fabulosos. Y no ha de ser únicamente oro lo que hallarás allí, sino infinitos motivos de arte y ciencia.

Sigue, pues, tu rumbo, alta la frente hacia algún noble ideal y, lleno de fe y entusiasmo tu pecho sano. Cumple tu destino.

Voluntad, inteligencia, salud y honradez, son los poderosos propulsores que te llevarán a la cumbre soñada.



INDICE

	<u>Págs.</u>
Dedicatoria	7
Advertencia	9
La escuela	11
Arando	14
"Las dos majestades" (lámina)	15
La mujer	18
Porque piaban los pichones	20
Moral ciudadana	23
Una gran industria argentina	25
La aldea	28
Canto de labriegos	30
Una zona triguera	32
Rivadavia	34
Lugares de esparcimiento	37
Ley de la salud	41
"Sol de Otoño" (lámina)	43
Un río	44
La fábrica	47
Juan Fernando Santelices	50
Cuadros de la montaña	52
Una biblioteca en La Pampa	53
Ley del trabajo	55
Por el Delta	56
Para defenderse de la miseria	59
Carta a mi madre	61
Los eucaliptos	62

La venganza de las abejas	64
El reloj del alba	66
Don Bernardo	69
Juan Angel	72
La crueldad del águila	73
Ley del dominio de sí mismo	75
La mesa	77
Sándalo herido	79
25 de Mayo de 1810	80
Doña Juana	82
Pedazo de pampa	85
Ley de la tolerancia	87
El canillita	89
"La Porteña"	94
El último consejo	95
El petróleo	97
Supersticiones	99
"El alma de la tierra" (lámina)	105
El payador	106
Labrando ensueños	109
La Constitución Nacional	110
Ley del acercamiento moral, mental y material	113
Tucumán	115
Urquiza	117
La hierra	118
La libertad	119
Hacia Puente del Inca	121
Todo árbol es bueno	124
Oración a la Patria	126
Charcas y manantiales	127
Ley de la consideración social	129
Navegación aérea	131
Chivilcoy (leyenda)	133
Silencio	136
Voluntad	138

	Págs.
Sé dueño de tí mismo	140
La música	141
Ley del buen tino para comenzar	144
El hornero (fragmento)	146
El gaucho	147
Los caminantes inmortales	150
Poesía	151
Motivos de la sierra	153
El descubrimiento de América y el Día de la Raza	157
El genio de Monte Hermoso	160
Lluvia de mariposas	163
De Buenos Aires a Mendoza	166
Oro y plata	170
Propiciamos siempre la paz	171
"Ranchos abandonados" (lámina)	173
Rascacielos	175
La Amistad	177
Tríptico: El mar, el viento, el sol	179
Mala compensación	182
Don Severo	184
Caridad	187
En busca de una madre	191
Fin	193

